MASTER NEGATIVE #	AUTHOR	TITLE
91-80290-8	ARISTOTLELES	NIKOMACHISCHE ETHIK. 2 AUFL. UBERS. UND MIT EINER EINLEITUNG UND ERKLARENDEN ANMERKUNGEN VERSEHEN VON EUG. ROLFES.
91-80290-9	ISOCRATES	ORATIONS AND EPISTLES OF ISOCRATES, TR. FROM THE GREEK BY MR. JOSHUA DINSDALE, AND REV.BY THE REV. MR. YOUNG ...

MASTER
NEGATIVE
NO. 91-80290-1

AUTHOR:

VIVES, JUAN LUIS

TITLE:

...DIALOGOS; LA TRADUCCION DEL ...

PLACE:

MADRID

DATE:

1922

Master Negative #

91-80290-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

Vives, Juan Luis, 1492-1540.

...Diálogos; la traducción del latin, por el Dr. Cristóbal Coret y Peris, ha sido revisada, anotada y corregida. Madrid, [Calpe], 1922.

232 p. $15\frac{1}{2}$ cm. (On cover: Colección universal, nos. 572 a 574)

At head of title: Juan Luis Vives.

Introduction signed: J. J. M.

Restrictions on Use:

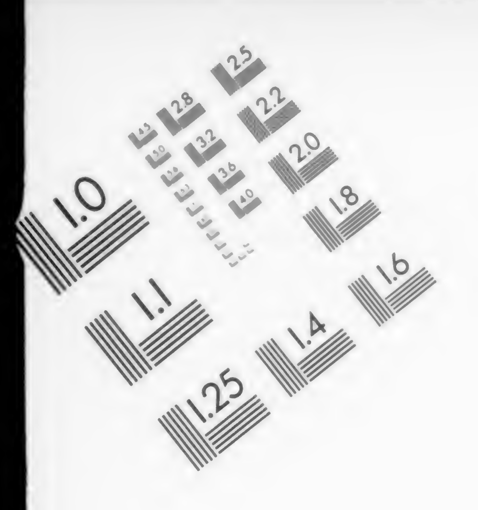
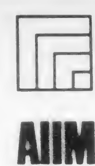
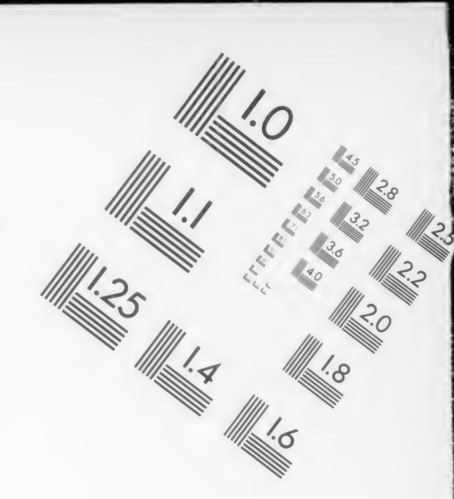
TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 mm REDUCTION RATIO: 11

IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 10-7-91 INITIALS M.B.

FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

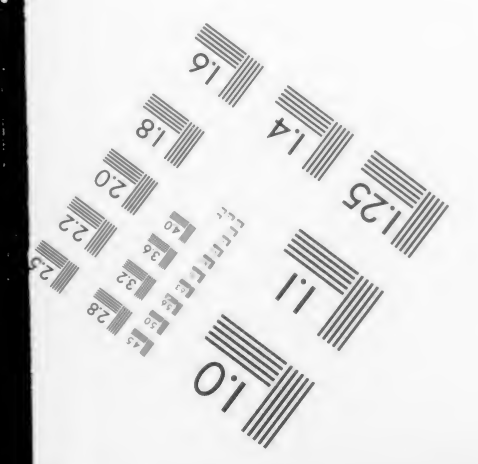
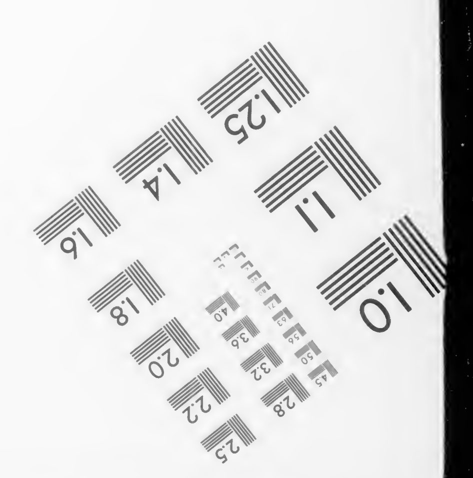
Centimeter

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 mm

1 2 3 4 5

Inches

1.0 1.1 1.25 1.4 1.6 1.8 2.0 2.2 2.5 2.8 3.2 3.6 4.0 4.5 5.0 5.6

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 572 a 574

JUAN LUIS VIVES

Diálogos



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1922

Juan Luis Vives

DIALOGOS

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

JUAN LUIS VIVES

Diálogos

La traducción del latín, por el Dr. Cristóbal Coret y Peris, ha sido revisada, anotada y corregida.



MADRID, 1922

Talleres "Calpe". Larra, 6 y 8. — MADRID.

Nació Juan Luis Vives en Valencia el día 6 de marzo de 1492. Nació en la calle de la Taberna *o el* Bodegón del Gallo, *«a lo último de la calle a la izquierda», donde aún vivían sus hermanas por los años* 1536, 37 *ó* 38 (1).

Comenzó el estudio de las humanidades, de la jurisprudencia y de otras disciplinas en su patria; dicen sus biógrafos que con no buenos maestros; y en busca de otros mejores, y para adelantar, marchó a París.

De París se trasladó a Bruselas y de Bruselas a Lovaina, y esto por consejo de su amigo el óptimo maestro Antonio de Nebrija.

En la Universidad de Lovaina no sólo completó y acabó sus estudios Vives, sino que los rehizo, llegando a ser maestro en las lenguas griega y latina, en las ciencias de su tiempo y en literatura. Era aquel centro de enseñanza el más aventajado de Europa, y en él nuestro hombre explicó literatura, con aplauso de los doctos, y fué también profesor en una escuela privada. A rehacer y a perfeccionar sus estudios le ayudó mucho el gran Desiderio Erasmo de Rotterdam, con quien desde entonces quedó unido en amistad cordial, que sólo la muerte fué poderosa a concluir.

Los malos y los buenos maestros, los malos y los buenos «textos», los tanteos y experiencias persona-

---

(1) Véase *Las leyes del juego* en este libro.

les, hasta, acaso, el tiempo perdido, inspiraron a Vives dos libros de crítica pedagógica, más un tercero acerca de la reforma de la enseñanza, que envió a la Universidad de Valencia.

Por aquellos días escribió y publicó unos Comentarios *a* La Ciudad de Dios, *de San Agustín, libro que dedicó a Enrique VIII de Inglaterra, grande amigo de las humanidades, que le llamó para que enseñase latín a su hija María, que a la sazón* (1522) *contaba seis años. (Recordemos que la esposa de Enrique y madre de María era Catalina de Aragón, la infelicísima hija de nuestros Reyes Católicos.)*

Recibióle doctor en Derecho la Universidad de Oxford, y en ella—sin desatender la obligación que le llevara a Inglaterra y por la que dejó su cátedra de Lovaina—explicó jurisprudencia y humanidades. Los biógrafos cuentan que muchas veces fueron oyentes de Vives los reyes Enrique y Catalina. Entonces escribió su Instrucción de la mujer cristiana (De institutione fæminæ christianæ), *que dedicó a Catalina de Aragón.*

Era dañoso para la salud de Vives— que en aquellos días estaba en la flor de la vida—el clima de Inglaterra; además parece que no gozaba en el palacio de los reyes de la tranquilidad, del sosiego y del silencio que pedían sus estudios, trabajos y meditaciones, y con frecuencia se trasladaba al Continente, viviendo en la entonces magnífica Brujas, emporio comercial y fabril de los Países Bajos, de tráfico activísimo con Castilla. En Brujas casó con una española, de seguro hija de castellanos avecindados en aquella hermosísima ciudad cuya decadencia se iniciaba. Que profesaba gran-

de cariño al lugar donde moraba accidentalmente, donde casó y donde había de morir, certifica el libro De subventione pauperum, sive de humanis necessitatibus, *dedicado al Cabildo y regidores de Brujas, libro que en Brujas se imprimió el año* 1526.

Cuando Enrique VIII se divorció de Catalina de Aragón, Vives tomó partido por la pobre reina, defendiéndola en un escrito que le costó seis semanas de cárcel, más la prohibición de residir allí donde estuviera la corte. Entonces dijo: «Vivimos en unos tiempos difíciles, en que no se puede hablar, ni tampoco callar sin peligro.»

Dejó a Inglaterra, vino a España y de España marchó a su amada Brujas, donde fundó un estudio privado, que no le daba sino lo preciso para vivir, y esto con estrechez y agobios.

Y en Brujas murió de mal de gota el 6 *de marzo de* 1540, *o sea a la temprana edad de cuarenta y ocho años.*

Vivió este hombre—honra de España y de la humanidad, una de las figuras más grandes del Renacimiento—en continuada inquietud por la necesidad de satisfacer las atenciones materiales. Acaso no conoció la ausencia de cuidados apremiantes sino en los años que explicó en Lovaina y en que estuvo en Inglaterra, y aun los últimos, amargado por otras inquietudes.

Floreció en los días del Renacimiento y se le considera como uno de los tres hombres más sabios de su tiempo: «Budeo—dicen—era el ingenio; Erasmo, la palabra, y Vives, el juicio.» Floreció asimismo en los días de la Reforma; murió católico, como había vivido

y, no obstante, sus Comentarios *a* La Ciudad de Dios *fueron motejados de heréticos por los doctores de Lovaina, incluidos en el* Indice, *y excluídos, por tanto, de las colecciones completas de sus obras, la primera de las cuales apareció en Basilea el año* 1555.

Escribió de filosofía, de teología, de moral, de literatura, de didáctica y de lo que hoy llamamos sociología—el Colectivismo agrario *de Joaquín Costa le estudia magistralmente en este aspecto—. Y escribió siempre en latín; en un latín de «estilo algo duro», dureza que él mismo confiesa en el presente libro.*

A la didáctica pertenecen estos Diálogos, *que Vives compuso en los últimos años de su vida—cuando ya le atormentaba el mal de gota—, y que fueron impresos en Basilea el año* 1538 *con el título* Exercitatio linguæ latinæ.

Propúsose Vives con este librito lo que indica el título: dar a los escolares algo que hoy llamaríamos «colección de temas» para el estudio del latín. Logró que su obrita se extendiera por toda la Europa culta como texto de escolares. Colonia, Norimberga, París, Lyón, Venecia, Barcelona, Zaragoza, Lerma, y hasta Madrid, imprimieron el libro en repetidas ediciones, ya muerto Vives. (En el Madrid de fines del siglo XVI, que era como un lugarón, publicó los Ejercicios *uno de los sacerdotes que sucedieron al insigne López de Hoyos en la única cátedra de enseñanza superior que entonces había, o sea en el Estudio de la Villa.)*

Se los tradujo al francés, al alemán y al polaco en el mismo siglo XVI, pero siempre para texto de escolares, o sea poniendo en la plana izquierda la lección latina y en la derecha la versión; algo así como una «clave de temas».

Al castellano no fueron traducidos los Ejercicios *hasta* 1723, *y no se publicó la traducción hasta* 1729, *apareciendo esta edición y las sucesivas en la forma que arriba decimos, esto es, la plana del latín frente a la plana en castellano.*

Y es que Vives, los que después publicaron los Diálogos *y los que tradujeron el librito, lo consideraron como una obra didáctica excelente, pero no más.*

El traductor español, que era «profesor de Latinidad y Elocuencia en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia», dedicó la versión a Santo Tomás de Villanueva, y declaró cuál fué su propósito con estas palabras: «A vuestros pies ofrezco esta ruda e informe traducción de los Diálogos *de aquel célebre valenciano Juan Luis Vives, cuyo intento fué instruir los tiernos años en la lengua latina, puerta por donde se introduce el ánimo al conocimiento de las ciencias. Deseando yo facilitar el mismo fin, quise tomar algún trabajo en esta versión»...*

Hasta el mismo Mayáns y Siscar en la aprobación y licencia para publicar la versión y en carta que dirige al autor de ella abunda en el mismo criterio pedagógico, y Mayáns y Siscar fué quien recogió y puso un hermoso estudio preliminar a la obra total de Vives: Joannes Ludovici opera omnia, distributa et ordinata in argumentorum, *etc.*

Pero los Ejercicios*—que el traductor castellano llama* Diálogos *con grande acierto—son mucho más que un libro de texto: son una obra artística completa. En sus*

Lecturas, *y en el bellísimo artículo que dedica a Vives, dice «Azorín», y dice bien:*

«Juan Luis Vives ha sentido acaso mejor que nadie la eterna poesía de lo pequeño y cuotidiano. Y he aquí por qué, entre toda su obra, tal vez lo que viene a prevalecer y dominar, como siempre acontece, es aquello que el autor reputó por más frívolo, pero en que llegó, inconscientemente, por vías indirectas, hasta el nexo secreto de la vida. Hablo de los Diálogos *que el gran filósofo escribió para el ejercicio de la lengua latina. Acaso no haya libro en nuestra literatura más íntimo y gustoso. Abridlo: ved cómo pasa la existencia menuda y prosaica de los pueblos en una serie de pequeños cuadros»...*

¡Y qué cuadros! Frescura, gracia, espontaneidad, fidelidad, sentimiento; la vida de quien los trazó; sus recuerdos; la visión de su infancia, de su juventud en París, en Bruselas y en Lovaina; la corte; Valencia, España; los juegos, los paseos, los recreos, los excesos, los vicios... Aun en los Diálogos *de más determinado carácter didáctico, como* La lección, La escritura *—donde hay un recuerdo para Nebrija—,* La casa, El príncipe niño, El cuerpo del hombre, La educación *y* Los preceptos de la educación, *se encuentra algo personal y cordialísimo.*

Vives es uno de los niños dormilones del Diálogo *inicial; el que va a la escuela por primera vez con la cestita de la merienda, después de acariciar a un perrico suyo; el que pasa por el mercado antes de ir a la escuela de la calle Nueva, y está a punto de dejarse engatusar por un amiguito travieso en demasía; el que juega a la taba; el que recibe la lección de leer y de escribir; el que charla con otros al sol.*

Vives es el estudiante brujense que en Lovaina come en cierta escuela privada convidado por Pisón, y a quien el maestro pregunta por Vives. Es el estudiante que va a divertirse a orillas del Sena, hacia Bolonia, saliendo de París a pie, a caballo o en carro por la puerta de San Marcelo. Es el estudiante que pasea por las afueras de Lovaina una hermosa mañana de mayo. Es el estudiante que muestra a un compañero la Universidad de París. Es el estudiante que alaba a los buenos maestros, como el brujense Juan Teodoro Nervio y el toscano Angel Policiano; el que huye del pedantón Orbilio y del infatuado Pandolfo; el que execra los librotes indigestos y embrutecedores que «están en montón grande» en la biblioteca de la Universidad de París. Y es también el mancebo que juega a los naipes con Castillo, con Valdaura, con Lupiano; y el que pasea por las calles de Valencia, a su regreso de París, en la grata compañía de Borja, Centellas, o Centelles, Cavanilles y Belío.

Vives es el maestro Filopono, que no se cuida de la paga, que más quiere enseñar bien a pocos discípulos que tener muchos. Vives es el maestro socarrón de La comida escolar, *que pregunta, que se burla del necio repetidor, que reprende a los estudiantes porque dejan caer pelos en la cazuela de que todos comen, o porque se apoyan sobre el codo, o porque se escarban los dientes con el cuchillo; que se cuida de que no se enfríe la salsa mandando poner un braserico bajo la cazuela. Vives es el maestro que explica una bella lección de lectura*

y otra no menos bella de escritura. Vives es el maestro Flexíbulo que hace de un mancebo ensoberbecido un muchacho modesto, bueno y estudioso.

Vives es el Plinio de El aposento y la velada. Vives es el Agrio de El palacio, acaso retrato de la corte de Inglaterra, mudando nombres de dignidades. Vives es uno de los interlocutores de los hermosos cuadros flamencos La cocina, La ebriedad, El triclinio y El banquete. Es uno de los burlones de El cuerpo humano.

Vives anda por la ronda de Brujas canturreando entre dientes sus versos «con voz de ansarón y no de cisne».

Vives se acuerda de España, de Valencia y aun de Castilla. En Valencia está su espíritu cuando escribe Las leyes del juego y Los niños que van a la escuela. Y cuando estampa los nombres de Juan de Mena, de Manrique, de Nebrija, de Mendoza (el marqués de Santillana), del duque de Calabria, de Angela de Zapata, de la marquesa de Cenete, de Honorato Juan y de Martínez Silíceo, recuerda las letras castellanas; como los apellidos de Pimentel y de Zúñiga le recuerdan su paso brevísimo por la corte de Carlos V.

Y sobre su valor emotivo y artístico aun tienen estos cuadros otro, que nos retratan una época. ¡Y qué época!...

Que Vives consideró estos Ejercicios como obra sin trascendencia y de escasa monta nos lo dice el descuido del detalle con que los escribió. Así, por ejemplo, en tres o cuatro DIÁLOGOS aparecen interlocutores cuya existencia no se señala en la «lista de personajes» que

va inmediatamente después del título. (Los charlatanes, La comida escolar, etc.)

Inventó o compuso nombres para sus personajes, o los tomó generalmente de la antigüedad clásica, casi siempre adecuándolos al carácter del ser que representaban.

Atendiendo al destino que daba a su libro, introdujo en él copiosos juegos de palabras homófonas, sinónimas y homólogas, y esto a veces de un modo que parece incongruente y rebuscado y que no es sino lógico...

* * *

La obra que tiene el lector en las manos es la traducción del doctor Cristóbal Coret y Peris, revisada cuidadosamente, corregida y puntuada como la mayor perfección de nuestra ortografía pide.

El doctor Coret puso en romance (octosílabos asonantados) los versos latinos que algunas veces copió Vives. En esta edición o se los tradujo en metro más aproximado al original o se reprodujeron las mejores versiones castellanas.

A las escasas notas del doctor Coret se han añadido muchas, y al final se ha puesto un Glosario de los nombres propios que nos pareció lo merecían, o por inventados, o por modificados, o por poco corrientes.

Aquí los Ejercicios de Vives dejan la esfera didáctica y pasan a ser un hermoso libro, que se leerá con agrado y que se releerá.

J. J. M.

✠

VIVES

A FELIPE, HIJO DEL CESAR AUGUSTO CARLOS, Y HEREDERO DE SU GRANDE ENTENDIMIENTO

De utilidad suma es el conocimiento de la lengua latina para hablar y aun para pensar rectamente. Viene a ser esta lengua como un tesoro de erudición y como una disciplina, porque en latín escribieron sus enseñanzas grandes y óptimos ingenios. Y para la juventud este estudio no embaraza, sino que, al contrario, hace fáciles otros estudics y ocupaciones del entendimiento.

Para el conocimiento de la lengua latina escribí estos primeros ejercicios, que espero sean provechosos a la niñez, y me pareció que debía dedicártelos a ti, Príncipe dócil y grande esperanza, y ello por ti y por la benevolencia que me mostró siempre tu padre, que educa tu ánimo excelentemente en las rectas costumbres de España, que es la patria mía, cuya conservación estará mañana fiada a tu probidad y sabiduría.

Mas de todas estas cosas y de otras oirás copiosa y frecuentemente a Juan Martínez Silíceo, tu maestro.

DESPERTAR MATUTINO

BEATRIZ *(criada)*, MANUEL *y* EUSEBIO.

BEATRIZ.—Jesucristo os saque del sueño de los vicios. ¡Eh, muchachos! ¿No vais a despertar hoy?

MANUEL.—No sé qué me hiere en los ojos; veo cual si los tuviese llenos de arena.

BEATRIZ.—Desde hace mucho tiempo es ésta tu primera canción matutina. Abriré las dos hojas de las ventanas, las de madera y las de vidrio, para que a entrambos os dé en los ojos la luz de la mañana. ¡Levantaos! ¡Levantaos!

EUSEBIO.—¿Tan temprano?

BEATRIZ.—Más cerca está el mediodía que el alba. Tú, Manuel, ¿quieres mudarte de camisa?

MANUEL.—Hoy no, que ésta está bastante limpia; mañana me pondré otra. Dame el jubón.

BEATRIZ.—¿Cuál? ¿El sencillo o el acolchado?

MANUEL.—El que quieras; me da igual. Dame el sencillo para que si hoy juego a la pelota esté más ligero.

BEATRIZ.—Siempre lo mismo; antes piensas en el juego que en la escuela.

MANUEL.—¿Qué dices, majadera? También la escuela se llama juego (1).

BEATRIZ.—Yo no entiendo vuestros sofismas y gramatiquerías.

MANUEL.—Dame las pretinas de cuero.

BEATRIZ.—Están rotas. Toma las de seda, que así lo mandó tu ayo. ¿Y ahora? ¿Quieres los calzones y las medias porque hace calor?

MANUEL.—De ninguna manera; dame los calzoncillos. Apriétamelos bien.

BEATRIZ.—¿Cómo? ¿Tienes de paja o de manteca los brazos?

MANUEL.—No, sino que los tengo como cosidos con un hilo delgado. ¡Oh, qué agujetas me das, sin cabos y rotas!

BEATRIZ.—Acuérdate que ayer perdiste las enteras jugando a los dados.

MANUEL.—¿Cómo lo sabes?

BEATRIZ.—Yo te acechaba por una rendija de la puerta cuando jugabas con Guzmancillo.

MANUEL.—Querida, no lo digas al ayo.

BEATRIZ.—Pues se lo diré la primera vez que me llamares fea, como sueles.

MANUEL.—¿Y si te llamara ladrona?

BEATRIZ.—Lo que quieras; mas no fea.

MANUEL.—Dame los zapatos.

BEATRIZ.—¿Cuáles? ¿Los cerrados de capellada larga o los abiertos de capellada corta?

(1) En latín, *ludus* significa «escuela» y también «juego». La voz castellana *ludir* viene de *ludere*, que es «jugar» y «ejercitarse»; así que *ludus* es el lugar donde jugamos o nos ejercitamos en algo, y estudiar ¿qué es sino ejercitarse? *(N. del R.)*

MANUEL.—Los cerrados, por el lodo.

BEATRIZ.—El lodo seco, que por otro nombre se llama polvo. Haces bien, porque en los abiertos se ha roto una correa y falta una hebilla.

MANUEL.—Pónmelos, por tu vida.

BEATRIZ.—Póntelos tú.

MANUEL.—No puedo doblarme.

BEATRIZ.—Tú con facilidad te doblarías; mas por la pereza te es difícil. ¿Te tragaste una espada como aquel charlatán de hace cuatro días? Si ahora eres delicado, ¿qué te ocurrirá cuando seas mayor?

MANUEL.—Atalos con doble lazada, que es más elegante.

BEATRIZ.—¡Nada menos! Al instante se desharía la lazada y te caerían los zapatos de los pies; más vale atarlos con dos nudos o con nudo y lazada. Toma la ropilla con mangas y el ceñidor de lienzo.

MANUEL.—No me agrada éste, sino la correa de ir a cazar.

BEATRIZ.—No quiere tu madre; ¿has de hacer siempre tu gusto? Además ayer rompiste el clavillo de la hebilla.

MANUEL.—No me la podía quitar de otro modo. Dame el ceñidor colorado de hilo.

BEATRIZ.—Toma; cíñete a la francesa. Péinate primero con las púas ralas; después con las espesas. Ponte el sombrero; no te lo eches al cogote ni a los ojos, como acostumbras.

MANUEL.—Salgamos ya de aquí.

BEATRIZ.—¿Cómo, sin lavaros las manos ni la cara?

MANUEL.—Con tu molesta curiosidad ya hubieras abrumado a un toro, cuanto más a un hombre. No parece que vistes a un muchacho, sino a una novia.

BEATRIZ.—Eusebio, trae el jarro y la jofaina. Levanta un poco la mano y vierte el agua despacio, por el pico, no de golpe, que se derrame. Lávate la suciedad de los artejos de los dedos; enjuágate la boca, gargariza, estrega bien las cejas y los párpados, así como las orejas; toma tu toalla y sécate. ¡Válgame Dios! ¡Todo hay que advertírtelo; no haces cosa que salga de ti!

MANUEL.—¡Bah! ¡Eres muy importuna y odiosa!

BEATRIZ.—Y tú muy encantador y hermoso niño. Dame un beso y un abrazo. Arrodíllate delante de esta imagen del Salvador y reza el Padrenuestro y las demás oraciones diarias antes que salgas del aposento. Mira, Manuel mío, que no pienses en otra cosa cuando reces. Espera un poco; cuelga este pañuelo de la correa para limpiarte las narices.

MANUEL.—¿Estoy ya compuesto a tu gusto?

BEATRIZ.—Sí.

MANUEL.—Pues al mío no, porque lo estoy al tuyo. Apostaré que he gastado una hora en vestirme.

BEATRIZ.—Y aunque hubieras gastado dos. ¿A dónde habías de ir ahora? ¿Qué tienes que hacer? ¿Creo que no irás a cavar o a arar?

MANUEL.—¡Como si me faltara que hacer!

BEATRIZ.—¡Oh, grande hombre, muy ocupado en hacer nada!

MANUEL.—¿No te vas, chismosa? ¡Vete, o yo te haré ir a zapatazos y te quitaré la cofia de la cabeza.

SALUTACION PRIMERA

NIÑO, PADRE, MADRE e ISABELILLA.

NIÑO.—Buenos días, padre mío y madrecita mía; felices días, hermanitos; ruego a Jesucristo que os sea propicio, hermanitas.

PADRE.—Dios te guarde y te dé grandes virtudes, hijo mío.

MADRE.—Cristo te guarde, luz de mis ojos. ¿Qué haces, solaz mío? ¿Cómo estás? ¿Qué tal dormiste anoche?

NIÑO.—Estoy bien y dormí tranquilo.

MADRE.—Gracias a Jesucristo. El sea servido de otorgarte siempre este favor.

NIÑO.—Pero a media noche me desperté con dolor de cabeza.

MADRE.—¡Desdichada y mísera de mí! ¿Qué dices? ¿Qué parte te dolía?

NIÑO.—La mollera.

MADRE.—¿Te duró mucho?

NIÑO.—Apenas medio cuarto de hora. Después me dormí otra vez, y no sentí más el dolor.

MADRE.—Vuelvo en mí, porque me habías casi muerto.

NIÑO.—Isabelita, buenos días; aparéjame el des-

ayuno. *¡Rucio, Rucio!* Ven aquí, perrico gracioso. Mira cómo hace fiestas con la cola y se tiene derechito en las dos patas. ¿Cómo te va? ¿Cómo estás? Oye, tráeme unos bocados de pan para dárselos, verás qué juegos tan donosos. ¿No tienes hambre? ¿No tienes hoy apetito? Más entendimiento muestra este perro que aquel arriero gordo.

PADRE.—Tuliolo, hijo mío, quiero hablar un rato contigo.

NIÑO.—¿Qué queréis, padre mío? Para mí no puede haber cosa de más gusto que atenderos.

PADRE.—Este tu *Rucio*, ¿es bestia o es hombre?

NIÑO.—Bestia, según creo.

PADRE.—¿Y qué tienes tú para ser hombre y no él? Tú comes, bebes, duermes, paseas, corres, juegas, y él hace las mismas cosas.

NIÑO.—Pero yo soy hombre.

PADRE.—¿En qué lo conoces? ¿Qué tienes tú ahora más que el perro? Pero hay una diferencia, que él no puede hacerse hombre, y tú puedes, si quieres.

NIÑO.—Os suplico, padre mío, que hagáis eso cuanto antes.

PADRE.—Se hará, si vas adonde van bestias y vuelven hombres.

NIÑO.—Iré de muy buena gana, padre; mas ¿dónde está ese lugar?

PADRE.—En la escuela.

NIÑO.—Estoy pronto para cosa de tanta importancia.

PADRE.—Yo también. Oye, Isabelilla. Ponle el desayuno en la cestita.

ISABELILLA.—¿Qué pongo?

PADRE.—Un pedazo de pan con manteca, y también higos secos o pasas para que coma con el pan, pero que estén bien soleadas y no de aquellas pegajosas que ensucian los dedos y los vestidos de los niños, salvo que quiera unas cerezas o unas ciruelas de fraile. Mete el brazo por el asa de la cestita para que no se te caiga.

CAMINO DE LA ESCUELA POR PRIMERA VEZ

PADRE, FILIPONO, VECINO y NIÑO.

PADRE.—Santíguate, hijo mío.

NIÑO.—Sapientísimo Jesucristo, guíanos a nosotros los ignorantes y los flacos.

PADRE.—Vecino, tú que has frecuentado los estudios, dime quién enseña mejor a los niños en este gimnasio (1).

VECINO.—Muy docto es Varrón; mas Filipono es hombre probo, diligentísimo y de no despreciable erudición. La escuela de Varrón es frecuentadísima, y en su casa tiene muchos discípulos a pupilo. Filipono no gusta de tener muchos discípulos; se contenta con poco.

PADRE.—Me agrada más éste.

VECINO.—Vedle; es aquel que se pasea por el patio del gimnasio.

PADRE.—Hijo mío, ésta es la oficina donde se forman los hombres y éste es el artífice que los forma. Maestro, sea contigo Jesucristo. Descúbrete, niño.

(1) *Gimnasio* viene del griego *gymnaso*, y equivale a «ejercitar». Era el lugar destinado a juegos, luchas y ejercicios y también a la enseñanza. *(N. del R.)*

dobla la rodilla como te han enseñado, y ahora mantente derecho.

FILIPONO.—Sed bien venidos. ¿Qué se os ofrece?

PADRE.—Te traigo a este hijo mío para que de bestia le hagas hombre.

FILIPONO.—Pondré en ello cuidado. Se hará, no lo dudes; de bestia volverá hombre; de malo, bueno.

PADRE.—¿Por cuánto enseñas?

FILIPONO.—Si el niño aprovecha bien, barato; si no, caro.

PADRE.—Hablas aguda y sabiamente. Partamos este cuidado; tú le enseñarás con diligencia, y yo satisfaré bien tu trabajo.

LOS QUE VAN A LA ESCUELA

CIRRATO, PRETEXTATO, VIEJA, TERESILLA *(criada)*, TITIVILICIO *y* VERDULERA.

CIRRATO.—¿Te parece que es hora de ir a la escuela?

PRETEXTATO.—Sin duda, ya es hora que vayamos.

CIRRATO.—No sé bien el camino; creo que está en aquella calle cercana.

PRETEXTATO.—¿Cuántas veces fuiste allá?

CIRRATO.—Tres o cuatro.

PRETEXTATO.—¿Cuándo empezaste a ir?

CIRRATO.—Hará unos tres o cuatro días.

PRETEXTATO.—¿Y no basta eso para conocer el camino?

CIRRATO.—No, aunque fuese cien veces.

PRETEXTATO.—¿Pero es verdad? Pues yo, aunque no hubiera ido más que una vez, no erraría el camino. Es que tú vas de mala gana y jugando; no miras las calles, ni las casas, ni algunas señales que te muestren por dónde debes ir y volver. Yo observo todo esto con cuidado, porque voy gustoso.

CIRRATO.—Este muchacho habita cerca de la escuela. Oye, Titivilicio, ¿por dónde se va a tu casa?

TITIVILICIO.—¿Qué quieres? ¿Te envía tu madre?

La mía no está en casa, ni mi hermana; las dos fueron a la iglesia de Santa Ana.

CIRRATO.—¿Qué hay allí?

TITIVILICIO.—Ayer fué la dedicación del templo y hoy las convidó una quesera a comer cuajada.

CIRRATO.—¿Por qué no fuiste con ellas?

TITIVILICIO.—Me quedé para guardar la casa. Se llevaron con ellas un hermanito mío, y prometieron traerme en la cestita alguna porción de lo que sobrare.

CIRRATO.—¿Cómo no estás en tu casa?

TITIVILICIO.—Luego volveré. Ahora voy a jugar a la taba con el hijo de este zapatero. ¿Queréis venir vosotros?

CIRRATO.—Vamos, si te atreves.

PRETEXTATO.—Todo menos eso.

CIRRATO.—¿Por qué no?

PRETEXTATO.—Porque no nos azoten.

CIRRATO.—¡Ah! ¡No me acordaba!

TITIVILICIO.—No os azotarán.

CIRRATO.—¿Tú qué sabes?

TITIVILICIO.—Porque vuestro maestro perdió ayer la férula.

CIRRATO.—¿Cómo lo supiste?

TITIVILICIO.—Porque hoy hemos oído desde casa los gritos que daba buscándola.

CIRRATO.—Vamos; juguemos un poco.

PRETEXTATO.—Juega tú, si quieres; iré yo solo.

CIRRATO.—No digas nada al maestro; dile que mi padre me retiene en casa.

PRETEXTATO.—¿Quieres que mienta?

Cirrato.—¿Por qué no? ¡Por un amigo!

Pretextato.—Porque oí en el templo al predicador que decía que los mentirosos son hijos del diablo, y los que dicen verdad, hijos de Dios.

Cirrato.—¿Del diablo? ¡Calla! Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor, Dios nuestro.

Pretextato.—No podrás librarte si juegas cuando has de estudiar.

Cirrato.—Vámonos; tú, quédate con Dios.

Titivilicio.—¡Ay, estos muchachos no se atreven a jugar un poco por temor a los azotes!

Pretextato.—Es éste un muchacho perdido y saldrá un mal hombre. Mas se nos fué y no le hemos preguntado por dónde se va a la escuela: llamémosle otra vez.

Cirrato.—Vaya enhoramala, no quiero que me provoque de nuevo a jugar. Se lo preguntaremos a esta vieja. Madre, ¿sabéis por dónde se va a la escuela de Filipono?

Vieja.—Junto a esa escuela habité seis años y allí parí mi hijo el mayor y dos hijas. Pasad esta plaza de Villarrasa, después seguid el callejón, luego la plaza del Señor de Bétera; allí torced a la derecha, luego a la izquierda y preguntad, que la escuela está cerca.

Cirrato.—¡Ah! ¿Cómo podremos acordarnos de todo eso?

Vieja.—Teresica, lleva a estos muchachos a la escuela de Filipono, porque la madre de éste es aquella que nos daba lino para peinar e hilar.

Teresica.—¿Qué malaventurado es ese Filipono? ¿Cuál hombre es? ¡Como si yo le conociese! ¿Acaso habláis del zapatero remendón de junto a la *Taberna Verde*? ¿O del pregonero de la calle del Gigante, el que alquila caballos?

Vieja.—Harto sé que ignoras las cosas que son necesarias, mas no las que de nada aprovechan. ¡Torpe; Filipono es aquel maestro viejo, alto y corto de vista de enfrente de la casa en que hemos vivido!

Teresica.—¡Ah! ¡Ya me acuerdo!

Vieja.—A la vuelta pásate por el mercado y compra hortaliza, rábanos y cerezas. Toma la cesta.

Cirrato.—Llévanos a nosotros por el mercado.

Teresica.—Más presto iréis por aquí.

Cirrato.—No queremos ir por aquí.

Teresica.—Y ¿por qué no?

Cirrato.—Porque me mordió el perro de la casa de aquel panadero, y también porque queremos acompañarte a la plaza.

Teresica.—A la vuelta pasaré por el mercado, porque está muy lejos de aquí, y compraré lo que me mandaron. Antes os dejaré en la escuela.

Cirrato.—Queremos ver por cuánto comprarás las cerezas.

Teresica.—Las mercamos a seis dineros la libra; pero, ¿a ti qué te importa?

Cirrato.—Es que mi hermana me mandó esta mañana que preguntara por cuánto las vendían, y hay allí una verdulera vieja, la que, si le mercares, no sólo te las dará más baratas, sino que también nos regalará algunas cerezas o algún cogollo de lechuga,

porque esa vieja sirvió a mi madre y a mi hermana algún tiempo.

TERESICA.—Temo no os cueste algunos azotes el haber rodeado tanto.

CIRRATO.—No, porque llegaremos a buen tiempo.

TERESICA.—Vamos; así me pasearé un poco. ¡Desdichada de mí, que me consumo de estar todo el día sentada en casa!

PRETEXTATO.—¿Pues, qué haces? ¿Acaso estás ociosa?

TERESICA.—¿Ociosa? Nada de eso: hilo, hago ovillos, devano, tejo. ¿Piensas que la vieja me permitiría estar ociosa? Maldice los días de fiesta porque durante ellos no se debe trabajar.

PRETEXTATO.—¿Por ventura no son sagrados los días de fiesta? ¿Cómo, pues, maldice de lo que es sagrado? ¿Quiere, quizá, hacer que no sea sagrado aquello que lo es?

TERESICA.—¿Crees que yo aprendí geometría para que os lo pueda declarar?

CIRRATO.—¿Qué cosa es geometría?

TERESICA.—No lo sé. Nosotros teníamos una vecina a quien llamaban *Geometría*. Estaba siempre en la iglesia con los sacerdotes, o éstos en casa de ella. Y así, según decían, era muy sabia. Mas ya hemos llegado al mercado. Ahora a ver dónde está vuestra vieja.

CIRRATO.—Eso estaba yo mirando. Pero compra a ésta, con tal que añada algunas cerezas para nosotros. Tía, esta muchacha le mercará cerezas si nos diere algunas.

VERDULERA.—A mí no me dan nada; aquí todo se vende.

CIRRATO.—¿Ni le dan esas suciedades de las manos y del cuello?

VERDULERA.—¡Desvergonzadillo, si no te vas de aquí probarán tus carrillos estas suciedades!

CIRRATO.—¿Cómo las probarán mis carrillos estando en vuestras manos?

VERDULERA.—¡Vuelve las cerezas, ladronzuelo!

CIRRATO.—Es para catarlas, porque quiero comprar.

VERDULERA.—Pues compra.

CIRRATO.—¿Por cuánto, si me agradasen?

VERDULERA.—A dinero la libra.

CIRRATO.—¡Puf! Son acedas. ¡Ah, bruja, vendes aquí a las gentes cerezas ahogaderas!

TERESICA.—Vamos a la escuela, porque vosotros me enredaríais con vuestras agudezas y me detendríais mucho. Creo que ya estará la vieja en casa renegando por mi tardanza. Esta es la puerta; llamad.

UNA LECCIÓN

MAESTRO, LUCIO *y* ESQUINES *(muchachos)*, *y* COTA.

MAESTRO.—Toma el abecedario con la mano siniestra y este puntero con la derecha para señalar cada una de las letras; tente derecho, guarda tu sombrero bajo el sobaco. Oye con atención como yo nombrare las letras, y pon cuidado como las pronuncio. Procura decirlas después, cuando yo te lo pida, del mismo modo que yo las digo. Sígueme ahora a mí, que voy delante diciéndolas una a una. ¿Has entendido bien?

LUCIO.—Creo que sí.

MAESTRO.—Cada una de éstas se llama letra: de ellas cinco son vocales, *A*, *E*, *I*, *O*, *U*, que están contenidas en el vocablo español *oueia* (1), que en latín se llama *ovis*. Acuérdate de este nombre. Hacen sílaba éstas con cualquiera o con más de las otras; sin vocal no se hace sílaba, y aun una vocal sola es sílaba no pocas veces. Todas las demás se llaman consonantes, porque no suenan si no se les junta vocal; así tienen un sonido imperfecto y manco. *B*, *C*, *D*, *G*,

(1) Oveja.

que sin la *E* suenan poco. De las sílabas se forman las voces o palabras, y de éstas nace el hablar de que todas las bestias carecen; y tú no serás diferente de las bestias si no aprendes a hablar bien. Despabílate y pon cuidado. Anda, siéntate con tus condiscípulos y aprende la lección que te he dicho.

LUCIO.—¿No jugamos hoy?

ESQUINES.—No, porque es día de trabajar. ¿O has venido aquí para jugar? Este no es lugar de juego, sino de estudio.

LUCIO.—¿Por qué le llaman juego?

ESQUINES.—Se le llama juego, pero literario, porque aquí se ha de jugar con letras, y en otro lugar a la pelota, la trompa, la taba. Oí decir que en griego se llama *skole* (1), que es como ocio, porque es un verdadero descanso, y quiere quietud de ánimo el vivir estudiando. Mas aprendamos la lección que nos señaló el maestro, y ello en voz baja para no perturbarnos los unos a los otros.

LUCIO.—Mi abuelo, que estudió algún tiempo en Bolonia, me enseñó que se queda mejor en la memoria lo que uno quiere si lo pronuncia en voz alta, y esto lo confirma la autoridad de no sé qué Plinio.

ESQUINES.—Si alguno quiere aprender sus lecciones de ese modo, váyase a los huertos o a los cementerios de los templos: grite allí hasta que despierte a los muertos.

COTA.—¿Es esto estudiar, muchachos? ¿Charlar, mover porfías? Ea, venid, que así lo manda el maestro.

(1) En latín *scholam*, «escuela».

LA VUELTA A CASA Y LOS JUEGOS PUERILES

TULIOLO, CORNELIOLA, ESCIPIÓN, LÉNTULO, MADRE y CRIADA.

CORNELIOLA.—Bien venido seas, Tuliolo; ¿quieres jugar un poco?

TULIOLO.—Ahora no; luego jugaremos.

CORNELIOLA.—¿Qué tienes que hacer?

TULIOLO.—Repasar lo que el maestro me mandó encomendase a la memoria.

CORNELIOLA.—¿Qué te mandó?

TULIOLO.—Mira.

CORNELIOLA.—¡Oh! ¿Qué notas son éstas? Parecen hormigas pintadas. ¡Madre mía, qué de hormigas y mosquitos trae Tuliolo pintados en la cartilla!

TULIOLO.—Calla, loca; son letras.

CORNELIOLA.—¿Cómo se llama la primera?

TULIOLO.—*A*.

CORNELIOLA.—¿Por qué la primera es *A* y no es otra?

MADRE.—¿Por qué eres tú Corneliola y no Tuliolo?

CORNELIOLA.—Porque así me llamo.

MADRE.—Pues lo mismo sucede con estas letras. Mas vete ya a jugar, hijo mío.

TULIOLO.—Aquí dejo la cartilla y el puntero; si alguno los tocare, mi madre le azotará. ¿No es verdad, madrecita mía?

MADRE.—Sí, hijo mío.

TULIOLO.—¡Escipión, Léntulo, venid a jugar!

ESCIPIÓN.—¿A qué jugaremos?

TULIOLO.—Jugaremos a echar nueces en el hoyuelo.

LÉNTULO.—No tengo sino pocas nueces, y ésas cascadas o podridas.

ESCIPIÓN.—Jugaremos con cáscaras de nueces.

TULIOLO.—¿Y de qué me aprovecharán aunque gane veinte, si dentro no hay meollo que comer?

ESCIPIÓN.—Yo cuando juego no como. Si quiero comer algo, se lo digo a mi madre. Estas cáscaras de nueces son a propósito para hacer casas a las hormigas.

LÉNTULO.—Juguemos a pares o nones con alfileres.

TULIOLO.—Trae las tabas.

ESCIPIÓN.—Léntulo, tráelas.

LÉNTULO.—Aquí las tienes.

TULIOLO.—¡Cuán llenas están de polvo y suciedad, qué poco descarnadas y nada pulidas! ¡Tira tú!

ESCIPIÓN.—¡A ver quién es mano!

LÉNTULO.—Yo soy mano. ¿Qué jugamos?

ESCIPIÓN.—Las pretinas.

LÉNTULO.—Yo no quiero perder las mías, que luego en casa me azotaría el ayo.

TULIOLO.—¿Y qué quieres perder si te gano?

LÉNTULO.—Papirotes.

MADRE.—¿Qué hacéis tirados por el suelo? Destro-

záis la ropa y los zapatos, y más en lugar tan sucio. ¿Por qué, antes de sentaros, no barréis el suelo? Traed la escoba.

TULIOLO.—¿Qué jugamos?

ESCIPIÓN.—Un alfiler por cada punto.

TULIOLO.—Mejor dos.

LÉNTULO.—Yo no tengo alfileres; si queréis pondré rabos de cerezas por alfileres.

TULIOLO.—¡Quita allá! Jugaremos tú y yo, Escipión.

ESCIPIÓN.—Yo aventuro mis alfileres.

TULIOLO.—Dame las tabas para tirar primero. ¿Ves? ¡Gané!

ESCIPIÓN.—No, por cierto, que no iba de veras.

TULIOLO.—Para ti nunca se juega de veras. ¡Como si dijeras que lo blanco es negro!

ESCIPIÓN.—Búrlate lo que quieras: esta vez no te llevarás mis alfileres.

TULIOLO.—Sea; te perdono esta mano; juguemos ya por la ganancia. ¡Que me valga la suerte!

ESCIPIÓN.—Yo he ganado.

TULIOLO.—Toma la puesta.

LÉNTULO.—Dame las tabas.

TULIOLO.—Va el resto.

LÉNTULO.—Quiero.

CRIADA.—Muchachos, venid a cenar. ¿No os cansáis de jugar?

TULIOLO.—No hemos comenzado, y ya ésta dice que lo dejemos.

CORNELIOLA.—Me enfada este juego. Juguemos al alquerque.

TULIOLO.—Rayemos este ladrillo con carbón o yeso para jugar.

ESCIPIÓN.—Más quiero yo cenar que jugar. Ahora me voy sin alfileres por vuestras trampas.

TULIOLO.—Acuérdate que ayer se los ganaste tú a Cetego.

Ni aun aquel que es más diestro, vence siempre en el juego.

CORNELIOLA.—Trae los naipes, que hallarás en el aparador a mano izquierda.

ESCIPIÓN.—Otra vez, que ahora no hay tiempo. Temo que mi ayo se enoje si tardo más, y me envíe a dormir sin cenar. Cuida tú, Corneliola, de tenernos prevenidos los naipes para mañana por la tarde.

CORNELIOLA.—Si nos lo permite madre. Valía más jugar ahora que nos deja.

ESCIPIÓN.—Ahora que nos llaman, lo mejor es cenar.

CRIADA.—¿Y no me dais nada a mí, que estaba mirando?

CORNELIOLA.—Te daríamos algo si hubieses sido árbitro del juego. Antes debes darnos tú, que te divertiste viéndonos jugar.

CRIADA.—Vamos, muchachos. ¿Cuándo vais a venir? La cena está mediada, ahora sirven la carne, y pronto sacarán el queso y las manzanas.

REFECCIÓN ESCOLAR

NEPUTOLO, PISÓN, MAESTRO, REPETIDOR, FLORO, ANTRAX *y* LAMIA *(criada)*,

NEPUTOLO.—¿Vivís aquí espléndidamente?

PISÓN.—¿Qué preguntas; si aquí nos lavamos? (1). Cada día las manos y la cara, y muy a menudo. La limpieza del cuerpo conviene a la salud y al ingenio.

NEPUTOLO.—No pregunto eso, sino si coméis y bebéis a gusto de vuestro ánimo.

PISÓN.—No comemos a gusto del ánimo, sino del paladar.

NEPUTOLO.—Digo si coméis como y cuanto queréis.

PISÓN.—Muchísimo, o sea con hambre, y el que quiere come, y el que no, se abstiene.

NEPUTOLO.—¿Os levantáis de la mesa con hambre?

PISÓN.—Nos levantamos no hartos del todo; ni conviene la hartura, que saciarse es de brutos, no de hombres. Cuentan que hubo un rey sapientísimo (2)

(1) Vives emplea las voces *laute y lautos*. La primera significa «espléndidamente», «suntuosamente», y la segunda, «lavados». Esto explica el equívoco, un tanto forzado, y plausible en una obra didáctica. *(Nota del R.)*

(2) Ciro, rey de los persas.

que nunca se sentó a la mesa sin apetito, ni se retiró de ella harto.

NEPUTOLO.—¿Qué coméis?

PISÓN.—Lo que tenemos.

NEPUTOLO.—Pensaba que comíais lo que no teníais. Pero, en suma, ¿qué es lo que tenéis?

PISÓN.—Molesto preguntador, comemos aquello que nos dan.

NEPUTOLO.—¿Y qué os dan?

PISÓN.—A la hora y media de habernos levantado, almorzamos.

NEPUTOLO.—¿Cuándo os levantáis?

PISÓN.—Con el Sol, que es caudillo de las musas, como la aurora es grata a éstas. Nuestro almuerzo es un pedazo de pan de harina sin cerner, con manteca y algunas frutas del tiempo. A medio día comemos hortalizas o verduras cocidas o una escudilla de sopa, más un pedazo de carne, y unas veces nabos, otras berzas o fécula, o sémola, o arroz. Los días de vigilia comemos una escudilla de suero, del que se hace la manteca, con sopas, más pescado fresco, si le hay barato en el mercado, y, si no, pescado salado puesto en remojo, y después almortas o garbanzos o lentejas, o habas u otra legumbre.

NEPUTOLO.—¿Cuánto os dan de cada una de estas cosas?

PISÓN.—Pan, cuanto queremos; de las viandas, lo bastante no para hartar, sino para sustentar. Busca comidas regaladas en otra parte, no en la escuela, donde los ánimos se instruyen en la virtud.

NEPUTOLO.—¿Qué bebéis?

Pisón.—Agua fresca, cerveza floja, y, raras veces, vino muy aguado. La merienda, o *antecena*—si así quieres llamarla—, la constituyen un pedazo de pan, y almendras, o avellanas, o higos secos, o pasas; y si es verano, peras o manzanas, o cerezas, o ciruelas; ahora que cuando vamos a la granja a recrearnos, tomamos leche o cuajada, queso fresco, leche de almendras, altramuces aliñados, pámpanos y algunas otras cosas. La cena se concluye con ensalada bien picada y aderezada con sal, aceite de oliva, de la alcuza, y vinagre.

Neputolo.—¿Cómo, con aceite de nueces o de raíces?

Pisón.— ¡Con cosas tan desabridas e insalubres, no! Comemos también en un plato grande carne de carnero cocida en la olla con caldo, más algunas ciruelas pasas o raicillas u hortalizas, que son como verdura: también comemos longaniza alguna vez, que sabe muy bien.

Neputolo.—¿Con cuál salsa?

Pisón.—Con hambre, que es la mejor y la más sabrosa. Además, ciertos días de la semana comemos un poco de carne asada, de ternera unas veces, y de cabrito otras. En verano nos dan como postre rábanos o un pedazo de queso, no podrido ni rancio, sino fresco, que es de más sustento, peras, priscos o membrillos. Los días de vigilia, en lugar de carne nos dan huevos asados al rescoldo, o fritos, o estrellados, o pasados por agua, o en tortilla hecha en la sartén, con vinagre o agraz; algunas veces un poco de pescado, y después queso y nueces.

Neputolo.—¿Cuánto os dan a cada uno?

Pisón.—Un par de huevos y otro par de nueces.

Neputolo.—¿Y después de cenar alguna vez coméis algo?

Pisón.—Muchas veces.

Neputolo.—¿Y qué coméis, porque esto es cosa gustosa?

Pisón.—Pues concurrimos al banquete de Siro, que relata Terencio, o alguno de aquellos tan suntuosos de Ateneo, y otros semejantes que refieren las historias. ¿Acaso piensas que nosotros somos puercos y no hombres? ¿Qué vientre podría engullir más después de cuatro comidas? Esto es una escuela, no lugar donde se ceba animales. Dicen que no hay nada tan dañoso para la salud como beber poco antes de acostarse.

Neputolo.—¿Podré cenar con vosotros?

Pisón.—Es fácil, siempre que se le pida licencia al maestro, que acostumbra a concederla con gusto. De otro modo no, porque sería de mala crianza y quien te llevara quedaría corrido y afrentado delante de los condiscípulos. Espera un poco. Maestro, con vuestra licencia, ¿puede cenar con nosotros un muchacho conocido mío?

Maestro.—¡Enhorabuena! No me enojará.

Pisón.—Gracias. Mira, este que lleva la servilleta colgada al cuello es el refitolero de semana. Porque aquí tenemos un refitolero cada semana, como los reyes tienen maestresalas.

Repetidor.—Lamia, ¿qué hora es?

Lamia.—Ocupada desde que dieron las tres en

escribir una epístola, no oí hora alguna. Floro os lo dirá, que en toda la tarde miró las hojas del libro.

FLORO.—Muy de amiga es tu testimonio, y muy del caso con un maestro enojado. Mas ¿cómo pudiste ver todo esto, estando tan ocupada, como dices, con tu epístola? En verdad, mucho me alegra que mi enemiga sea tenida por embustera. Si otra vez quisieres calumniarme, nadie te creerá.

REPETIDOR.—¿No hay ninguno que pueda decirme qué hora es? Antrax, ve corriendo a la iglesia de San Pedro y mira la hora.

ANTRAX.—El reloj señala las seis.

REPETIDOR.—¿Las seis ya? Ea, muchachos, levantaos pronto, daos prisa, recoged los libros. Apercibid las mesas, traed manteles, poned servilletas, tajadores y pan, aprestad los asientos, y esto dicho y hecho para que el maestro no se enoje. Tú, saca agua de la cisterna; tú, trae cerveza; tú, pon vasos. ¿Qué es esto? ¿Cómo los traes tan empañados? Vuélvelos a la cocinera, que los friegue y seque bien para que estén limpios y resplandecientes.

PISÓN.—Nunca lograréis eso mientras tengamos en la cocina esta criada. No se atreve a fregar con fuerza las cosas, y las lava sólo una vez con agua tibia; de tal modo cuida sus dedos.

REPETIDOR.—¿Por qué no se lo adviertes al maestro?

PISÓN.—Mejor sería quejarnos a la portera. En sus manos está mudar las criadas de cocina. Pero ahí viene. Tú mismo limpia estos vasos con arena, agua

y hojas de higuera u ortigas, para que el maestro no tenga hoy que reprender con fundamento.

MAESTRO.—¿Está todo aparejado? ¿Hay algo que pueda detenernos?

REPETIDOR.—Nada.

MAESTRO.—No tengamos que esperar de plato a plato.

REPETIDOR.—¿Platos? Mejor dicho es uno, y éste escaso.

MAESTRO.—¿Qué dices entre dientes?

REPETIDOR.—Digo que ya es tiempo de sentarnos, porque la cena casi se está pasando de punto.

MAESTRO.—Muchachos, lavaos las manos y la cara. ¡Ah! ¿Qué toalla es ésta? ¿Cómo se lavaron los que se enjugaron con ella? ¡Presto, traed otra! Sentémonos como acostumbramos. ¿Es aquel muchacho nuestro convidado?

PISÓN.—Sí, señor.

MAESTRO.—¿De dónde es?

PISÓN.—De Flandes.

MAESTRO.—¿De cuál ciudad?

PISÓN.—De Brujas.

MAESTRO.—Colócale a tu lado. Saque cada uno su cuchillo y limpie su pan, si es que hay pegado en la corteza carbón o ceniza. Bendiga la mesa aquel a quien le toca esta semana.

FLORO.—¡Oh, Cristo! ¡Apacienta nuestros espíritus con tu caridad, Tú que mantienes benigno todo lo que vive! ¡Benditos sean, Señor, estos dones que recibimos de tus manos y seas santificado por la largueza con que nos los das! Amén.

MAESTRO.—Sentaos separados los unos de los otros para que no estéis apretados, puesto que hay sitio Tú, brujense, ¿tienes cuchillo?

PISÓN.—Un flamenco sin cuchillo sería un milagro; y más de Brujas, donde los fabrican óptimos.

NEPUTOLO.—Yo no he menester cuchillo: con los dientes cortaré el pan a bocados, y con los dedos lo partiré en pedazos.

REPETIDOR. — Dicen que es provechoso para las encías cortar el pan a bocados, y además que así se mantienen blancos los dientes.

MAESTRO.—¿Dónde aprendiste los rudimentos de gramática? Porque me parece que no aprovechaste mal el tiempo.

NEPUTOLO.—En Brujas, en la escuela de Juan Teodoro Nervio.

MAESTRO.—Varón diligente, docto y virtuoso. Brujas es ciudad elegantísima; mas es cosa sensible que se vaya perdiendo cada día por los vicios de su plebe. ¿Cuánto ha que viniste de ella?

NEPUTOLO.—Seis días ha.

MAESTRO.—¿Cuánto tiempo llevas estudiando?

NEPUTOLO.—Tres años.

MAESTRO.—No te pesará de lo que aprendiste.

NEPUTOLO.—A fe que no, porque tuve un maestro de quien no me pesa.

?

MAESTRO.—¿Y qué hace nuestro Vives?

NEPUTOLO.—Dicen que lucha, pero no a fuer de buen luchador.

MAESTRO.—¿Con quién?

NEPUTOLO.—Con su mal de gota.

MAESTRO.—¡Oh, enemigo traicionero, que primero sujeta los pies!

REPETIDOR.—Antes verdugo cruel, que aprisiona todo el cuerpo. Mas, tú, ¿qué haces? ¿Por qué te detienes? Parece que viniste a mirar y no a cenar. Ninguno toque su sombrero mientras cenamos, no caiga algún cabello en los platos. ¿Por qué no tratáis al huésped con más cortesía?

MAESTRO.—Neputolo, a tu salud.

NEPUTOLO.—Maestro, recibo el favor con mucho gusto.

MAESTRO.—No dejes nada en el vaso; sólo queda un leve sorbo.

NEPUTOLO.—Eso sería en mí cosa nueva.

MAESTRO.—¿Qué, no agotarla? Mas tú, mi ayudante, ¿qué dices? ¿No traes algo nuevo para sobremesa?

REPETIDOR.—La verdad, no se me ocurre nada; pero estas dos horas discurrí algo relativo a la gramática.

MAESTRO.—¿Qué es ello?

REPETIDOR.—Son cosas arduas, difíciles e íntimas de esta disciplina. Primeramente por qué los gramáticos pusieron tres géneros, siendo dos en la naturaleza. O por qué la naturaleza no cría cosas del género neutro, así como las cría de los géneros masculino y femenino. No puedo penetrar la causa de este misterio. Además los filósofos dicen que sólo hay tres tiempos, y nuestro arte trae cinco; luego nuestro arte está fuera de la naturaleza de las cosas.

MAESTRO.—Quien está fuera eres tú, porque el arte está comprendido en la naturaleza.

NEPUTOLO.—Si estoy fuera de la naturaleza, ¿cómo puedo comer de este pan y de esta carne, que está dentro de aquélla?

MAESTRO.—Tanto peor eres tú, que vienes de otra naturaleza a comer de estas cosas que están en nuestra naturaleza.

NEPUTOLO.—Esa respuesta no hace al caso. Otra quisiera yo a mis cuestiones. ¡Ojalá tuviésemos aquí a Polemón o a Varrón, que, de cierto, las resolverían!

MAESTRO.—¿Y por qué no a Aristóteles o a Platón? ¿Tienes algo mas que decir?

REPETIDOR. — Ayer vi cometer una maldad digna de muerte. Ese maestro de la calle Derecha, más hediondo que un macho cabrío, que en su escuela, hecha un asco, enseña a discípulos de tres a la blanca, cuatro o cinco veces pronunció *volúcres* poniendo el acento en la *u*. Yo me admiré de que no se lo tragara la tierra.

MAESTRO.—¿Qué otra cosa podía decir el tal maestro? Además no sabe las reglas de la gramática. Es que tú te inquietas mucho por cosas leves, y haces tragedia de la comedia o del entremés.

REPETIDOR.—Yo concluí mi tarea. Ahora te toca a ti, alternando. Dinos algo mientras cenamos.

MAESTRO.—No quiero, por que no me respondas fuera de propósito como yo lo hice. Este guisado se enfría; traed el braserico de mesa para calentarle un poco antes de que mojéis el pan. Este rábano no se puede comer; tan correoso y húmedo está, y casi lo mismo están las hortalizas del potaje.

REPETIDOR.—Esto, en verdad, no lo trajeron del mercado, sino que aquí se tomó de nuestra despensa, que es una pieza nada a propósito para el caso. No sé cuál es la causa de que nos traigan siempre los huesos sin tuétano.

MAESTRO.—Poco tuétano tienen los huesos cuando la Luna está en menguante.

REPETIDOR.—¿Y cuando está llena?

MAESTRO.—Mucho.

REPETIDOR.—Pues aun entonces los huesos que nos dan tienen poco o nada, a decir verdad.

MAESTRO.—No es la Luna quien sorbe esos tuétanos, sino nuestra Lamia, que además echó en este caldo demasiado jengibre y pimienta, y en la ensalada harto perejil, mastuerzo, hisopo, hierbabuena, salvia y oruga. Y, de cierto, no hay cosa más dañosa para los niños y los mancebos como las comidas que abrasan las entrañas.

REPETIDOR.—¿Pues de cuáles hierbas queríais que se compusiese?

MAESTRO.—De lechugas, borrajas, verdolagas, con un poco de perejil. Tú, Gingolfo, no te limpies los labios con la mano ni con la manga, sino las manos y los labios con la servilleta, que para eso te la dan. No toques de la carne sino aquella parte que has de tomar. Tú, Dromo, ¿no reparas que te manchas las mangas con la grasa del carnero? Si son abiertas, sujétalas al hombro; si son cerradas, arremángalas hasta el codo, y para que no se caigan sujétalas con un alfiler o con una espina, que es lo que más te conviene a ti. Tú, señor delicado, que te recuestas sobre la mesa. ¿Dónde aprendiste eso? ¿En alguna zahurda?

¡Hola, ponedle una almohada bajo el codo! Refitolero, cuida que no se pierdan estos relieves; ponlos en la despensa. Lo primero de todo quita el salero; después el pan, luego los platos, las fuentes, las servilletas, y, finalmente, los manteles. Limpie cada uno su cuchillo y métalo en la vaina. Oye tú, Cinciolo, no te escarbes los dientes con el cuchillo, que es dañoso: hazte un mondadientes de una pluma o de un palito delgado puntiagudo, y escarba poco a poco para que no te sajes las encías y hagas salir sangre. Levantaos y lavaos las manos. Quitad la mesa; llamad a la criada para que barra el suelo con la escoba. Demos las gracias a Cristo. Comience aquel que bendijo la mesa.

FLORO.—¡Oh Jesucristo Señor nuestro; os damos las gracias temporales por esta comida temporal; haced que os las demos eternas por nuestra eterna salvación! Amén.

MAESTRO.—Id a jugar, a hablar y a pasear donde os pareciere, hasta la noche.

LOS HABLADORES

NUGO, GRAJO, TORDO, BAMBALIO *y* CELADOR.

NUGO.—Sentémonos los dos en esta viga, y tú, Grajo, en esa piedra de enfrente, con tal que nos dejes ver los que pasan. Abriguémonos en esta pared que mira al Sol. ¡Qué tronco tan grande! ¿Para qué servirá?

TORDO.—Para que nos sentemos en él.

NUGO.—Debería ser muy alto y muy grueso el árbol de que salió.

TORDO.—Como los que hay en las Indias.

GRAJO.—¿Qué sabes tú? ¿Estuviste en las Indias con los españoles?

TORDO.—¡Como si no se pudiesen saber las cosas de una región sin haber estado en ella! Yo os citaré mi autor: Plinio dice que hay en la India árboles tan altos que no llega a lo último de ellos una saeta, y, según Virgilio (1),

Ni secretos del arco el indo ignora.

NUGO.—También escribe Plinio (2) que bajo las

(1) *Geórgicas*, libro II.
(2) Libro VII, cap. II.

ramas puede esconderse un escuadrón de soldados con sus caballos.

TORDO.—Nadie que vea los juncos de aquella región, que usan en guisa de báculos los enfermos, los débiles o los ricos, se admirarán de ello.

GRAJO.—Oye; ¿qué hora es?

NUGO.—No lo sé, porque la campana que avisa las horas están fundiéndola. ¿Estuviste allí?

GRAJO.—No me atreví; dicen que es cosa peligrosa.

NUGO.—Yo sí estuve, y vi que muchas mujeres preñadas pasaban sobre la canal de la fundición, que está bajo tierra.

TORDO.—Oí decir que esto es para ellas cosa muy saludable.

GRAJO.—Eso es, como dicen, filosofía de rueca. Pero yo quisiera saber en qué hora vivimos.

NUGO.—¿Qué te importa? Si tienes algo que hacer, mientras hay oportunidad es hora. ¿Dónde está tu reloj de camino?

GRAJO.—Se me cayó hace unos días cuando huía del perro del hortelano, después de haber cogido unas ciruelas.

TORDO.—Te vi desde la ventana cuando corrías, pero no pude ver adónde te retiraste, porque me lo impedía el pensil que en la ventana puso mi madre, contra la voluntad de mi padre, que no quería y la contradecía mucho. Pero, firme en su propósito, mi madre consiguió que no se quitase.

NUGO.—¿Qué hacías tú? ¿Callabas?

TORDO.—Callaba y lloraba. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando porfiaban estas dos personas a las que tanto quiero? Aunque mi madre me mandaba que tomase partido por ella, que la defendiera y que pusiese el grito en el cielo, yo no quería ni chistar contra mi padre. Enojada, me envió a la escuela sin almorzar cuatro días seguidos. Juraba que yo no era su hijo, sino que el ama me había trocado, por lo que dice que la llevará ante el juez capital.

NUGO.—¿Juez capital? (1) ¿Es que todo alcalde no tiene cabeza?

TORDO.—No sé; ella así lo dijo.

GRAJO.—¡Eh! ¿Quiénes son esos con gabardinas y con botas?

NUGO.—Son franceses.

GRAJO.—Cómo, ¿por ventura hay paz?

TORDO.—Dicen que habrá guerra, y harto cruel.

GRAJO.—¿Qué traen?

TORDO.—Vino.

NUGO.—Muchos se alegrarán.

GRAJO.—Cierto. No sólo alegra el vino, sino el recordarle, y aun el nombrarle.

NUGO.—Será a los que de él gustan. A mí, que bebo agua, nada me importa.

GRAJO.—Nunca serás buen poeta.

TORDO.—¿Conoces a aquella mujer?

GRAJO.—No. ¿Quién es?

TORDO.—Lleva los oídos tapados con algodón.

GRAJO.—¿Por qué?

TORDO.—Para no oír lo que le dicen: tiene mala reputación.

(1) Vives escribe *prætorem capitatem y prætor capitalis* para lograr el equívoco, de traducción casi imposible. *(N. del R.)*

Nugo.—¡Cuántos hay que tienen mala fama, y llevan las orejas bien destapadas y bien abiertas!

Tordo.—Aquí me parece pertinente lo que Cicerón dice en sus *Cuestiones tusculanas*: «Marco Craso oía mal, y lo peor es que oía su mal.»

Nugo.—Sin duda oía narrar sus infamias. ¿Y tú, Bambalio, encontraste al cabo tus *Cuestiones tusculanas?*

Bambalio.—Sí, en casa de un librero de viejo; pero tan remendadas y destrozadas que casi no las conocía.

Nugo.—¿Quién las había hurtado?

Bambalio.—Vatinio, que mala pro le haga.

Grajo.—¡Hombre de manos corvas a las que todo se pega! Nunca le dejes entrar donde tengas tus cajas, tus cofres y tu escritorio, si no quieres que te falte algo. ¿No sabes que todos le tienen por un cortabolsas y que de este delito lo acusaron ante el maestro de la escuela?

Nugo.—La hermana de aquella muchacha parió ayer dos gemelos.

Grajo.—¡Y te admira eso! En la calle de la Sal, junto al *León de la Celada*, una mujer parió tres criaturas ha seis días.

Nugo.—Plinio dice que se pueden parir hasta siete.

Tordo.—¿Alguno de vosotros oyó hablar de la mujer de un conde de Batavia? Dicen que parió tantos de un parto cuantos días tiene el año, y esto por maldición de una infeliz mendiga.

Grajo.—¿Cómo sucedió eso?

Tordo.—Una pobre mujer cargada de hijos pidió limosna a la condesa. Como ésta la viese con tantas criaturas, despidióla afrentándola, llamándola ramera, porque decía que no podía haber tenido tantos hijos de un solo marido. La mendiga juró que ella era inocente de lo que se le acusaba, rogando a Dios que si ella era mujer honrada diese a la condesa de un solo marido y en sólo un parto tantos hijos como días tiene el año. Y así sucedió, y el milagro está a la vista en una piedra donde aparece esculpida la multitud de hijos. La piedra se conserva en cierto lugar de aquella ínsula.

Grajo.—Más quiero creerlo que averiguarlo.

Nugo.—Para Dios nada es imposible.

Grajo.—Antes es todo facilísimo.

Nugo.—¿No conocéis a aquel que va caballero en el rocín flaco y trasijado, cargado de redes, acompañado de perros, con sombrero de campo y calzado de abarcas?

Tordo.—¿Es por ventura Mannio el versificador?

Nugo.—El mismo, sin duda.

Tordo.—¿Qué mudanza tan grande es ésta?

Nugo.—Dejó a Minerva y sigue a Diana; esto es, dejó una ocupación honrosa y se aplicó a un trabajo necio. Hízose rico su padre en el comercio; pero éste piensa que el oficio de mercader que su padre ejerciera es cosa indecorosa, y se ha aplicado a criar caballos y a la caza, creyendo que de otra manera no podría ennoblecer su casa y su linaje, porque si se daba al lucro, perdería la reputación de noble. Síguele en la caza Fulano Curión, hombre doctísimo, tahur de

fama, que sabe jugar muy bien con dados cargados. En casa tiene a Tricongio por compañero.

TORDO.—El que es un cántaro.

GRAJO.—O una esponja.

NUGO.—Más bien es arena brasada de la Arabia.

BAMBALIO.—Dicen de él que siempre está sediento.

NUGO.—No sé si tiene sed; sí que está siempre dispuesto a beber.

BAMBALIO.—¡Oh, escuchad aquel ruiseñor!

GRAJO.—¿En dónde está?

BAMBALIO.—¿No lo ves posado en aquella rama? Escucha cómo levanta la voz sin cesar, sin descanso.

NUGO.—Como dice Ovidio:

Llora Filomela la maldad de Tereo.

GRAJO.—No es maravilla que gorjee tan dulcemente siendo de Atenas, donde aun las olas del mar chocan armoniosas en la ribera.

NUGO.—Plinio escribe que canta más y con mayor cuidado cuando le escuchan los hombres.

TORDO.—¿Cuál es la causa?

NUGO.—Yo te lo diré. El cuclillo y el ruiseñor cantan hacia el mismo tiempo, o sea desde mediado de abril hasta fines de mayo, poco más o menos. Compitiendo estas dos aves por la melodía de su canto, buscaron juez, y como el objeto de la competencia era el sonido, les pareció muy a propósito el asno por tener las orejas más grandes que los otros animales. Este asno menospreció al ruiseñor, diciendo que no entendía la armonía de su canto, y dió el premio

al cuclillo. Apeló el ruiseñor al hombre, y desde entonces, luego que le ve, canta con dulces gorjeos y trinos para agradarle y para vengar el agravio que le hiciera el asno.

GRAJO.—La razón es buena para un poeta.

NUGO.—Cómo, ¿esperabas que fuera digna de un filósofo? Pregunta a aquellos nuevos maestros de París.

GRAJO.—Muchos de ellos sólo por el vestido son filósofos, no por el juicio ni por el entendimiento.

NUGO.—¿Por los vestidos? Por los vestidos mejor podría llamárseles marmitones o arrieros.

GRAJO.—En verdad, los llevan de paño tosco, muy traídos, rotos, llenos de lodo, sucios y piojosos.

NUGO.—Luego serán filósofos cínicos.

GRAJO.—Chinchosos (1), más bien, y no peripatéticos como ellos aparentan. Aristóteles, fundador de esta escuela, fué, en verdad, muy pulcro y aseado. Si los filósofos han de ser así, yo desde ahora me despido para siempre de la Filosofía. ¿Hay, en verdad, cosa más bella y más digna del hombre que la limpieza y la urbanidad en el vestir y en el comer? En esto, y según mi sentir, los de Lovaina exceden a los de París.

TORDO.—¿Qué dices? ¿No juzgas que el demasiado cuidado de la limpieza y de las galas es embarazoso para el estudio?

---

(1) Vives emplea las voces *cynici* y *cimici* casi homófonas. La primera equivale a «cínicos» en castellano; la segunda es «chinchosos». *Cimici*, de *cimex*, «chinche». *(N. del R.)*

Grajo.—A mí, la verdad, me agrada la limpieza, aunque no el moroso y ansioso cuidado de ella.

Nugo.—¿Condenas las elegancias, de las que tan difusamente escribió Valla, al que nuestros maestros tanto nos recomiendan que leamos?

Grajo.—Cosa distinta es la elegancia de las palabras en el hablar, del aseo de las cosas en el vestir.

Tordo.—¿Sabéis lo que me contó el Correo de Lovaina?

Nugo.—¿Qué te ha contado?

Tordo.—Que Clodio está muy enamorado de una muchacha, y que Lusco dejó los estudios, aplicándose al trato de mercader, o sea que pasó de caballo a asno.

Nugo.—¿Qué dices?

Tordo.—Conocíais todos a Clodio. Gordo, colorado, robusto, alegre, risueño, cortés, chistoso, pues el Correo dice que ahora está flaco, amarillo, cárdeno, perdido, sin fuerzas, feo que espanta, melancólico, no habla, no sale de casa hasta que anochece, no comunica con hombre alguno. Quien antes le hubiese visto no lo conocería.

Nugo.—¡Oh, pobre mancebo! ¿De dónde le vino este mal?

Tordo.—Del amor.

Nugo.—¿Y de dónde éste?

Tordo.—Por lo que colegí de lo que me dijo el Correo, Clodio dejó los estudios graves y sólidos, entregándose a la lectura de poetas lascivos, así latinos como de lengua vulgar. De ahí la primera disposición de su voluntad para que si alguna chispa de amor prendiese en aquella yesca, en seguida se encendiese como estopa. Finalmente se había entregado al sueño y al ocio.

Nugo.—¿No tienes más que referirnos o mayores causas de sus amores?

Tordo.—Ahora está loco; casi siempre va solo, y, siempre, o sin hablar palabra, o cantando o componiendo versos en lengua vulgar.

Nugo.—Sí,

Mas tales que los lea
la misma infiel Licoris (1).

Grajo.—¡Oh, Jesucristo, líbranos de tan pernicioso mal!

Tordo.—Si no me engaño, Clodio se enmendará algún día. Su voluntad divaga en las torpezas, mas no está en ellas de asiento.

Grajo.—¿Y el otro, en qué género de mercaderías se ejercita?

Tordo.—Escribió a su padre una epístola lacrimosa acerca del estado miserable de los estudios, la que leyó el mismo Correo, porque podía ser abierta con facilidad. El padre, hombre rudo, le pasó de los libros a los paños, lanas, pastel, pimienta, jengibre, canela... Ahora, bien sujeto el justillo, diligente y cuidadoso en su aromática especiería, llama a los compradores, los recibe con agrado, sube y baja por unas escaleras angostas y peligrosas, saca y muestra las mercancías para despacharlas, las vuelve y re-

(1) Virgilio, *Egloga X. Licoris* (en latín *lycoris*) viene del griego *lycos*, que en latín es *lupus*, de que se deriva *lupanar*, voz que en castellano revela el sentido del verso de Virgilio. *(N. del R.)*

vuelve una y otra vez, miente y jura. Todo esto le parece más liviano que estudiar.

NUGO.—Conocí yo que desde niño era avariento. Le alegraba tener dineros, y, así, más estimó ser rico que sabio, y antepuso la vil ganancia a la erudición. Algún día le pesará de ello.

TORDO.—Mas será tarde.

NUGO.—Sin duda. Y que ponga cuidado, no le suceda lo que a su primo.

TORDO.—¿Cuál primo?

NUGO.—Antronio. Aquel que vivía en la calle angosta de las Manzanas, junto a los *Tres grajos*. ¿No oíste decir que se consumió (1) el año pasado?

GRAJO.—¿Qué se consumió dices? ¿Acaso es eso tan grande mal? ¿No sucede cada día lo mismo en las cocinas?

TORDO.—Consumió la hacienda.

GRAJO.—¿Qué hacienda?

TORDO.—La ajena, y quebró.

GRAJO.—Algo habrá restituído a los acreedores.

TORDO.—Por buenas composturas (antes se acogió a sagrado) entregó tres onzas por cada libra.

GRAJO.—¿Y llamas a esto consumir, no habiendo cosa más cruda? Mas ¿cómo perdió la hacienda?

TORDO.—Se lo oí decir a su padre, pero no lo entendí bien. Contaba el padre que había hecho mohatras muy dañosas, las cuales lo desollaron y le comieron hasta los huesos.

(1) Siempre atento al carácter docente de su obra, Vives emplea el verbo latino *decuoquere*, que significa «cocer» y también «consumir». *(N. del R.)*

GRAJO.—¿Qué es mohatra? ¿Qué desollar?

TORDO.—No lo sé; me parecen cosas de ladrones.

NUGO.—¿Veis aquel gordo que apenas se puede mover? Pues es volteador y volatinero.

GRAJO.—¡Calla! Esto que dices es increíble.

TORDO.—Es que no voltea con su cuerpo, sino que anda a vueltas con los vasos.

GRAJO.—¿Decía algo más de nuevo el Correo respecto de nuestros compañeros?

TORDO.—También dijo algo de Hermógenes, aquel que era siempre el primero en nuestros certámenes, doctísimo y de ingenio más agudo de lo que daba a entender su edad; de pronto tornóse tardo y rudo.

NUGO.—Esto vi acontecer muchas veces con muchos ingenios.

BAMBALIO.—Dicen que ello acaece cuando la agudeza del ingenio no es firme ni sólida. Esto mismo sucede con el escalpelo, cuyos filos se embotan fácilmente, en especial si cortan materia dura.

GRAJO.—Cómo, ¿tiene el ingenio filos cual el hierro?

BAMBALIO.—No lo sé. Hierro vi muchas veces; pero ingenio nunca.

NUGO.—¿Qué fué de aquel mancebo aldeano que por su bienvenida nos dió un banquete espléndido con tantas cosas rústicas y tan regaladas; aquel contra quien, para cogerle y volverle a la escuela, hubo de enviar el maestro cuatro de esos que prenden a los que huyen? ¡Era donoso!

TORDO.—¡Lindo asno! Una criada de mi tía, prima suya, cuenta que ha poco lo vió en la aldea, destocada la cabeza, sin peinar, sucio, calzado de unos

zuecos y cubierto con una ropa de buriel, vendiendo estampas de papel por las esquinas o plazas, y cantando tonadas nuevas en los corrillos.

GRAJO.—Debe de ser hijo de padres nobles.

TORDO.—¿Cómo así?

GRAJO.—Porque su padre es de la familia y linaje de los Cocles.

NUGO.—Más signo es ése de arrojado que de hombre de buena familia.

TORDO.—O signo de buen carpintero que con un ojo

recta dirige la línea (1).

NUGO.—Nunca fué de mi agrado tal muchacho, ni jamás vi que diese muestras de virtud.

GRAJO.—¿Cómo?

NUGO.—No sentía afición por los estudios, ni respetaba al maestro, que es señal de estar perdido del todo un muchacho. Además se mofaba de los ancianos y de los pobres. Pero, ¿quién es ese del vestido de seda, y de la cadena y los brazaletes de oro?

GRAJO.—Es un bien nacido. Su madre es muy noble y muy fecunda.

NUGO.—¿Quién es?

GRAJO.—La Tierra. Y apenas creerías las niñerías

(1) Persio. *Sátira I.*

Para comprender el sentido de estos equívocos recordemos que Horacio Publio defendió sólo contra las tropas de Persena un puente del Tíber, dando con ello tiempo a que se rehiciesen las huestes romanas y se salvara Roma. Roto el puente, Horacio escapó a nado; mas, según la leyenda, perdiendo un ojo, por lo que se le llamó *Cocoles*. Como premio a su hazaña se le dió tanta tierra cuanta comprendiese un surco o línea trazado por él con el arado en un día. *(N. del R.)*

que hace; al verle dirías que es un niño que aun hace pucheros y juega en su cuna con los dijes.

NUGO.—Pues a fe que ya le apunta el bozo.

BAMBALIO.—¡Eh, que viene el Celador! Sacad los libros, abridlos y hojeadlos.

GRAJO.—En muchas semanas no hubo espía más curioso que éste ni que más se alegrara de contar al maestro nuestras faltas.

BAMBALIO.—¡Si nos acusara con motivo! Mas de ordinario nos acusa falsamente.

NUGO,

Muralla inexpugnable es la conciencia
si ella dice que no somos culpables (1).

—Pero, esperad, veréis cómo le hago alejarse de aquí pronto.

CELADOR.—¿Qué murmuras, zancajoso?

NUGO.—¿Y tú, patituerto, patas de rana?

CELADOR.—¿Y tú, lûcha de ranas y ratones? (2). ¡Fuera chanzas! ¿Qué hacéis aquí?

NUGO.—¿Qué? Pues lo que hacen los buenos estudiantes: leemos, aprendemos y disputamos. Por tu vida, dime, cabecita doncsa, ¿qué significa *Transversa tuentibus hircis*, de Virgilio? (3).

CELADOR.—Está bien; proseguid estudiando cual

(1) Horacio. Epístola, libro I.
(2) Alusión a la *Batracomiomaquia* de Homero.
(3) Egloga III.

Los machos te miraban de reojo.

Traducción de Félix M. Hidalgo. Se ha de entender machos cabríos. *N. del R.)*

conviene a mancebos de buena índole. Yo ahora tengo más que hacer. Quedaos con Dios.

NUGO.—¡Basta de chanzas y de chistes; volvamos a la escuela, mas antes repasemos lo que el maestro nos explicó, para aprender y para darle gusto. Que nos tenga por buenos muchachos, como debe desear cada uno de nosotros y desean nuestros padres!

EL CAMINO Y EL CABALLO

MISIPO, FILIPO, MISÓSPODO, PLANETES, CRIADO *y* RÚSTICO.

FILIPO.—¿Queréis que vayamos a divertirnos a Bolonia, que está junto al río Sena?

MISIPO y MISÓSPODO.—No queremos otra cosa, y más en día tan sereno, tan sin viento y que es feriado en nuestra escuela.

FILIPO.—¿Por qué es hoy día feriado?

MISÓSPODO.—Porque Pandolfo convida con espléndido banquete a todos los maestros en honor de haberle sido conferido a él el grado de maestro.

PLANETES.—¡Qué lindamente se beberá!

MISÓSPODO.—¡Aun se padecerá más sed!

MISIPO.—Yo tengo una haca.

FILIPO.—Y yo un caballo que alquilé al tuerto tramposo.

MISÓSPODO.—Planetes y yo iremos en un carro· los demás, si les parece, o nos seguirán a pie o a fuerza de remo subirán la corriente del río en un barquillo.

PLANETES.—Mejor sería que lo remolcaran los caballos.

MISÓSPODO.—Como os plazca; a nosotros nos agrada más ir a pie.

FILIPO.—Ea, criado, enfrena y enjaeza el caballo... ¿Qué haces? ¡Malhaya tu alma! ¿Enfrenas la jaca con el bocado fuerte? Ponle más bien aquel pequeño, ligerito y tachonado.

CRIADO.—¡Bah; ni tiene barbada ni frontal!

FILIPO.—¡Si supiese quién lo rompió, yo le rompería a él...!

MISIPO.—¿Qué dices tú, alterado por la cólera?

FILIPO.—El pan nuestro de cada día. Toma, componlo como puedas.

CRIADO.—¡Qué gracioso! ¡Busca caballos y jaeces en las escuelas de muchachos!

FILIPO.—Suple con esta cuerda lo que falta.

CRIADO.—Parecerá mal.

FILIPO.—Anda, majadero, ¿quién lo verá fuera de la ciudad?

CRIADO.—El pretal está descosido.

FILIPO.—Remiéndalo con alguna correa.

CRIADO.—No tiene grupera.

FILIPO.—Ni es menester.

PLANETES.—¡Famoso y diestro jinete! Subirá la silla al cuello del caballo y éste te arrojará por encima de su cabeza.

FILIPO.—¿Qué se me da a mí? Como en el camino hay más lodo que piedras, podré ensuciarme en el barro, pero no me haré sangre. Mas si todos estos arreos se han de aparejar, no partiremos hasta la tarde. Trae el caballo de cualquier modo que sea.

CRIADO.—Aquí le tienes ya dispuesto: monta.

¿Qué haces? ¿Pones primero el pie derecho en el estribo?

FILIPO.—¿Cuál he de poner?

CRIADO.—El izquierdo, sujetando las riendas con la mano del mismo lado; toma en la derecha esta vara, que te servirá de espuela.

FILIPO.—No la he menester. Además, mis espuelas serán los carcañales.

CRIADO.—Como aquel Jubelio Taureo, o Claudio Afelo, que con él peleó.

FILIPO.—Deja las historias, que ahora vamos de camino. ¿Dónde están los demás?

CRIADO.—Anda, te acompañaré a pie.

MISIPO.—¡Oh, qué molesto es el trote de este caballo! Me molerá los huesos antes de que lleguemos.

FILIPO.—¡Qué silla más ruin! Juraría que es albarda y no silla.

MISIPO.—Poco le falta.

FILIPO.—¿Cuánto te cuesta el alquiler?

MISIPO.—Catorce monedas tornesas.

FILIPO.—No daría yo tanto por el caballo, el mantenimiento de él y los aparejos. No me parece que es caballo de coche ni de silla, sino jumento de albarda, o para arar, o de carga. Repara cómo tropieza a cada paso. Aun en una paja o en un papel tropezaría.

MISIPO.—¿Caballo dices? Aún es potro. Pero búrlate cuanto quieras; tal cual es, o él me llevará a mí o yo le llevaré a él.

CRIADO.—El pobre tiene los cascos muy tiernos y delicados.

FILIPO.—¿Qué te encargó el tuerto con tanta diligencia mientras te lo alquilaba y enjaezaba?

MISIPO.—Con mucho cariño me suplicó que no montásemos dos sobre él, uno en la silla y otro a la grupa, y que en la cuadra le pusiera buena cama.

CRIADO.—Bien lo ha menester, porque el pobre no tiene más que huesos.

FILIPO.—¿Qué hacéis vosotros? ¿No subís en el carro?

PLANETES.—Es que ahora el carretero pide otro tanto sobre lo concertado.

FILIPO.—Si tenéis pleito con carreteros y marineros, fácilmente le concluiréis, porque es esta gente tratable, pacífica, afable, cortés y piadosa. Los carreteros son la flor de la tierra, y los marineros, la flor del mar. Sobre lo que ahora os pide dadle una mitad más.

CRIADO.—¿Qué hora pensáis que es ya?

FILIPO.—Por la altura del Sol colijo que dieron las diez.

CRIADO.—Pues estamos cerca del medio día.

FILIPO.—¿Es verdad? Misipo, vamos. Que nos siga el que pueda. Allá nos hallarán, en el mesón del *Sombrero Carmesí*, aquel que está frente a la *Pirámide del Rey*, junto a la *Casa del Cura*.

MISIPO.—¿Por dónde salimos?

FILIPO.—Por la puerta de San Marcelo, a la derecha; no hay más que un camino, y éste recto.

MISIPO.—Mejor iríamos por esta senda tan placentera y alegre.

FILIPO.—De ningún modo; lo más conveniente y seguro es el camino real. Aquí perderíamos a los compañeros por tantos caminos que atraviesan y tan torcidos. Además, si no me engaño, la senda tiene muchas vueltas y rodeos.

MISIPO.—¿Quiénes son esos de las picas? Parecen soldados mercenarios.

FILIPO.—¿Qué hacemos?

MISIPO.—Volvernos, no sea que nos roben.

FILIPO.—No; sigamos adelante, que con facilidad escaparemos de ellos corriendo por los campos en nuestros caballos.

MISIPO.—¿Y si traen arcabuces?

FILIPO.—No veo que los traigan y sí sólo picas.

MISIPO.—Muchacho, acércate.

CRIADO.—¿Qué ocurre?

MISIPO.—¿No ves a aquellos alemanes? Esos que vienen hacia nosotros.

CRIADO.—¿Qué alemanes? No son alemanes, sino dos rústicos parisienses con sus báculos.

MISIPO.—Verdad es; tienes razón. ¡Vivas mil años, que me devolviste los sentidos! Mas, ¿dónde están Misóspodo y Planetes?

CRIADO.—Enojado el carretero porque no le daban lo que pedía, los trajo por un camino escabroso y pedregoso. Forcejeando los caballos para sacar las ruedas, que se habían atascado en un profundo cenagal, rompieron la lanza y los tirantes, y como, ciego de cólera, el carretero había calzado una rueda, también las ruedas se destrozaron. Ahora trata de arreglarlo todo, gritando mil blasfemias y echando terribles maldiciones sobre los que iban en el carro.

FILIPO.—¡Que caigan sobre él!

Criado.—Pienso que ellos, habiendo dejado el carro, subirán en alguna carreta que vaya vacía a Bolonia. Glauco y Diomedes entraron en un esquife, pero los marineros dicen que por el viento es imposible mover el barco ni con remos ni con varales, y que, además, todos los caballos están ocupados en acarrear no sé qué materia. Por esto aún no habrán desatado la amarra.

Filipo.—¿No dijeron nada del pago del pasaje?

Criado.—Nada.

Filipo.—¡Milagro! Pienso que ésta será la causa de todo. No llegarán a Bolonia hasta la noche.

Misipo.—¿Qué importa? Pasaremos mañana todo el día recreándonos. Mira cómo las aguas, claras cual el cristal, de aquel arroyuelo apacible corren sobre los dorados guijos con grato murmullo. ¿Oyes al ruiseñor y al pajarillo? ¡En verdad que es ameno este territorio de París!

Filipo.—¿Cuál villa puede igualarse a ésta? ¡Cuán mansamente corre el río Sena! Mira aquella barca caminando viento en popa. ¡Cuánto se recrean los ánimos con esta hermosura! ¡Oh, prado ameno, adornado con maravilloso artificio!

Misipo.—O sea por admirable Artífice.

Filipo.—¡Qué olor suave exhala!

Misipo.—Por aquí: vuelve a la izquierda, para no pasar sobre el lodo, que se agarra mucho, y en él dejaría los cascos ese caballo tuyo de andadura. ¡Qué diferencia entre este campo y el de al lado! Yermo, pedregoso, como carcomido de puro reseco, sucio, cubierto de cardos; horroriza verle.

Criado.—¿No ves que está lleno de los cascotes y ripios de aquella casería en ruinas? Y aun con todo, es fértil en trigo.

Polvo en invierno y lodo en verano,
cogerás, ¡oh Camilo!, mucho grano (1).

Filipo.—Canta algunos versos como acostumbras.

Misipo.—Me place.

Dichoso aquel mortal, semejante a los dioses,
a quien jamás deslumbran los rayos de la gloria,
ni se siente atraído de la falaz lascivia;
el que en graves estudios y en un hogar tranquilo
ve transcurrir sus días sin causar mal a nadie (2).

Filipo.—En verdad que son graciosos y graves a un tiempo esos versos. ¿Quién los compuso?

Misipo.—¿No los has conocido?

Filipo.—No.

Misipo.—Pues son de Angel Policiano.

Filipo.—Más viejos los creí, porque tienen el aroma de la antigüedad. Temo que hayamos equivocado el camino.

Misipo.—Buen hombre, ¿quieres decirnos por dónde se va a Bolonia?

Rústico.—Vais mal. Volved los caballos; seguid hasta allí donde se divisan dos caminos, y tomad el que va por la orilla del río. Siguiéndole no erraréis más; es derecho y no hay otro hasta la *Encina Vieja*; después, torced a esta mano.

(1) Virgilio. *Geórgicas*, libro I.
(2) Angel Policiano *Silva*, titulada *Rusticus*.

Misipo.—Te damos las gracias.

Rústico.—Dios os guíe.

Misipo.—Más quisiera correr que no ir penando en este caballo trotón que de tal suerte me sacude.

Filipo.—Así cenarás con mayor gana.

Misipo.—Antes no tendré gana de cenar. Cansado y molido el cuerpo, más pronto buscaré la cama que la cena.

Filipo.—Siéntate con las dos piernas juntas en vez de ir a horcajadas. Irás con menos fatiga.

Misipo.—Eso es de mujeres. Lo haría si no temiese la risa y la mofa de los caminantes.

Criado.—Filipo, espera un poco que este herrador calce a tu jaca, que se le cayó la herradura de la pata derecha.

Misipo.—Mejor será que nos detengamos aquí antes de que cierren esta posada, no sea que tengamos que dormir en el *Mesón de la Estrella.*

Filipo.—¿Y qué? Mejor es eso que no estar estrechos y encerrados en un aposento. Peor fuera que nos quedásemos sin cenar.

LA ESCRITURA

Manrique, Mendoza, Maestro y Muchacho.

Manrique.—¿Oíste hoy aquel largo discurso acerca de la utilidad de la escritura?

Mendoza.—¿Dónde?

Manrique.—En la escuela de Antonio de Nebrija.

Mendoza.—No estuve allí; mas si tú te acuerdas de algo, cuéntamelo.

Manrique.—¿Qué te he de contar? Tantas cosas dijo, que casi todas se me han olvidado.

Mendoza.—Luego te sucedió lo que dice Quintiliano de los vasos que tienen angosta la boca: si en ellos se echa de golpe mucha agua, ésta se derrama; mas si se echa poco a poco, se llenan. Pero, ¿no te acuerdas de nada?

Manrique.—De casi nada.

Mendoza.—Así que te acuerdas de algo.

Manrique.—De muy poco.

Mendoza.—Pues refiéremelo, por poco que sea.

Manrique.—Lo primero de todo decía que es cosa digna de admiración que tanta variedad de humanas voces se haya podido componer con pocas letras, y que los amigos ausentes puedan comunicarse por ellas. Añadía que en aquellas islas ahora descubiertas

por nuestros reyes, de donde se trae el oro, a los moradores les ha parecido no haber cosa más admirable que poder los hombres darse a entender unos a otros lo que sienten por una carta enviada de tan luengas tierras, y preguntaban si por ventura sabía hablar el papel. Esto dijo y mucho más de que no me acuerdo.

MENDOZA.—¿Cuánto tiempo habló?

MANRIQUE.—Dos horas.

MENDOZA.—¿Y de tan largo discurso encomendaste a la memoria tan pocas cosas?

MANRIQUE.—Yo sí las encomendé, pero ella no quiso retenerlas.

MENDOZA.—Tu memoria es como la tinaja de las hijas de Dánao.

MANRIQUE.—Mas bien las recogí en criba que en tinaja.

MENDOZA.—Llamemos a alguno que se acuerde.

MANRIQUE.—Aguarda un poco, porque pienso en otra cosa que me ocurre: ya me acuerdo.

MENDOZA.—Dila luego. ¿Por qué no lo escribías?

MANRIQUE.—No tenía pluma a mano.

MENDOZA.—¿Ni tablillas?

MANRIQUE.—Ni tablillas.

MENDOZA.—Di, finalmente.

MANRIQUE.—Se me olvidó. Me lo hiciste olvidar con tus odiosas interrupciones.

MENDOZA.—¿Cómo, tan presto?

MANRIQUE.—Ya me acuerdo. Afirmaba, con la autoridad de no sé qué autor, que no hay atajo más breve para llegar a una grande erudición que el escribir bien y con velocidad.

MENDOZA.—¿Cuál autor es ése?

MANRIQUE.—Le oí nombrar muchas veces, pero también lo olvidé.

MENDOZA.—Como todo lo demás. El vulgo de nuestra nobleza no guarda este precepto; piensa que es decoroso y aun loable no saber escribir. De sus escrituras dijérase que eran escarbaduras de gallina, y, si no te lo advierten antes, no sabrás nunca con cuál mano las trazaron.

MANRIQUE.—Por eso se ve cuán rudos hombres son, cuán necios y de estragados pensamientos.

MENDOZA.—¿Y cómo han de ser vulgo si son nobles? ¿Acaso no hay gran diferencia entre el vulgo y la nobleza?

MANRIQUE.—Del vulgo se diferencia lo que no lo es, no por los vestidos ni por las riquezas, sino por el buen modo de vivir y el entero y cabal juicio de las cosas.

MENDOZA.—Si quieres que nosotros nos libremos de la común ignorancia hemos de aplicarnos a este ejercicio.

MANRIQUE.—No sé por qué naturalmente escribo las letras torcidas, desiguales y confusas.

MENDOZA.—Eso tienes de noble. Ejercítate, que la costumbre mudará lo que ahora juzgas natural.

MANRIQUE.—Mas, ¿dónde vive este maestro?

MENDOZA.—¿Me lo preguntas a mí que ni vi ni oí a tal hombre? Eso tú, que le oíste. Aunque, a lo que entiendo, quisieras que todo te lo pusieran mascado en la boca.

MANRIQUE.—Ahora me acuerdo. Dijo que había

alquilado una casa junto a la iglesia de Santos Justo y Pastor.

MENDOZA.—Entonces es vecino tuyo. Vamos allá.

MANRIQUE.—Oye, ¿dónde está el maestro?

MUCHACHO.—Retirado en aquel apcsento.

MANRIQUE.—¿Qué hace?

MUCHACHO.—Enseña a unos niños.

MANRIQUE.—Dile que aquí en la puerta hay otros que vienen para que también los enseñe.

MAESTRO.—¿Qué mancebos son ésos? ¿Qué quieren?

MUCHACHO.—Hablar contigo.

MAESTRO.—Hazlos entrar pronto.

MANRIQUE y MENDOZA.—Te saludamos, maestro, y te deseamos prosperidades.

MAESTRO.—Y vosotros sed bien venidos: Cristo os guarde. ¿Qué os trae aquí? ¿Qué queréis?

MANRIQUE.—Que nos enseñes ese arte que profesas, si quieres y hay lugar.

MAESTRO.—En verdad que debéis de ser muchachos bien educados cuando así habláis, y tanta modestia y compostura mostráis en vuestro aspecto, y más ahora que el rostro se os cubrió de vergüenza. Tened confianza, hijos míos, que ése es el color de la virtud. ¿Cómo os llamáis?

MANRIQUE.—Mendoza y Manrique.

MAESTRO.—Estos nombres manifiestan noble condición y ánimos generosos. Mas al cabo sólo seréis nobles si adornáis vuestros entendimientos con las artes, que son dignas de los bien nacidos. ¡Cuánto más sabios y prudentes sois vosotros que esotros muchos nobles que piensan ser tanto más grandes

cuanto peor escriben! Ni es esto de admirar cuanto que ha ya tiempo que la loca nobleza se ha persuadido de que nada hay tan vil y bajo como el saber algo. ¡Es cosa de ver la firma que echan en la carta que escribió un amanuense, que de ninguna manera se puede leer, ni sabe uno quién envía la carta, como no lo diga el portador o no se conozca la firma!

MANRIQUE.—De eso nos quejábamos poco ha Mendoza y yo.

MAESTRO.—Mas, ¿venís prevenidos de armas?

MANRIQUE.—En manera alguna, buen maestro. Nos azotarían nuestros ayos si en esta edad nos atreviésemos, no ya a tocar, sino a mirar las armas.

MAESTRO.—¡Bah, bah! No hablo de las armas de herir y de matar, sino de estas de escribir. ¿Tenéis estuche de plumas con plumas?

MENDOZA.—¿Qué es estuche de plumas, lo que llamamos plumero?

MAESTRO.—Eso mismo. Los antiguos solían escribir con punzones de hierro, y luego usaron cañas, en especial de las criadas en el Nilo. Los agarenos—si habéis visto escrituras suyas—escriben también con cañas de la mano derecha a la izquierda, como lo hacen casi todas las naciones del Oriente. Al contrario, los hombres de Europa, imitando a los griegos, escriben de la izquierda a la derecha.

MANRIQUE.—¿También los latinos?

MAESTRO.—Sí, hijo, los latinos también, que tienen su origen en los griegos. En algún tiempo los antiguos latinos escribían en pergaminos que con facilidad podían borrarse, y los llamaban *palimsestos*. Es-

cribían en una sola cara, y a los libros que estaban escritos en el reverso los llamaban *opistógrafos*, como aquel *Orestes* de Juvenal

Escrito en ambas caras y aún no concluído.

Pero de estas cosas hablaremos en otra ocasión; ahora vamos a lo que más nos importa. Escribimos con plumas de ganso y algunos con plumas de gallina. Las vuestras son muy a propósito porque tienen el cañón recio, largo, limpio y sólido. Quitad las plumillas con el cuchillo y cortadlas algo de la cola; raedlas también, por si tienen alguna aspereza, que las lisas son mejores.

MANRIQUE.—Yo nunca las traigo sino limpias. Mi maestro me enseñó a ablandarlas y pulirlas con saliva, estregándolas en el sayo o en las calzas.

MAESTRO.—Buen consejo es.

MENDOZA.—Enséñenos a cortar las plumas.

MAESTRO.—Lo primero cortaréis por entrambas partes el cabo de la pluma, para que quede con dos horquillas; luego haréis poco a poco con el cuchillo por la parte de arriba una abertura, que se llama *crema;* después igualaréis los dos pies pequeñitos, o, si queréis, piernecicas, con tal que el izquierdo sea un poco más largo, porque sobre él estriba la pluma al escribir, y conviene que esta diferencia apenas se pueda percibir. Si quieres apretar mucho la pluma y formar más la letra, tenla con tres dedos; si quieres escribir con más ligereza, tenla con los dos, pulgar e índice, como hacen los italianos, porque el dedo del

medio más que ayudar detiene y templa el curso para que no sea demasiado.

MANRIQUE.—Saca el tintero.

MENDOZA.—¡Ah, perdí el tintero viniendo aquí!

MAESTRO.—Muchacho, trae aquella redoma de tinta para que de ella echemos en el tintero de plomo.

MENDOZA.—¿Sin poner algodones?

MAESTRO.—Con eso sacarás en la pluma más pura la tinta y con mayor comodidad, porque con los algodones, seda o lino, al mojar la pluma en la tinta siempre se pegan algunas hilachas, que mientras se quitan no se escribe, y si no las quitas, más escribirás borrones que letras.

MENDOZA.—A mí me aconsejaron que pusiera un pedacito de lienzo de Malta o de tafetán delgado y liso.

MAESTRO.—No está mal. Pero más vale poner sólo tinta cuando el tintero está fijo, porque en el portátil necesariamente se han de poner algodones. ¿Tenéis papel?

MENDOZA.—Este.

MAESTRO.—Es áspero y detiene la pluma, y el cuidado que se pone en que corra sin tropezar es dañoso para los estudios, porque mientras luchas con la aspereza del papel se te olvidan muchas de las cosas que habrías discurrido al escribir. Dejad para los que hacen libros grandes esta calidad de papel ancho, grueso, duro y áspero, que por esto le llaman papel de libros, que de él los hacen para que duren mucho tiempo. Ni toméis para el uso de cada día el de marca mayor o imperial que se llama *hierático*, de las cosas

sagradas, como veis en los libros de la Iglesia. Para vosotros buscad papel de escribir cartas, que lo traen de Italia muy bueno, muy delgado y firme, o bien del común que traen de Francia, que se encuentra a cada paso y se vende a ocho dineros la mano, poco más o menos, y dan con él una o dos hojas de papel de estraza, que llaman *carta emporética* y también *bibula*.

MENDOZA.—¿Cuál es la razón de estos nombres? Ya lo dudé muchas veces.

MAESTRO.—El nombre de *carta emporética* viene del griego, y se dice así porque en este papel se envuelven las mercaderías; llámanle *bibula* porque «bebe» la tinta, así que con él no es menester ni salvado ni arenilla, ni polvo raído de la pared. Pero lo mejor es que las letras se sequen ellas mismas, porque de ese modo duran más. Con todo esto, el papel de estraza aprovechará para que le pongáis bajo la mano y no se manche la blancura del papel con el sudor o con la suciedad.

MANRIQUE.—Danos ya, si te parece, una muestra.

MAESTRO.—Primero el abecé; después, cada sílaba de por sí; finalmente, los vocablos juntos, de este modo: «Aprende, niño, cosas que te hagan más sabio y, por tanto, mejor. Las voces son signos de vida entre los presentes y las letras entre los ausentes.» Escribid esto, y después de haber comido, o mañana, volved aquí para que yo enmiende lo que hayáis escrito.

MANRIQUE.—Así lo haremos; en tanto te encomendaremos a Cristo.

MAESTRO.—Yo os encomendaré a vosotros.

MENDOZA.—Sentémonos donde no nos estorben para meditar lo que este maestro nos enseñó.

MANRIQUE.—Me parece bien; hagámoslo así.

MENDOZA.—Aquí está lo que deseábamos; sentémonos en estas piedras.

MANRIQUE.—Sí, pero cara al Sol.

MENDOZA.—Préstame media hoja de papel, que mañana te la devolveré.

MANRIQUE.—¿Tienes bastante con este pedazo?

MENDOZA.—¡Ay, aquí no caben ni seis líneas, y menos de las mías!

MANRIQUE.—Escribe en las dos caras y junta más las líneas. ¿Qué necesidad tienes de dejar tan grandes intervalos?

MENDOZA.—¿Quién, yo? Si apenas queda espacio alguno, porque las letras se tocan unas a otras, sobre todo las que tienen ápices o pies largos como la *b* y la *p*. Y tú, ¿qué has hecho? ¿Ya escribiste dos líneas? Y lindas en verdad, si no estuviesen torcidas.

MANRIQUE.—Escribe y calla.

MENDOZA.—Verdaderamente no se puede escribir con esta pluma ni con esta tinta.

MANRIQUE.—¿Por qué no?

MENDOZA.—¿No ves cómo la pluma salpica de tinta el papel fuera de las letras?

MANRIQUE.—Mi tinta está tan crasa y espesa que dirías que es lodo; mira cómo se queda en el corte de arriba de la pluma y no corre para formar las letras. ¿Por qué no remediamos entrambos estos inconvenientes? Tú corta con el cuchillo los punticos

de la pluma hasta que fácilmente tome tinta para formar las letras; yo echaré en el tintero algunas gotas de agua para que la tinta esté más clara.

MENDOZA.—Yo me orinaría en el tintero.

MANRIQUE.—¡Oh, no quiero orines, que echa mal olor la tinta y cuanto escribieres, y luego con dificultad quitarás este mal olor de los algodones, aunque los laves! Mejor fuera vinagre, si lo hubiésemos a mano, porque, por lo fuerte que es, presto aclara la tinta más espesa.

MENDOZA.—Cierto; mas por su acritud y su calidad mordaz y picante hay el peligro de que penetre y pase el papel.

MANRIQUE.—No lo temas. Entre todos los otros, este papel detiene la tinta para que no se pase.

MENDOZA.—Los bordes de este papel tuyo son desiguales y ásperos y están arrugados.

MANRIQUE.—Corta un poco el margen del papel con las tijeras, porque así parece mejor, o bien concluye las líneas antes de llegar a la aspereza. Siempre los más leves estorbos son para ti motivo de que no prosigas, así que al punto dejas cualquiera cosa que manejas.

MENDOZA.—Volvamos a ver al maestro.

MANRIQUE.—¿Crees que ya es tiempo?

MENDOZA.—Temo no sea tarde porque acostumbra cenar temprano.

MANRIQUE.—Vamos. Tú, que eres más atrevido, entra primero.

MENDOZA.—No, tú, que eres más descarado.

MANRIQUE.—Mira no salga alguno que esté con él y nos halle aquí alegres y chanceándonos. Llamemos

en la puerta con la aldaba, aunque está abierta, que es cosa de mejor crianza. ¡Ha de casa!

MUCHACHO.—¿Quién está ahí? Entre el que fuere.

MANRIQUE.—Somos nosotros. ¿Dónde está el maestro?

MUCHACHO.—En su aposento.

MENDOZA.—Salud, maestro.

MAESTRO.—Bien venidos.

MENDOZA.—Hemos copiado la muestra cinco o seis veces en un mismo papel, y aquí traemos lo escrito para que lo enmiendes.

MAESTRO.—Bien hecho. Otra vez dejad más distancia de una línea a otra para que haya espacio donde yo pueda corregir vuestros yerros y los enmendéis. Estas letras son muy desiguales, que en la escritura es cosa fea. Reparad cuán mayor es la *m* que la *e*, y la *o* que la redondez de esta *p*. Conviene que los cuerpos de las letras sean todos iguales.

MENDOZA.—¿A qué llamas cuerpos?

MAESTRO.—A los medios de las letras, no a los ápices y pies que tienen algunas. Tienen ápices la *b* y la *l*, y pies la *p* y la *q*. En esta misma *m* no son iguales las piernas; la primera es más corta que la de en medio y tiene más largo el rabo, como aquella *a*. No apretáis lo que es menester la pluma sobre el papel, así apenas queda señalada la tinta, ni podréis conocer qué letras sean las que habéis escrito. Porque quisiste mudar estas letras por otras, rayendo algunas partículas con la punta del cuchillo, afeaste más la escritura. Mejor hubiese sido pasar por encima la pluma borrándolo sutilmente, y también escribir lo

que queda de un vocablo al concluir una línea en el principio de la siguiente, con tal que las sílabas queden siempre enteras, porque la ortografía no permite que se partan. Dicen que César Augusto no dividía las palabras ni escribía las letras que le sobraban al principio de la línea siguiente, sino que allí las ponía, cerrando todo con un semicírculo.

MANRIQUE.—Con gusto le imitaremos por ser ejemplo de un rey.

MAESTRO.—Haréis bien, porque ¿de cuál otro modo probaréis la nobleza de vuestra sangre? No juntéis tanto todas las letras ni tampoco las apartéis tanto todas. Hay algunas que piden ser ligadas con otras, las que tienen rabo, como son *a*, *l*, *n*; otras hay que tienen punta, como son *f* y *t*; otras que no quieren ser ligadas, como son las redondas, *b*, *o*, *p*. Al escribir tened la cabeza todo lo derecha que podáis, porque escribiendo cabizbajos o inclinada la cabeza fluyen los humores a la frente y a los ojos, de donde nacen muchas enfermedades y se enflaquece la vista. Aquí tenéis la muestra, que escribiréis mañana si Dios os es propicio.

No fíes tus negocios a las horas que pasan,
pues lo que hoy no alcanzares no lograrás mañana (1).

Y esta otra muestra:

Si las palabras vuelan, vuela también la diestra;
no bien calla la lengua, se detiene la mano (2).

MENDOZA.—Maestro, Dios os dé salud y larga vida.

(1) Ovidio. *De remedio amoris*, verso 93.
(2) Marcial. *Epigramas*, libro 14, p. 208.

EL VESTIDO Y UN PASEO MATUTINO

BELÍO, MALUENDA, JUAN *y* GOMECILLO.

MALUENDA.—¿Por ventura ha de ser esto todos los días?

La luz del claro día entra por la ventana,
y roncando dormimos el vino de Falerno (1).

BELÍO.—En verdad que no parece sino que estuvieses loco, porque de otra suerte ni te hubieras levantado tan temprano, ni compondrías versos, y menos satíricos y mordaces, para manifestar tu enojo.

MALUENDA.—Oye estos otros de un epigrama, no mordaces, sino graciosos:

Ya el panadero vende el pan para los niños;
Y los gallos proclaman el imperio del Sol (2).

BELÍO.—Lo del pan me haría levantar más presto que tus voces.

MALUENDA.—¡Graciosísimo, chistoso; Dios te dé buen día!

(1) Persio. *Sátira III*.
(2) Marcial. *Epigramas*, libre 14.

Belío.—Y a ti te dé buena noche y buen seso, no sólo para que puedas dormir, sino también para hablar en prosa.

Maluenda.—Suplícote que me respondas sin chanzas, si es que puedes. ¿Cuál hora te parece que será?

Belío.—Media noche, poco más o menos.

Maluenda.—¿En qué reloj?

Belío.—En el de mi casa.

Maluenda.—¿Y dónde está el reloj de tu casa, ni de cuándo acá miraste el reloj, tú, que nunca estudias, pero duermes, comes y juegas a toda hora?

Belío.—Pues a fe que tengo conmigo el reloj.

Maluenda.—¿Dónde? Veámosle.

Belío.—En mis mismos ojos, que en manera alguna pueden abrirse. Duerme otra vez, o por lo mencs calla.

Maluenda.—¿Qué malaventurado sueño es ese tan profundo que parece letargo o muerte? ¿Cuánto crees que hemos dormido?

Belío.—Dos horas o tres, a lo más.

Maluenda.—¡Nueve horas!

Belío.—¿Cómo puede ser eso?

Maluenda.—Gomecillo, ve corriendo al reloj de sol de los frailes Franciscos y mira qué hora es.

Belío.—¡Quita allá! ¿Cómo va a ver la hora cuando el Sol no salió aún?

Maluenda.—¿Que no salió? Muchacho, abre la ventana de vidrio para que el Sol con sus rayos dé a éstos en los ojos. El sol lo llena todo ya y las sombras son cada vez menos.

Belío.—¿Y qué se te da a ti de que el Sol salga o se ponga? Deja que él se levante primero, que ha de andar todo el día más que nosotros. Gomecillo, ve corriendo a la iglesia de San Pedro, y mira la hora que es en el reloj de máquina y en el de sol.

Gomecillo.—Vi los dos. En el de sol la sombra dista poco de la segunda línea; en el otro la manecilla señala algo más de las cinco.

Belío.—¿Qué dices? Pues aun te queda una diligencia por hacer, y es que hagas venir un herrero de la calle Empedrada, que con las tenazas separe estas pestañas, tan clavadas las unas a las otras. Dile que ha de arrancar una cerraja cuya llave se perdió.

Gomecillo.—¿En dónde vive?

Maluenda.—¡Este lo llamaría de veras! Déjate ya de chanzas y levántate.

Belío.—Sí, levantémonos, supuesto que tanto porfías. ¡Qué cansado compañero eres! Jesucristo, despertadme del sueño del pecado al desvelo de la justicia; sacadme de las tinieblas de la muerte a la luz de la vida. Amén.

Maluenda.—¡Buen día te dé Dios!

Belío.—Y a ti éste y otros muchos felices y alegres, y que lo pases de modo que no ofendas la virtud de otro ni otro ofenda la tuya. Muchacho, dame camisa limpia, porque ésta ya hace seis días que la traigo. ¡Oh, coge aquella pulga que va saltando!

Gomecillo.—Déjate ahora de coger pulgas. ¿Qué sería matar una pulga en este aposento?

Maluenda.—Lo mismo que sacar una gota de agua del río Dilia.

Belío.—O del mismo Océano. No quiero esta camisa de cuello doble, sino aquella de cuello liso, porque los pliegues en este tiempo ¿qué son sino nidos y refugios de piojos y de pulgas?

Maluenda.—¡Necio! Así serías rico en un instante; tendrías ganado blanco y ganado negro.

Belío.—Ganado muy numeroso, pero de poca ganancia; compañeros que quisiera ver siempre en la casa del vecino y no en la mía. Di a la criada que cosa estos lados de la camisa, y que sea con seda.

Gomecillo.—No tiene.

Belío.—Pues con hilo o con lana, o con esparto, si le parece, que esta criada nunca tiene lo que es menester, aunque de sobra lo que no lo es. Gomecillo, no quiero que anticipes lo que ha de suceder, sino que hagas lo que te mando, dándome luego razón de ello. Quita el polvo a estas calzas, sacudiéndolas y después limpiándolas con aquella escobilla de cerdas. Dame también unos escarpines limpios, porque éstos están sudados y huelen. ¡Uf, quítalos de ahí al punto; no puedo sufrir su mal olor!

Gomecillo.—¿Quieres la almilla?

Belío.—No, porque de la luz del Sol colijo que hoy hará calor. Dame aquel jubón velloso de medias mangas y aquella túnica sencilla, delgada y ligera que tiene pasamanos.

Maluenda.—Mejor la de algodón. Pero, ¿qué es esto? ¿Adónde quieres ir que tanto te compones, y más no siendo hoy día de fiesta? ¿Y pides también ligas?

Belío.—Y tú ¿por qué te pusiste el vestido nuevo

de raso liso o tafetán, teniendo uno de chamelote y otro de damasco, ambos usados?

Maluenda.—Di los dos para que los remendasen.

Belío.—Pues yo con estos míos más atiendo a la conveniencia que al bien parecer. Estos corchetes y sus hembras están flojos. ¡Tú, bellaco, siempre los desabrochas sin mirar lo que haces!

Maluenda.—A mí me agrada más servirme de botones y de ojales; parece mejor, y el vestirse y desnudarse es menos enfadoso.

Belío.—En esto, como en las demás cosas, no todos son de un mismo sentir. Guarda en el arca este armador y no lo saques más en todo el estío. A estas pretinas no les quedan cabos. Esta franja está rasgada y descosida; cuida que la cosan y que no queden costurones feos.

Gomecillo.—Eso no estará hasta dentro de hora y media.

Belío.—Pues sujétala con un alfiler para que no cuelgue. Dame los cenojiles o ligas.

Gomecillo.—Ahí los tienes. Ya te preparé los chapines con las chinelas cubiertas bien limpias de polvo.

Belío.—Mejor será que limpies de lodo los zapatos y les des lustre.

Maluenda.—¿Qué significa *lígula* en el zapato? Hubo entre los gramáticos fuerte disputa—como entre ellos suele haberla por todas las cosas—sobre si se debía decir *lígula* o *língula*.

Belío.—Los españoles la cosen en el empeine; mas aquí no se usa.

MALUENDA.—Y en España ya no las ponen los que calzan a la francesa.

BELÍO.—Déjame tu peine de marfil.

MALUENDA.—¿Dónde está el tuyo de boj, que hicieron en París?

BELÍO.—¿No me oíste ayer reprender a Gomecillo?

MALUENDA.—¿Llamas reprender al golpear?

BELÍO.—Pues oye: había roto cinco o seis púas de las ralas, y de las espesas, casi todas.

MALUENDA.—Poco ha leí que un autor manda que peinemos la cabeza con peines de marfil, pasándole cuarenta veces de la mollera al copete y de allí al cogote. ¿Qué haces? Eso no es peinarse, sino pasar la mano. Dame el peine.

BELÍO.—Ni eso es peinar, sino raer o barrer. Creo que tienes la cabeza de barro bien cocido.

MALUENDA.—Y yo pienso que tú la tienes de manteca. ¡De tal suerte que no te atreves a tocarla!

BELÍO.—¿Quieres que nos topemos el uno al otro como los carneros?

MALUENDA.—No quiero competir con un loco como tú, ni estando en mi cabal juicio porfiaré con tu locura. Acaba; lávate las manos y la cara, en especial la boca, para que hables con más limpieza.

BELÍO.—¡Ojalá se limpiase el alma tan pronto como las manos! Dame el aguamanil.

MALUENDA.—Estrega con más cuidado esos artejos de las manos, en que hay asida mucha inmundicia.

BELÍO.—Te engañas: yo pienso que más es la piel descolorida y arrugada. Gomecillo, arroja esta agua sucia en aquel albañal. Dame la cofia y el bonete de encajes, y los borceguíes.

GOMECILLO.—¿Quieres los de camino?

BELÍO.—No, sino los que llevo por la ciudad.

GOMECILLO.—¿Quieres el capuz o la capa?

BELÍO.—¿Hemos de salir de la ciudad?

MALUENDA.—¿Y por qué no?

BELÍO.—Pues tráeme la capa de camino.

MALUENDA.—Ea, salgamos; no perdamos esta buena ocasión de pasearnos.

BELÍO.—Guíanos, ¡oh Cristo!, por los caminos que te sean más gratos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. ¡Oh qué hermosa aurora! ¡En verdad que es rosada, como dicen los poetas, o áurea! ¡Cuánto me alegro de haberme levantado! Salgamos de la ciudad.

MALUENDA.—Salgamos, que yo en toda la semana puse el pie fuera de la puerta. Mas ¿adónde iremos primero? Y luego, ¿por dónde?

BELÍO.—A la fortaleza, o a las murallas de los Cartujos.

MALUENDA.—¿Y por qué no a los prados de Santiago?

BELÍO.—Por la mañana de ninguna manera; mejor será por la tarde.

MALUENDA.—Pues vamos a los Cartujos por los Franciscanos y al *Bisthum*, y de allí por la puerta de Bruselas. Después volveremos por los Cartujos a oír misa. Ve ahí a Juan. Dios te guarde, Juan.

JUAN.—Y a vosotros también os guarde muchos

años. ¿Qué novedad es ésta? ¿Cómo os habéis levantado tan de mañana?

Belío.—Yo tenía un sueño tan profundo que no podía despertarme, pero este Maluenda, a gritos y a golpes me arrancó de la cama.

Juan.—Hizo bien, porque te recrearás en este paseo saludable. Vamos a la Ronda. ¡Oh admirable Creador de tanta hermosura, digno de ser adorado! Con razón se llama esta obra *Mundus*, y los griegos la llaman *Cosmos*, como si dijéramos adornado y pulido.

Maluenda.—Pero no vayamos tan a prisa, sino despacio y paso a paso. Demos dos o tres vueltas en este paseo de las murallas para que con detenimiento contemplemos esta tan grande hermosura.

Juan.—Repara cómo no hay sentido alguno que no reciba grande placer. Primeramente la vista. ¿Cuál diversidad de colores, qué vestido, qué tapices, qué pinturas pueden compararse con ésta? Son estas cosas naturales y verdaderas; aquellas otras, fingidas y falsas. Con razón aquel poeta español (1) llamó al mes de mayo «pintor del mundo». Cuanto al oído, ¿qué puede igualar al canto de las aves, en especial del ruiseñor? Escúchale encima del sauce donde hace una armonía y música perfectas, según dice Plinio. Repara atento, y notarás las diferencias de todos los tonos: unas veces no para, sino que pasa el canto con un mismo aliento y a un mismo tenor; otras veces hace pasos de garganta; ya canta de falseta; ya ensortija la voz

(1) Juan de Mena.

y la encrespa; ya la alarga; ya la corta; canta versos largos, como heroicos; breves, como sáficos; más breves, como adónicos. A más de esto tienen como escuelas de música: los noveles se ensayan y aprenden cantos que imitan después. Oye el discípulo con grande atención—¡ojalá lo hiciésemos así con nuestros maestros!—, y después repite, y alternativamente paran. Conócese la enmienda en el que aprende y un modo de reprensión en el que enseña. Mas a las aves las guía la buena naturaleza y a nosotros la mala inclinación. Añade a estas cosas el olor que exhalan los prados, las mieses, los árboles y aun los campos incultos y estériles. Cuanto al gusto, todo lo que llega a la boca, el mismo aire es como dulce y regalada miel.

Maluenda.—Oí decir a muchos que en este mes de mayo las abejas recogen la miel del rocío del cielo.

Juan.—Fué ésa opinión de muchos. Si queremos conceder algo al tacto ¿hay cosa más suave y saludable que este aire que respiramos, entrándose por nuestras venas y por todo el cuerpo? Ahora me vienen a la memoria algunos versos que del Verano escribió Virgilio, los que cantaré si podéis sufrir mi voz no de cisne sino de ansarón, si es así que el cisne no canta dulcemente mas que cuando está cercano a la muerte.

Belío.—Por mi parte yo digo que deseo mucho oír tales versos, con cualquiera voz que sea, con tal que nos los expliques también.

Maluenda.—Lo mismo digo yo.

JUAN.

No creo que otros los tempranos días
fueran del Universo, ni otra fuera
su ley original: Primaverales
tiempos fueron; hermosa Primavera
señoreaba el mundo, a quien el Euro
no ofendía con hálitos glaciales,
cuando la luz primera
bebieron los ganados, cuando el hombre
holló, férrea progenie, el duro suelo,
y de fieras los montes se erizaron,
y brillaron estrellas por el cielo.
Ni adelantado habría el orbe infante
su desenvolvimiento laborioso,
si no hubiese tan grande paz doquiera,
y promediando la calor y el frío,
la divina piedad no le valiera (1).

BELÍO.—No los he entendido lo bastante.

MALUENDA.—Y yo creo que menos.

JUAN.—Ahora aprendedlos, que el entenderlos será para más adelante, porque se sacaron de lo más profundo de la filosofía, como otras muchas obras de aquel poeta.

MALUENDA.—Preguntémosle al maestro Orbilio que ahí se nos ofrece.

JUAN.—Mejor dirás que a pocos se ofrece y escucha. Saludémosle no más, y dejemos ir a este hombre regañón, que desuella a los muchachos, siempre ceñudo, antes mediano estudiante que docto, aunque, en verdad, se haya persuadido que es el primero de los maestros. Hemos dicho lo perteneciente al cuerpo; ¿qué diremos del entendimiento? ¡Cuánto alegra y vivifica esta aurora! No hay tiempo alguno tan a propósito para aprender ni para acordarse uno de lo que oye o lee, ni tampoco para meditar o discurrir de cualquier asunto a que apliquemos el entendimiento. Con razón dijo alguien: «La aurora es muy agradable a las musas.»

(1) *Geórgicas*, lib. II.—La versión que se copia es de D. Miguel A. Caro.

BELÍO.—Pero yo ya siento hambre; volvamos a casa para almorzar.

MALUENDA.—¿Qué comeremos?

BELÍO.—Pan, manteca, ciruelas de fraile, que agradan tanto a nuestros españoles que a las de todos los géneros llaman ciruelas; y si no las hay en casa, cogeremos algunas hojas de borrajas y de salvia para comer con la manteca.

MALUENDA.—¿Beberemos vino?

BELÍO.—Eso no. Beberemos cerveza, y de la más floja, de la roja de Lovaina, o agua pura y cristalina de la fuente *Latina* o de la *Griega*.

MALUENDA.—¿A cuál fuente llamas *Latina* y a cuál *Griega?*

BELÍO.—Vives suele llamar *Griega* a la que está junto a la puerta, y *Latina* a aquella otra de más abajo. La razón de estos nombres él te la dará cuando vayas a verle.

LA CASA

JOCUNDO, LEÓN *y* VITRUBIO.

JOCUNDO.—¿Conoces el criado que cuida de esta casa aislada, tan espaciosa y linda?

LEÓN.—Le conozco bien. Es pariente cercano del criado de mi padre.

JOCUNDO.—Roguémosle que nos la franquee toda, porque dicen que es muy amena y deleitable.

LEÓN.—Vamos. Toquemos a la campanilla para prevenirle. ¡Ha de casa!

VITRUBIO.—¿Quién está ahí?

LEÓN.—Soy yo.

VITRUBIO.—Dios te guarde, amable niño. ¿De dónde vienes?

LEÓN.—De la escuela.

VITRUBIO.—¿Y para qué vienes aquí?

LEÓN.—Mi compañero y yo deseamos muchísimo ver esta casa.

VITRUBIO.—¿Nunca la viste?

LEÓN.—No toda.

VITRUBIO.—Entrad. Muchacho, tráeme las llaves de todas las puertas. Lo primero es este zaguán, abierto siempre de día, aunque sin portero, que no le hay

ni dentro ni fuera de casa; por la noche se cierra. Contemplad atentos estas magníficas puertas de roble guarnecidas de bronce, y el dintel y el umbral de mármol blanco. Antiguamente solían poner en las portadas de las casas la imagen de Hércules, que no dejaba entrar ni males ni malos. Esta es la imagen de Cristo, Dios verdadero, que Hércules era hombre cruel y maléfico. Con la guarda y defensa de Cristo, no entrará en la casa mal alguno.

JOCUNDO.—*Ni aun el mismo dueño* (1).

VITRUBIO.—¿Qué murmuras en griego?

JOCUNDO.—¿Que cómo entran tantos malos?

VITRUBIO.—Aunque entren malos no hacen mal alguno.

LEÓN.—¿No usáis de quicios para las puertas?

VITRUBIO.—En muchas naciones ya no se acostumbra. Esta es la puerta interior del zaguán, que guarda el criado de escalera arriba—que viene a ser el primero de la familia, como el de escalera abajo es el postrero—. Esta es la antesala, en que se puede pasear y donde hay muchas y divertidas pinturas.

JOCUNDO.—Dinos qué representan.

VITRUBIO.—Esta es un bosquejo del cielo; ésa, un mapa de la Tierra y de los mares; aquélla, un dibujo del nuevo orbe que han descubierto los españoles con sus navegaciones, y en esotra tabla está representada Lucrecia dándose muerte por su propia mano.

JOCUNDO.—Declaranos lo que dice, porque parece que muriendo habla.

---

(1) *Uden o despotes autos,* escribe en griego Vives.

VITRUBIO.—*Muchas la admiran, mas pocas la sienten.*

JOCUNDO.—Ahora entiendo lo que dice.

LEÓN.—¿Qué se representa en aquella tablilla con tanta minuciosidad?

VITRUBIO.—Es el dibujo de este edificio. Descubre aquella otra tabla.

JOCUNDO.—¿Qué es esto? ¡Una mujer amamantando a un viejo!

VITRUBIO.—¿No leíste en Valerio Máximo este ejemplo con el título de «La piedad»?

JOCUNDO.—Lo leí. ¿Qué dice la mujer?

VITRUBIO.—*Aún no restituyo cuanto recibí.*

JOCUNDO.—Y el viejo, ¿qué dice?

VITRUBIO.—*Gozo de haberla engendrado.* Subamos esta escalera de caracol; ved cuán amplia es cada grada y de qué hermoso mármol de color de hierro. En este cuarto primero habita el amo; este otro de arriba es para los huéspedes. Y no es que el amo viva de alquilar cuarto, ni lo quiera Dios, sino que lo tiene prevenido, alhajado y adornado para recibir a los amigos huéspedes suyos. Este es el comedor.

JOCUNDO.—¡Jesús qué vidrieras tan bien matizadas! ¡Qué colores tan vivos! ¡Qué cuadros, que tallas, qué imágenes! ¿Cuál historia es esta de las vidrieras?

VITRUBIO.—La fábula de Griselís, que Juan Bocacio compuso tan bien y con tanto ingenio. Pero mi amo ha resuelto unir a ella las historias verdaderas de Godelina de Flandes y de Catalina de Inglaterra, que hacen ventaja a la invención de Griselís.

De las imágenes, la primera representa a San Pablo Apóstol.

JOCUNDO.—¿Qué dice el rótulo?

VITRUBIO.—*¡Oh, de cuánto te somos deudores a ti y tú a Cristo!*

JOCUNDO.—Y él, ¿qué dice?

VITRUBIO.—*Por la gracia de Dios soy quien soy, y la gracia de Dios no estuvo en mí vacía.* Aquella otra imagen es la de Mucio Scévola.

JOCUNDO.—Pues aunque es Mucio, no es mudo (1). ¿Qué dice entre dientes?

VITRUBIO.—*No me quemará este fuego, porque dentro de mí arde otro más violento.* El tercer retrato es el de Elena, y el rótulo dice: *Si siempre hubiese sido cual ahora soy, menos males habría causado.*

JOCUNDO.—¿Qué señala aquel viejecito ciego y medio calvo, vuelto el índice hacia Elena?

VITRUBIO.—El viejo es Homero, y dice a Elena: *Yo canté bien el mal que tú hiciste.*

JOCUNDO.—El artesonado está dorado y con algunas perlas mezcladas.

VITRUBIO.—Perlas son, con efecto, pero de poco valor.

JOCUNDO.—¿Hacia dónde miran las ventanas?

VITRUBIO.—Estas al huerto; aquéllas al patio. Esta es la estancia en que comemos de día, vedla bien; y aquél, el aposento en que dormimos. Miradlo todo entapizado, con el suelo de tablas cubierto de estera,

(1) *Mutii* es *mucio* en latín y también el plural de *mutus* (mudo), Según el caso de la declinación. Mucio es asimismo *Mutius*, voz de sonido casi igual a *mutus*. *(N del R.)*

y estas imágenes de la Divina Virgen y de Jesucristo nuestro Salvador. Aquellas otras son de Narciso, Eurialo, Adonis y Policena, que dicen fueron hermosísimos.

Jocundo.—¿Qué hay escrito sobre el dintel de la puerta?

Vitrubio.—*Retírate de las pasiones al puerto de quietud.*

Jocundo.—¿Y en este postigo?

Vitrubio.—*No traigas al puerto tempestad.* En aquel aposento cerrado guardamos las cosas de que más usamos. Este otro cuarto es de invierno. Vedle cerrado y obscuro. Ved la chimenea.

Jocundo.—Paréceme mayor de lo que requiere este comedor.

Vitrubio.—No reparas que también calienta otros aposentos.

Jocundo.—Dicen que si están calientes, también tienen humo.

Vitrubio.—Esta chimenea no suele darle.

Jocundo.—¿Qué estancia es aquella de tan hermosa y bien arqueada bóveda?

Vitrubio.—Es la capilla; en ella se dice misa.

Jocundo.—¿En dónde está la letrina?

Vitrubio.—La tenemos arriba, en el granero, para que no huela mal. En los aposentos, mi amo usa bacines y orinales.

Jocundo.—¡Las torrecillas, pirámides, bolas, veletas, y todas las cosas, cuán lindas son y bien acabadas!

Vitrubio.—Vamos abajo. Esta es la cocina; ésta,

la alacena; ésta, la bodega; aquélla, la despensa, donde los ladrones nos molestan mucho con sus hurtos.

Jocundo.—¿Y por dónde entran? Porque todo lo veo bien cerrado, y guardadas las ventanas con rejas de hierro.

Vitrubio.—Por resquicios y por agujeros de la puerta.

León.—Luego los que os roban son ratones y comadrejas.

Vitrubio.—Aquélla es la puerta falsa. Siempre está cerrada con cerrojo y atrancada, salvo cuando está el amo.

León.—¿Por qué no tienen celosías estas ventanas?

Vitrubio.—Dan al callejón angosto y obscuro y se abren rara vez. Pocas veces se sienta en ellas o se asoma alguno; por esto mi amo tiene pensado cerrarlas con rejas.

León.—¿Con qué rejas?

Vitrubio.—De madera, acaso. Entre tanto basta con atrancarlas.

Jocundo.—¡Qué suntuosas columnas! ¡Qué magnífico pórtico! Mira aquellos atlantes y cariátides, que parecen emplear grandes fuerzas para que no caiga el edificio, y, sin embargo, no hacen nada.

León.—Hay muchos como ellos, que parece como si hiciesen grandes cosas, cuando viven en el ocio y la pereza; zánganos, que se sustentan del trabajo ajeno. Mas ¿cuál casa es esa de ahí al lado, cercana a ésta, de materiales tan malos y resquebrajada?

VITRUBIO.—Es un edificio viejo que se abre por todas paıtes y amenaza ruina. Por ello mi amo tiene pensado derribarle y hacer otro nuevo desde los cimientos. Ahora hacen ahí los pájaros sus nidos, y sirve de habitación a los ratones, pero no tardaremos en echarle al suelo.

LA ESCUELA

TIRO *y* ESPÚDEO.

TIRO.—¡Qué elegante y magnífico gimnasio! Juzgo que no le hay mejor en esta Academia.

ESPÚDEO.—Y juzgas bien. Añade lo que hace mejor al caso, y es que no hallarás tampoco maestros más sabios o prudentes ni que enseñen con mayor destreza.

TIRO.—Se deben estimar aquí sobremanera las ciencias y las artes, y de seguro se aprovechará mucho en ellas.

ESPÚDEO.—En verdad que se aprende brevemente.

TIRO.—¿Por cuánto enseñan?

ESPÚDEO.—He ahí una pregunta fea e importuna. En cosa de tanta consideración no se ha de preguntar la paga. Ni los maestros conciertan lo que se les ha de dar ni los discípulos deben ni aun pensar en ello. ¿Qué paga puede recompensarles? De seguro habrás oído en alguna conversación lo que dijo Aristóteles: «a Dios, a los padres y a los maestros nunca podremos pagarles el bien que nos hacen. Dios creó a todo hombre, el padre engendró el cuerpo y el maestro forma la parte racional y superior de nosotros».

TIRO.—¿Qué enseñan estos maestros y en cuánto tiempo?

ESPÚDEO.—Hay varios maestros y cada uno tiene escuela aparte. Estos, con sumo trabajo, enseñan a los mancebos los elementos de la Gramática, repitiéndolos muchas veces al día; aquéllos enseñan cosas más arduas de este mismo arte; esotros enseñan la Retórica; otros la Dialéctica, y así las artes que llaman liberales o ingenuas.

TIRO.—¿Por qué las llaman de este modo?

ESPÚDEO.—Por oposición a las iliberales, que son las artes sórdidas, mecánicas, que se ejercitan con el trabajo corporal o de las manos por los esclavos y los hombres de ingenio nulo. Entre los que estudian hay *tyrones* y *batallarii*.

TIRO.—¿Qué significan estos dos vocablos?

ESPÚDEO.—Tanto *tyrones* como *batallarii* son nombres tomados de la milicia. *Tyro* es nombre antiguo, y se dice de aquel que empieza a ejercitarse en las cosas de la guerra—bisoño o novicio—; *batallarius* dicen los franceses de aquel soldado que ya se encontró en algún choque, que ellos llaman *batalla*, y peleó contra el enemigo; así que en la palestra literaria de París empezó a darse este nombre—provecto, bachiller—a quien mantuvo conclusiones en público sobre alguna de las artes. Después, a éstos se les da licencia para enseñar, por lo que se los llama «licenciados». Finalmente, alcanzan el grado de «doctores», poniéndoles un bonete en la Universidad con grande concurso, con que se le da libertad a aquel que, ya aprendiendo, ya disputando, ya enseñando, pasó toda la

carrera de los estudios. Esta es aquí la honra más señalada y el grado último de la dignidad.

TIRO.—¿Quién es aquel tan acompañado ante el que marchan los bedeles armados de mazas de plata?

ESPÚDEO.—El rector; muchos le siguen por razón del oficio.

TIRO.—¿Cuántas veces al día se enseña a los muchachos?

ESPÚDEO.—Bastantes horas. Una casi al amanecer, dos por la mañana y dos por la tarde.

TIRO.—¡Tanto!

ESPÚDEO.—Así lo estableció la costumbre y lo ordena la institución de la Academia (1). También los estudiantes repiten y repasan lo que les enseñaron los maestros, como quien rumia lo que ya engulló.

TIRO.—¿Con tan fuertes gritos?

ESPÚDEO.—Es que se ejercitan.

TIRO.—¿En qué?

ESPÚDEO.—En aprender.

TIRO.—Mejor dirías en gritar, porque no parece que ejercitan consideradamente la enseñanza y la ciencia, sino que pregonan. Y aquel de allá está loco de cierto, porque si tuviera buen seso ni gritaría tanto, ni haría gestos, ni movería los brazos, ni se cansaría.

(1) Por los días fabulosos de Teseo, un ciudadano de Atenas, llamado Academo, regaló a la ciudad un terreno plantado de olivos y otros árboles que luego fué gimnasio, y de «Academo» vino *Academia*. Allí enseñaron filosofía Platón, Jenócrates, Polemón, Arcesilao, Carnéades, Filón, Antíoco y otros. Era el punto de reunión de literatos y retóricos.

Espúdeo.—Son españoles y franceses, ambos vehementes, y como pertenecen a diferentes sectas, con tanto mayor furor disputan, como por la fe y la patria (1), según el dicho antiguo.

Tiro.—Cómo, ¿no son todos los doctores de la misma ley?

Espúdeo.—Con frecuencia son opuestos en la doctrina que enseñan.

Tiro.—¿Qué autores interpretan?

Espúdeo.—No todos a los mismos, sino que cada uno los escoge según su pericia y su ingenio. Los más eruditos y de juicio acendrado eligen los mejores, aquellos que vosotros los gramáticos llamáis clásicos. Otros hay que por no saber cuáles son los mejores eligen los comunes y ruines. Entremos, te mostraré la librería pública de esta Academia. Esta es la biblioteca, que, siguiendo el consejo de los hombres doctos, mira hacia donde sale el Sol en el estío.

Tiro.—¡Oh qué libros! ¡Qué de buenos autores, griegos, latinos, de oradores, poetas, historiadores, filósofos, teólogos! ¡Qué retratos de autores!

Espúdeo.—Y pintados con tanta semejanza cuanta se pudo, y por esto más estimables. Todos los cajones y estantes son de carrasca o ciprés y tienen sus cadenillas. Los libros son casi todos de pergamino, y están miniados de diferentes colores.

Tiro.—¿Quién es aquel de cara rústica y nariz chata?

Espúdeo.—Lee los rótulos.

(1) *Pro aris et focis.*

Tiro.—Sócrates es, y dice el rótulo: *¿Por qué me colocan en la biblioteca si nada escribí?*

Espúdeo.—Platón y Jenofonte, que son los que le siguen, contestan: *Porque dijiste para que otros escribieran.* No acabaríamos si los mirásemos uno por uno.

Tiro.—¿Qué libros son aquellos como desechados, del montón grande?

Espúdeo.—El Catolicón, Alejandro, Hugocio, Papias, *Sermonarios, Dialécticas, Físicas sofísticas,* los que llamaba yo de poca estimación.

Tiro.—Más bien ruines.

Espúdeo.—Ahí están, abandonados de todos; llévelos quien quiera y nos librará de una carga pesada.

Tiro.—¡Y qué de jumentos serían menester para ello!

Espúdeo.—Pues a mí me admira que no se los hayan llevado siendo tan grande la multitud de asnos en todas partes. Algún día vendrán a ese montón los Bartolos y Baldos y otros de la misma harina.

Tiro.—Más bien del mismo salvado.

Espúdeo.—Sería provechoso para la tranquilidad humana.

Tiro.—Mira, ¿quiénes son aquellos de las caperuzas largas?

Espúdeo. — Bajemos. Son los bachilleres — que llamé *batallarii*—. Van a disputar.

Tiro.—Vamos con ellos.

Espúdeo.—Entremos, pero calla y atiende con reverencia. Quítate el sombrero y repara atento cada cosa en particular, y escucha, porque se disputa de

cosas graves que conviene mucho saber. Aquel que ves sentado solo en lugar alto es el presidente del certamen, el que dispone y ordena las contiendas, es como *Agonoteta* (1). Lo primero que le toca es señalar el sitio en que han de sentarse los que disputan para que no haya confusión, ni perturben los que quieren ponerse delante.

TIRO.—¿Qué significa aquel manto de pieles de marta?

ESPÚDEO.—Es la toga doctoral, la insignia de esta dignidad. Ese que la lleva es hombre sapientísimo. En Teología logró el primer lugar, y todos los de esta lectura le tienen por superior a ellos.

TIRO.—También dijeron esto de Baldo en su tiempo.

ESPÚDEO.—Ese venció a sus competidores por el soborno y la astucia, no por la ciencia.

TIRO.—¿Quién es aquel macilento, pálido, al que los demás acometen?

ESPÚDEO.—Es el sustentante, el que responde y resuelve las cuestiones y argumentos, el que sufre la impetuosa vehemencia de los que le acometen o le arguyen, y le ves flaco y pálido de las demasiadas vigilias. Está muy aventajado en Filosofía y Teología. Pero calla y escucha, porque éste que ahora disputa suele discurrir aguda y sutilmente los argumentos, y aprieta e insta mucho a su competidor. En sentir de muchos, emula a los más doctos y con frecuencia obliga a su contrario a desdecirse. Repara

(1) El que en Grecia presidía los certámenes, luchas y juegos y proponía los premios.

cómo aquél quiso burlarle y engañarle; cómo el otro le convenció con un argumento que él no pudo refutar: también lo que éste dice no admite réplica; he aquí un argumento Aquiles que tira al cuello; el sustentante no podrá defenderse y habrá de declararse vencido, si la Providencia no le inspira alguna escapatoria. Pero ya concluyó la cuestión o certamen por la industria y prudencia del presidente. No guardes silencio; habla cuanto quieras, porque este que ahora impugna es flojo, vano y de ingenio rudo; pelea con espada de plomo y por esto grita más que los otros. Repara bien en él y luego lo verás salir ronco de la disputa. Siempre le ocurre lo mismo, y así se hayan embotado sus tiros y saetas, o sea sus argumentos, él insta con pertinacia, aunque no con eficacia, para que no se deje su argumento por inútil y perdido; por esto ni se detiene ni se satisface con la respuesta del competidor, ni escucha al presidente. Aquel que ahora empieza pide con dulzura licencia al presidente, habla con urbanidad, pero arguye con flojedad y se retirará cansado, jadeando y suspirando, cual si hubiese realizado un trabajo rudo. Salgamos.

EL APOSENTO Y LA VELADA

PLINIO, EPICTETO, CELSO *y* DÍDIMO.

PLINIO.—Son las cinco. Epicteto, cierra las ventanas y trae luces para la velada.

EPICTETO.—¿Qué luces traigo?

PLINIO.—Mientras estén aquí éstos, velas de sebo o de cera; cuando se vayan, las quitarás y traerás una lámpara.

CELSO.—¿Para qué?

PLINIO.—Para velar.

CELSO.—¿No sería mejor que estudiaras por la mañana? Parece que a esa hora convidan la comodidad del tiempo, la tranquilidad y hasta la disposición del cuerpo, porque éste no trabaja en la digestión y está la cabeza despejada de vapores.

PLINIO.—También ésta, en que las cosas callan y reposan, es hora quieta, apacible y conveniente para los que comen al medio día y cenan. Porque algunos hay que cenan solamente, como acostumbraban los antiguos, y otros sólo comen al medio día, según dictamen de los médicos modernos, como hay muchos que, siguiendo los hábitos de los godos, comen a medio día y cenan.

CELSO.—¿Acaso antes de los godos no se comía a medio día?

PLINIO.—Sí, pero poco; los godos introdujeron la costumbre de hartarse dos veces al día.

CELSO.—Por eso Platón condena las mesas de Siracusa, donde dos veces al día comían los siracusanos hasta saciarse.

PLINIO.—De lo que colegirás cuán raro era este hábito.

CELSO.—Dejemos esto y ahora dime por qué para las vigilias prefieres la luz de la lámpara a la luz de las velas.

PLINIO.—Porque la llama de la lámpara es igual, con lo que daña poco a los ojos, mientras que en las velas el pabilo se encrespa, oscilando la llama, lo que daña a los ojos. Además, el olor del sebo no es agradable.

CELSO.—Enciende velas de cera, que su olor no es ingrato.

PLINIO.—También en ellas es trémula la llama, y nada saludable el vapor. En las velas de sebo, la torcida o pabilo es de hilo y no de algodón, porque los regatones que las venden buscan mayor ganancia por el fraude y el engaño. Echa aceite en esta lámpara; saca la torcida con un alfiler y quita esta pavesa.

EPICTETO.—¡Cómo se agarra la pavesa al alfiler! Dicen que es señal de lluvia, como se lee en Virgilio:

> Aun las zagalas el llover predicen
> de noche en el hogar, cuando, a porfía
> hilando, repartida la tarea,
> ven que el aceite en el candil chispea (1).

PLINIO.—Trae también las tijeras y despabila la

(1) *Geórgicas.* Libro I, traducción de Caro

torcida. No tires la pavesa al suelo para que no humee; apágala con las tijeras, ya que no son cerradas. Tráeme la capa que uso para las veladas; aquella larga aforrada de pieles.

Celso.—Te dejo entregado a tus libros. ¡Séate propicia Minerva!

Plinio.—Más quiero encomendarme a San Pablo, a Jesucristo, a Dios sapientísimo.

Celso.—¿Acaso Jesús no es como una representación de Minerva, la que nació formada del cerebro de Júpiter?

Plinio.—Coloca la mesa en el aposento.

Epicteto.—¿Quieres mesa, mejor que atril?

Plinio.—También quiero éste; ponle encima de la mesa.

Epicteto.—¿Quieres el de tornillo?

Plinio.—El que se te antoje. ¿Dónde está Dídimo, que me ayude en los estudios?

Epicteto.—Voy a buscarle.

Plinio.—Y haz que venga el mancebo que me sirve de amanuense por si tengo algo que dictarle. Da dos o tres plumas de caña ancha y la salvadera. Tráeme del armario a Cicerón y a Demóstenes; trae también el cuaderno de apuntaciones y los registros grandes. Escucha, ¿y los papeles sueltos que escribí al correr de la pluma? Quiero corregir en ellos algunas cosas y darles la última mano.

Dídimo.—No creo que esos papeles estén en el cajón, sino en el escritorio de la cámara.

Plinio.—Eso tú lo verás, porque has de buscarlos. Tráeme el *Nacianceno*.

Dídimo.—No le conozco.

Plinio.—Es un libro pequeño de pocas hojas, cosido, encuadernado y cubierto de pergamino sin labrar. Tráeme también el libro sexto.

Dídimo.—¿Cómo se titula?

Plinio.—*Comentarios* de Jenofonte; es uno muy pulido, bien encuadernado con cubierta de cuero tachonada de cobre y con manecillas o broches del mismo metal.

Dídimo.—No lo encuentro.

Plinio.—Ahora recuerdo que le puse en el cajón cuarto; sácale de él. En aquel otro cajón donde no hay sino libros en pliegos sueltos, tal cual vienen nuevos de la imprenta.

Dídimo.—¿Cuál tomo de Cicerón pides, porque hay cuatro?

Plinio.—El segundo.

Epicteto.—Aún no le trajo el librero, a quien se le dimos hará unos cinco días para que lo encuadernara.

Dídimo.—¿Te sirve esta pluma?

Plinio.—Yo no pongo atención en estas cosas; escribo con la que tengo a mano como si fuese buena.

Dídimo.—En eso te semejas a Cicerón.

Plinio.—Calla. Desátame este Cicerón; ábrele y vuelve las hojas hasta la cuarta de las *Cuestiones tusculanas*. Busca ahora donde habla de la muchedumbre y de la alegría.

Epicteto.—¿De quién son estos versos?

Dídimo.—Del mismo Cicerón, que los tradujo de

Sófocles, y, ciertamente, y casi siempre, con gusto acendrado.

EPICTETO.—Creo que sabía componer versos.

DÍDIMO.—Los componía óptimos y con facilidad. No era un poeta desgraciado ni aun en aquellos días, contra lo que piensan muchos.

EPICTETO.—Y tú, ¿cómo dejaste el estudio de la poesía?

PLINIO.—Le dejé algún tiempo; pero confío en que volveré a trabajar en ella las horas que hurte a los negocios graves, que la poesía es de mucho descanso y placer después de los estudios graves y serios. ¡Ea, ya estoy cansado de estudiar, de meditar y de escribir; prepárame la cama!

EPICTETO.—¿En cuál aposento?

PLINIO.—En aquel ancho y cuadrado. Quita del rincón ese asiento y llévalo al comedor. Sobre el colchón de plumas pon el de lana, y cuida bien de que estén firmes las patas y las columnas del lecho.

EPICTETO.—¿Y qué más te da si duermes en medio de él? Me parece que sería más saludable que la cama estuviese algo dura y resistiese al cuerpo.

PLINIO.—Quita el cabezal y pon dos almohadas. Por el calor, antes quiero estas sábanas finas que las espesas.

EPICTETO.—¿No pongo manta?

PLINIO.—No.

EPICTETO.—Tendrás frío, porque te levantas extenuado de estudiar.

PLINIO.—Pon alguna colcha.

EPICTETO.—¿Esta de tapicería? ¿Y nada más?

PLINIO.—Nada más. Si sintiese frío pediré más ropa. Quita las cortinas y el dosel de la cama, porque quiero mejor el mosquitero o conopial.

EPICTETO.—Pocos mosquitos hay aquí; pulgas y piojos, muchos.

PLINIO.—Me admira que digas eso, porque tú, en echándote, duermes y roncas sin sentir cosa alguna.

EPICTETO.—Nadie duerme mejor que el que no siente cuán mal duerme.

PLINIO.—Ninguno de los animalitos que por el verano nos atormentan en la cama me produce el asco que la chinche con su malísimo olor.

EPICTETO.—Harto abundan en París y en Lovaina.

PLINIO.—Hay en París una calidad de madera que las cría, y en Lovaina, hasta el barro. Déjame aquí el reloj despertador y pon el fiador en las cuatro de la mañana, porque quiero levantarme a esa hora. Descálzame; coloca aquí la silla de goznes para sentarme; prepara el orinal en el escaño junto a la cama. Siento mal olor; haz sahumerio con incienso o enebro. Toma la vihuela y cántame alguna cosa, al uso de Pitágoras, para que duerma más presto y dulcemente.

EPICTETO.

Sueño, quietud de todo, placentero a los dioses,
que das paz a los ánimos, y alivias el dolor,
ven pronto a nuestros ojos y calma las fatigas (1).

(1) Ovidio. *Metamorfosis*, libro II.

LA COCINA

LÚCULO, APICIO, PISTILARIO *y* ABLIGURINO.

LÚCULO.—¿Tú eres bodegonero?

APICIO.—Lo soy.

LÚCULO.—¿Dónde vives?

APICIO.—En el *Bodegón del Gallo*. ¿Acaso me has menester?

LÚCULO.—Sí, para unas bodas.

APICIO.—Déjame ir corriendo a casa para instruir a mi mujer de cómo ha de conducirse con los rufianes, que en esta ciudad abundan lo mismo entre los moradores que entre los forasteros.

LÚCULO.—Escucha: me hallarás en la calle Empedrada, en casa del zapatero.

APICIO.—Iré luego.

LÚCULO.—Está bien. Entra en la cocina.

APICIO.—¡Hola, Pistilario; hola, Abligurino! Haced fuego en el hogar con leños grandes y que no despidan humo.

PISTILARIO.—¿Juzgas que estás en Roma? Aquí no hay tiendas donde mojen la leña. La tendrás bien seca.

APICIO.—Si no fuera así, tú, Abligurino, perderías los ojos soplando.

ABLIGURINO.—O bebería más. ¡Venga vino!

APICIO.—¡Venga agua! Hoy, mientras yo tenga entendimiento no probarás el vino; no quiero que me trastornes y rompas las ollas y los pucheros, y me eches a perder la comida.

ABLIGURINO.—Esta leña no quiere arder.

APICIO.—Aplícale unas pajuelas azufradas, algo de yesca y estas astillicas de madera.

ABLIGURINO.—¡Se apagó del todo!

APICIO.—Ve a toda prisa a la casa más cercana con el badil, y que te den un tizón grande y algunas ascuas bien encendidas.

ABLIGURINO.—El dueño de la casa es el alquimista, y antes dará un ojo de la cara que un carbón de su hornilla.

APICIO.—No es alquimista, sino *destruyemetales*. Ve al horno. ¿Qué traes? ¡Un tizón chamuscado y nada encendido!

ABLIGURINO.—No hay en el horno ascuas de carbón.

APICIO.—¡Malhaya tu alma! Allí hay brasas de ramaje. Levanta la leña con esta horquilla; atiza y aviva la yesca para que en ella prenda el fuego, y levanta llama. ¡Asno, coge las tenazas! (1).

ABLIGURINO.—¿Qué has dicho que coja?

APICIO.—Las tenazas del fuego.

ABLIGURINO.—¿Y por qué has de hablar en griego? ¡Como si no hubiese palabras nuestras!

APICIO.—¡Hasta los asnos son gramáticos!

---

(1) En lugar de la locución latina *forfex ignaria* Vives escribe la voz griega latinizada *pyrolabium* (de *pyr, pyros*, fuego y *labium*, coger, captar). Esto explica las preguntas y réplicas de «Abligurino». *(N. del R.)*

Abligurino.—No es maravilla. cuando hay tantos gramáticos que son asnos.

Apicio.—Dejemos los altercados. Lo que quiero es que enciendas en este fogón algunos carbones y pajaza seca para que cueza poco a poco lo que hay en estas ollas de barro. Cuelga la caldera grande en el llar para que no falte agua caliente. Pon en aquel otro caldero las costillas de carnero y la carne salada de vaca. Arrima al fuego esotra caldera en que hay carne de ternera y de cordero. El arroz lo coceremos en el anafe.

Abligurino.—¿Y los pollos?

Apicio.—Los coceremos en la olla de cobre estañado, y despacio, para que sepan mejor. A cosa de las nueve sacarás los asadores y cazuelas donde recoger la grasa. Deja que este sollo nade en el agua; después le sacarás las tripas y lo limpiarás.

Abligurino.—¿Cómo? ¿Carne y pescado en la misma comida?

Apicio.—Sí; según costumbre de los alemanes.

Abligurino.—Mas no es ése el dictamen de los médicos.

Apicio.—Ello no agradará a la Medicina, pero a los médicos sí les agrada. ¡Pensaba yo que este necio sólo era gramático y es también médico!

Abligurino.—¿Acaso no llegó a noticia tuya esta cuestión, a saber: si en la ciudad son más los médicos que los mentecatos?

Apicio.—¿Quién te trajo a la cocina siendo tan sabio?

Abligurino.—Mi destino adverso

Apicio.—Di más bien, y ello se ve claramente, que tu poltronería, tu flojedad, tu glotonería, tu ánimo vil y bajo: por eso andas descalzo y medio desnudo, que ese vestido andrajoso ni aun las asentaderas te cubre.

Abligurino.—¿Y qué te importa mi pobreza?

Apicio.—Nada, en verdad; ni quisiera ser cual tú eres. Pero vamos a lo que importa, porque tú hablarías fuera de propósito y más de lo que es menester. ¿No te mandé las cosas y las dije y redije bastantes veces? Aunque a vosotros nunca se os dicen bastante. Dame el justillo, porque he de salir. Luego volveré. Dame el cazo o cucharón, que es la insignia de nuestra arte, que es nuestro rayo o nuestro tridente.

Pistilario.—Abligurino, pon estas vasijas en el vasar, y lava en el lebrillo esta carne de vaca.

Abligurino.—¿También mandas tú aquí? ¿Para el mando de un ejército basta un general y no basta uno para regir una cocina? Hazlo tú, más perentorio mandón que maestro cocinero. Y ya no te llamaré Pistilario, sino aguijón agudo.

Pistilario.—Mejor me llamarías espuela de asnos. Corta en el tajador a pedazos esta carne de ternera; desmenuza este queso para echarlo sobre la sopa.

Abligurino.—¿Cómo, con los dedos?

Pistilario.—No, sino con el rallo. Echa aquí despacio unas gotas de aceite de la alcuza.

Abligurino.—¿Hablas de la aceitera?

Pistilario.—Coloca aquí el almirez.

Abligurino.—¿Cuál de ellos?

Pistilario.—El de cobre con mano también de cobre.

ABLIGURINO.—¿Para qué?

PISTILARIO.—Para majar este perejil.

ABLIGURINO.—Mejor sería majarle en el mortero de mármol con la mano de madera.

PISTILARIO.—Canta, como acostumbras.

ABLIGURINO.—Yo no quiero ser César y correr la Bretaña ni sufrir con los hielos de la Escitia.

Aquellas desabridas acelgas de los Fabios,
con especias y vino se tornaban gustosas (1).

PISTILARIO.—¿De los Fabios, o de los *Fabros?* (2).

ABLIGURINO.—Eso pregúntalo al maestro corcovado, y por los *Fabros* te gratificará con un lindo bofetón en los carrillos o en la boca.

PISTILARIO.—¿Así es ese hombre?

ABLIGURINO.—Es violento, fuerte y ligero de manos. Con la ligereza de sus manos compensa lo tardo de su lengua.

PISTILARIO.—Dame el jarro de cerveza. Tengo secos el paladar, la garganta y las fauces.

ABLIGURINO.

El grave y lleno cántaro que cuelga de su asa (3).
La lechuga era postre de los abuelos nuestros;
dime tú por qué ahora es el plato primero.
Longaniza adobada de los puercos de Ancona,
corona es muy sabrosa de estas cándidas puches (4).

---

(1) Marcial. *Epigramas*, libro 13.
(2) Fabio es nombre propio de romanos célebres; *fabro* equivale a «artífice», «menestral», etc. *Fabiorum* y *Fabrorum* escribe Vives. *(N. del R.)*
(3) Virgilio. *Eglogas*, 6.
(4) Marcial, *Epigramas*, libro 23

APICIO.—¿Dónde aprendiste a componer rapsodias o centones?

ABLIGURINO.—Poco ha serví a un maestro en Calabria, mísero poetastro que de ordinario no me daba a comer sino una canción de cien versos, los que, según él, sabían admirablemente, aunque yo mejor hubiese querido un poco de pan y otro poco de queso. El agua abundaba en la casa, y podía beber del pozo cuanta quisiera. Mas acostándome hambriento, y que en lugar de comida mascaba y rumiaba versos, parecióme que para sacudir aquella grande hambre el remedio mejor era hacerme cocinero.

APICIO.—¿Qué servicios le hacías a tu amo?

ABLIGURINO.—Los mismos que César a la República: yo lo era todo para él. Era su consejero, aunque jamás necesitaba consejo; era su secretario, aunque no tenía secretos, ni aun secreta (1); le daba aguamanos, aunque nunca se las lavaba, y guardaba fielmente todo su tesoro.

APICIO.—¿Cuál tesoro?

ABLIGURINO.—Unos papeles llenos de coplas perversas que comían las polillas y roían los ratones.

APICIO.—¡Doctísimos ratones que destruían las malas poesías!

---

(1) Letrina.

EL TRICLINIO (1)

ARISTIPO *y* LURCO.

ARISTIPO.—¿Por qué te levantaste tan tarde y adormilado todavía?

LURCO.—Milagro es que haya despertado hoy; tanto comimos y bebimos ayer.

ARISTIPO.—Por lo que se ve devoraste, engulliste hasta saciarte de comida y de vino. Pero ¿en dónde cargaste la barca?

LURCO.—En el convite de casa de Escopas.

ARISTIPO.—¿Y por qué no dices *symposion* en griego mejor que *convivium* en latín?

LURCO.—Un bocado empujaba al otro, los guisos y las salsas picantes incitaban aun al estómago más remiso, y no se saciaba el apetito.

ARISTIPO.—Cuéntamelo todo, mas con orden, de modo que con sólo oírlo me parezca que estuve allí y que casi bebí con vosotros, como aquel del bodegón de los Españoles que comió dos panes sirviéndole de vianda sólo el olor de una perdiz asada.

LURCO.—¿Quién podrá contarlo todo? Negocio más

(1) Llamábase así el comedor de los antiguos griegos y romanos en que se celebraban los grandes banquetes y las comidas de bodas. Es voz castellana.

arduo es éste que haberlo comprado, haberlo aderezado y aún más que haberlo comido.

ARISTIPO.—Sentémonos bajo estos sauces junto a esta pequeña ribera, y ya que estamos ociosos, en lugar de otras cosas hablemos del convite. La hierba nos servirá de almohada. Arrímate a este olmo.

LURCO.—¿No será dañosa la humedad de la hierba?

ARISTIPO.—¿Qué dices, loco? ¿Humedad en los comienzos de la canícula?

LURCO.—Antes rehusaba hablar; pero ahora siento comezón por decirte todavía más de lo que preguntas: así te hablaré del anfitrión y del comedor. Bien pronto habrás de pedirme que calle, como al músico de la Arabia, que le daban un óbolo por que tañese y tres por que callara.

ARISTIPO.—Di cuanto quisieses, que no me cansarás, pues nos hemos sentado en lugar ameno. Además aquel jilguerillo te ayudará a decir o hará que digas acompasado. Será como el siervo de Cayo Graco, que acompañaba a su amo con la flauta cuando hablaba en público.

LURCO.—¿Qué es eso de Graco?

ARISTIPO.—Cuando concluyas yo te diré cuanto quieras de Gracos, Gráculos y Gréculos (1).

LURCO.—Paseábamos en el Foro Trasíbulo y yo, con mayor vagar que de ordinario, cuando se unió a nosotros Escopas. Nos saludamos cordialmente, y después nuestro Escopas, con gran vehemencia, ins-

(1) *Gracos*, nombre propio; *gráculos*, diminutivo de «grajos», y *gréculos*, diminutivo de «griegos». Vives escribe *Gracchis*, *Gracculis* y *Græculis*. *(N. del R.)*

tónos a que comiésemos con él en su casa al día siguiente. Nosotros nos excusamos, dando cada cual su razón. Yo le dije que me había llamado el pretor, hombre colérico, bilioso y violento; mas él, para mostrar su magnificencia, enderezónos una larga arenga... ¿Qué más te diré? Accedimos para que no siguiera molestándonos.

ARISTIPO.—¿Sabes por qué os convidó?

LURCO.—¿Lo sabes tú?

ARISTIPO.—Es, en verdad, hombre rico; posee bellas cosas de plata y de oro, vestidos suntuosos, costosas alhajas de todo género. Pero he aquí que había comprado tres hermosas copas y seis bellas tazas de plata sobredorada, y, en su sentir, habría malgastado el dinero que le costaron si no hubiese convidado a algunos amigos para que las viesen y admiraran, porque juzga que esto es el mayor placer que pueden dar las riquezas, y además su mujer estimula su prodigalidad, que ella cree magnificencia.

LURCO.—Ello es que ayer a medio día nos juntábamos en su triclinio o comedor.

ARISTIPO.—¿En cuál?

LURCO.—En el descubierto, fresco y entoldado. Todo estaba óptimamente aparejado, aliñado y dispuesto; nada faltaba de cuanto fuese aseo, esplendidez, lucimiento y ornato. Cuando entramos, se alegraron nuestros ojos y nuestros ánimos de tanta hermosura, amenidad y riqueza. Había un aparador lleno de vasos de todas materias, de oro, de plata, de marfil, de cristal, de vidrio, de porcelana, y los había también de materias ínfimas, de boj, de cuerno, de hueso, de estaño, de barro, en los que el primor del arte daba precio a la vil materia de que estaban formados. En las esculturas, las tallas, las pinturas, el resplandor casi deslumbraba, de tal modo estaban limpias y pulidas. Allí hubieras visto dos aguamaniles grandes de plata con los bordes dorados y el centro u ombligo también dorado, y esculpidas en él las armas de Escopas. Cada uno tenía su jarro con pico de oro. Otro había de vidrio con labores doradas sobre un aguamanil de barro labrado en Málaga, muy bien barnizado. También se veían garrafas de todas clases y dos de plata, soberbias, para el vino generoso.

ARISTIPO.—Para mi servicio yo prefiero utensilios de vidrio o de aquel barro que llaman piedra.

LURCO.—¡Qué hemos de hacerle! ¡Así es la condición de los hombres; hay quien en estas cosas no tanto busca la comodidad cuanto que se le tenga por rico!

ARISTIPO.—Los más creemos que esos ricos lo son realmente, pero ellos parecen considerarse pobres porque no cesan de mostrar lo que poseen, y más cuando carecen de otras cualidades, y hasta de buen arte. Mas sigue.

LURCO.—Cubría el tablero del aparador un lindo tapiz turco como velludo. Junto a él, en dos mesas pequeñas, había tajadores de plata dispuestos para trinchar. Para cada uno de nosotros había salero, cuchillo, pan y servilleta. Bajo el aparador se veían una cantimplora y grandes frascos con vino. Abundaban los asientos, sillas, sillas dobles y una primo-

rosa de goznes para el ama de la casa, con almohada de seda y tarima para los pies.

ARISTIPO.—Acaba de poner la mesa y de extender los manteles, que mis tripas gritan de hambre.

LURCO.—La mesa de comer era redonda, muy grande, con bellas y antiguas labores de taracea. Esta mesa fué de un príncipe.

ARISTIPO.—¡Oh vieja mesa y qué dueño tienes ahora!

LURCO.—Escopas la compró en la almoneda, pagándola a precio subido, sólo por ser de quien era, y para tener algo de príncipe. Diéronnos agua para las manos y ninguno quería ser el primero, convidándonos mutuamente.

ARISTIPO.—Y lo mismo sucedió al sentaros. Cada uno se declaró inferior a los demás, alabándolos con una cortesía llena de vanidad, porque en su interior cada cual teníase por el mejor de todos.

LURCO.—Pero el amo de la casa señaló los lugares en que habíamos de sentarnos, y un mancebo bendijo la mesa con brevedad y versos suavísimos. ¡Dígnese Cristo de bendecirnos a nosotros! Cada cual desplegó su servilleta echándola sobre el hombro izquierdo y después limpió el pan con el cuchillo, aunque no había en él ni costras ni ceniza.

ARISTIPO.—¿Estabais a gusto?

LURCO.—¡Nunca lo estuvimos más!

ARISTIPO.—Y no dejaríais de comer bien, porque estoy persuadido que de todas las cosas os servirían con tanta abundancia cual las hubiera en el mercado.

LURCO.—Nunca, en verdad, pudo como entonces

decirse que aun la abundancia es nociva. Estaba el que dirigía el servicio componiendo en la mesa tenedores y cuchillos, cuando con grande ostentación entró un refitolero al frente de lucido escuadrón de niños y de mozos, que no crecerán más, portadores de los primeros platos.

EL CONVITE

ESCOPAS, SIMÓNIDES, CRITÓN, DEMÓCRITO, POLEMÓN *y* MUCHACHO.

ESCOPAS.—¿Dónde está Simónides?

CRITÓN.—Dijo que vendría al instante así que hubiese hablado en la plaza con un deudor suyo.

ESCOPAS.—Bien. Más fácil le será desembarazarse de un deudor que de un acreedor.

CRITÓN.—¿Cómo?

ESCOPAS.—Como en la guerra, donde el vencido está a merced del vencedor. Simónides dejará marchar al deudor cuando quiera; pero si aquel con quien habla fuese su acreedor, no podría dejarle sino cuando éste quisiera. Hemos convenido en que cada cual dejaría en su casa la gravedad trayendo en su compañía la risa, la alegría, la gracia y el donaire.

CRITÓN.—Verdad; y procuraremos ser hombres de buen humor, como aconseja Marco Varrón.

ESCOPAS.—Pues lo demás corre de mi cuenta.

CRITÓN.—Aquí tienes a Simónides.

ESCOPAS.—¡Bien venido!

SIMÓNIDES.—¡Bien hallados!

ESCOPAS.—Y muy deseado.

SIMÓNIDES.—Me conduje como un rústico. Yo es-

taba convidado a comer, mas no a haceros esperar. Decidme ¿me ıetrasé mucho?

ESCOPAS.—No demasiado.

SIMÓNIDES.—¿Por qué no os habéis sentado a la mesa sin mí? Hubierais comenzado con la fruta, que a mí me agrada poco.

ESCOPAS.—Buenas son tus palabras, pero ¿cómo habíamos de comenzar faltando tú?

CRITÓN.—Dejemos las cortesías y manos a la obra. Buen pan candeal y ligero; pesa menos que si fuese una esponja. Es de harina bien cernida; tienes un buen molinero.

ESCOPAS.—Es Roscio quien cuida del molino.

SIMÓNIDES.—¿Cómo no le pones en la tahona?

ESCOPAS.—No, que es un buen criado.

DEMÓCRITO.—A mí dame pan de harina sin cerner.

SIMÓNIDES.—Y a mí pan común o de centeno.

ESCOPAS.—¿Por qué pides de ése?

SIMÓNIDES.—Porque oí y experimenté que cuando el pan no sabe muy bien se come menos.

ESCOPAS.—Muchacho, tráele pan común, o del más vulgar, si le quiere. Comeremos todos a gusto si cada uno toma lo que más le agrade.

POLEMÓN.—Este pan esponjado que tanto alabas tiene agua en exceso; yo prefiero otro más sobado.

CRITÓN.—Pues a mí me agrada más el esponjoso, con tal que no se haya cocido aprisa. Aun éste está olivado, como ocurre con el pan que se cuece en el hogar, y, sin embargo, éste se coció en el horno.

POLEMÓN.—Este pan ordinario es áspero y ácido; parece más bien de centeno.

Escopas.—Es que nuestros labradores mezclan las granzas con el trigo, y aun a éste añaden otras especies de granos. Pero el ácido del pan proviene de la mucha levadura.

Polemón.—No hay gente más dada al fraude que ésa; hacen el mal hasta sin saberlo.

Critón.—Este pan tiene poca levadura.

Demócrito.—Haz cuenta que hoy eres judío, que lo comían sin levadura porque así lo ordenaba su ley.

Critón.—Eso mandaba porque era aquella nación muy perversa, y también les vedaba la carne de puerco, y nada hay más sabroso, si se come con templanza. Y hasta les ordenaba su ley que comiesen el pan sin levadura y con lechugas silvestres, que son amargas en extremo.

Polemón.—Todas estas cosas son arduas y dificultosas; dejémoslas por ahora.

Escopas.—Y también esta disputa del pan. Si las viandas suscitan contienda parecida a ésta, no habrá concordia en el banquete.

Critón.—Acontecerá lo que dice Horacio:

Tres convidados sentáronse a mi mesa;
¿cómo atender al gusto de sus tres paladares? (1)

Escopas.—Pon en la mesa aquellos platos y fuentes con las cerezas, las ciruelas, las granadas, los priscos y los albaricoques.

Polemón.—¿Cómo dijo Marco Varrón que los convidados no deben ser en mayor número que las

(1) Horacio. *Epístolas*, libro II.

musas, siendo así que no se sabe cuántas fueron éstas, porque unos dicen que tres, otros que seis y otros que nueve?

Critón.—Varrón lo dijo como si le constase que eran nueve, y éste era el dictamen más extendido. Diógenes, hablando en burlas de un maestro de pocos discípulos que en su casa había pintado la imagen de las musas, decía: *Con las musas, este maestro tiene muchos discípulos.*

Demócrito.—¿Acaso es verdad que los persas llevaron a Grecia esta fruta para que muriesen sus moradores, con quien estaban en guerra, porque en su país morían cuantos de ellas comían?

Critón.—Así dicen.

Demócrito.—¡Qué admirable variedad de tierras hay en la Naturaleza!

Critón.—Como escribe Virgilio:

Cría el marfil la India,
y los blandos sabeos sus aromas (1).

¡Hola, melocotones!

Simónides.—Y desconocidos de los antiguos, que no sabían injertar. Danos de aquella fuente higos de corteza dura, tempranos, que, como sabéis, llaman brevas.

Escopas.—Harta fruta hemos comido. Vamos ahora con cosas más saludables para el cuerpo.

Critón.—¿Hay algo más saludable que la fruta?

(1) *Geórgicas*, I.

Escopas.—Nada, si saludable y gustoso son lo mismo; pero entonces también lo es la siesta.

Critón.—Yo perdono a la fruta el mal que pueda hacerme por el gusto con que la como.

Escopas.—Recuerda el verso de Catón:

Pocas cosas dar al gusto debemos, muchas a la salud.

Dad a cada uno una escudilla de caldo de carnero. No sólo calentará el estómago, sino que también le lavará y ablandará delicadamente.

Simónides.—Muchacho, te agradezco, en verdad, esta carne salada de puerco que me diste. ¡Oh qué sabroso pernil! Sin duda es de cebón. Si quieres seguir mi dictamen vuelve a la cocina aquellas berzas y aquellos torreznos o, más bien, guárdalos para el invierno. Córtame uno o dos pedazos de esta longaniza para beber con más gusto el primer vaso.

Critón.—Sigamos el consejo de los médicos, que dicen que tras la carne de puerco se debe beber vino puro. ¡Echa vino!

Escopas.—Es ésta la segunda jornada de la comedia y acaso la principal en estos tiempos. Reparad en el aparato de ella. El copero que cuida del aparador sacó primeramente unos vasos de limpio cristal con vino blanco tan puro que al verle pensaríamos que es agua. Es de San Martín (1) y también del Rin, no infeccionado como lo beben en Flandes, sino

(1) San Martín de Valdeiglesias (Madrid). De este vino y por los días de Vives hablaba Lucio Marineo, en su libro *Las cosas ilustres y excelentes de España* (*N. del R.*)

puro, como se bebe en el riñón de Alemania. El bodeguero destapó, desempegó y empezó hoy dos tinajas, una de vino clarete o tinto de la comarca de París y otro del bermejo de Burdeos. En frascos y refrescándose están ya prevenidos el pardo de Aquitania y el tinto de Sagunto. ¡Pida cada cual el que le agrade!

Critón.—¡Qué buena noticia! Como que no hay mayor pena que morir de sed. Mas yo hubiese querido que nos hubieses proveído de agua pura; con mayor gusto hubiera oído esta nueva.

Escopas.—No faltará agua.

Simónides.—Ha poco, estando en Roma, bebí en casa de un cardenal—porque el bodeguero es muy amigo mío — cierto vino generoso y gustosísimo, dulce, suave y seco, a la vez que picante y raspantillo.

Demócrito.—A mí me agrada mucho el vino dulce cuando aún sabe al mosto.

Polemón.—Es el que más les gusta a las mujeres de Flandes.

Simónides.—En algunos lugares de Francia sacan a la mesa las heces del vino y tienen por mayor regalo el segundo y el tercer vino. Pero todos esos más son vinillos que vinos, y, además, los de Francia no sufren agua ni duran mucho tiempo, así que los beben a poco de ser trasegados del lagar a las tinajas. Lo cierto es que tal vino se pierde pasado el año, o se conserva mal, o se vuelve vinagre o pierde toda la fuerza, o se va. Los vinos de España y de Italia sufren bien el agua y se conservan largo tiempo.

Demócrito.—¿Qué es eso de irse el vino? Atad bien las odres, cerrad las bodegas y aun la casa, si fuese menester.

Polemón.—De las manzanas, que no se pueden guardar durante mucho tiempo sanas, decimos que se van; lo contrario del vino, que se conserva.

Demócrito.—Echame agua hasta medio vaso, y sobre ella echarás vino, como acostumbraban los antiguos.

Critón.—También hoy siguen esa costumbre muchas naciones. Los franceses y los alemanes hacen lo contrario.

Demócrito.—En las naciones donde se bebe agua con vino, se echa vino al agua; donde quieren beber vino con agua, echan agua sobre el vino.

Critón.—¿Y qué beben aquellas que no echan agua en el vino?

Demócrito.—Vino limpio y puro.

Critón.—Salvo si antes echó en él agua el tabernero.

Polemón.—A eso llaman bautizar el vino para que sea cristiano. Tal frase era en mi tiempo elegancia filosófica.

Demócrito.—Hacen cristiano al vino, mas ellos dejan de serlo.

Polemón.—Peores son los que le echan yeso, azufre, miel, alumbre y aun otras más sucias materias, todas dañosas para el cuerpo, y a los tales debería castigárseles públicamente como ladrones y salteadores, porque de ahí nace increíble número de enfermedades, y en especial la gota.

Critón.—Acaso conspiran con los médicos para enriquecerse entrambos.

Demócrito.—Me das el vaso muy lleno; quita algo para que pueda echar un poco de agua.

Critón.—Sírveme en aquel vaso de color castaño, que no sé lo que es.

Escopas.—Un coco de las Indias muy grande con bordes de plata. ¿Quieres que te sirvan en aquel jarro de ébano? Dicen que es muy saludable. No eches tanta agua; recuerda el proverbio vulgar: «Estropeas el vino con tanta agua.»

Demócrito.—Más bien se echan a perder ambas cosas.

Polemón.—Pues yo quiero mejor echar a perder las dos que no que me pierda a mí cualquiera de ellas.

Escopas.—¿Queréis que bebamos en aquellos vasos y copas grandes, como acostumbraban los griegos?

Critón.—De ningún modo. Ha poco nos recordabas un proverbio vulgar; yo ahora te recuerdo el precepto de San Pablo: *No os embriaguéis con el vino, que causa lujuria;* y el de nuestro Salvador: *No carguéis vuestros corazones con la embriaguez.* ¿De dónde es esta agua tan fresca y cristalina?

Escopas.—De la fuente de al lado.

Critón.—Para aguar el vino yo la prefiero de cisterna, con tal que esté limpia.

Demócrito.—¿Y si es de pozo?

Critón.—Esa es mejor para lavar que para beber.

Polemón.—Muchos encomian la de río.

Critón.—Tienen razón, si la corriente es quieta,

clara el agua y los ríos pasan por venas de oro, como en España.

Simónides.—En aquel vaso de barro de Samos tráeme un poco de cerveza, que me parece buena para refrigerar el cuerpo.

Escopas.—¿De cuál cerveza quieres?

Simónides.—De la más floja, porque las otras adormecen los espíritus y engordan el cuerpo.

Polemón.—Dame también a mí; pero en aquel vaso redondo de vidrio.

Escopas.—¡Corred a la cocina a ver qué hacen allí parados! ¿Por qué no se cubrió por segunda vez la mesa? ¿No veis que nadie toma de lo que hay en ella? Traed los pollos cocidos con lechuga, borrajas y escarola; sacad también las carnes de ternera y de carnero.

Critón.—Y añadid en cada escudilla un poco de mostaza y salsa de perejil.

Demócrito.—Parece que es fuerte la mostaza.

Critón.—No conviene a los biliosos, pero hace bien a los de humores crasos y fríos.

Polemón.—Por eso obran cuerdamente los pueblos del Septentrión usando de ella, y más en las comidas crasas e indigestas, como la carne de vaca y todo manjar salado.

Escopas.—Pienso que llegan a tiempo los puches, la sémola, el arroz y los fideos. Coma cada uno lo que de ello quisiere.

Demócrito.—Yo conocí algunos que tenían horror a los fideos porque juzgaban como cosa cierta que los cogían de la tierra o del cieno, en que algún tiempo vivieron.

Critón.—Temerían que reviviesen dentro de sus vientres. Dicen que el arroz nace en el agua y muere en el vino. ¡Dame, pues, vino!

Demócrito.—No bebas luego de la comida caliente; entremezcla alguna cosa fresca y sólida.

Critón.—¿Qué?

Demócrito.—Una corteza de pan o un bocado o dos de carne.

Simónides.—¡Ah, pescado y carne en una misma comida! ¡El mar se confunde con la tierra! Esto lo vedan los médicos.

Escopas.—Pues a los médicos les agrada.

Simónides.—Creo que lo dicen porque les conviene.

Escopas.—¿Y por qué lo vedan los médicos?

Simónides.—La erré. Debí decir que lo prohibe la Medicina, pero no los médicos. Mas ¿qué pescados son éstos?

Escopas.—Ponlos por orden. Primeramente la lubina asada, con vinagre y alcaparras; los rodaballos hervidos en caldo de romaza; los lenguados fritos, el sollo fresco, y aquel mugil. Guarda para ti el sollo salado, el atún fresco asado y aun el atún en salmuera, las anchoas frescas fritas, las empanadas de salmonetes, lampreas y truchas adobadas con muchas especies, los gobios fritos y los camarones y cangrejos cocidos. Mezclad en las escudillas la salsa de ajos, pimienta y oruga.

Simónides.—Yo hablaré de los peces, pero no comeré de ellos.

Critón.—Si el filólogo mueve controversia sobre

cosa tan incierta y disputada como los peces, manda hacer las camas porque aquí habremos de acostarnos.

ESCOPAS.—¿Nadie quiere más? ¡Quitad esto!

SIMÓNIDES.—Pues los antiguos espléndidos convites de Roma, que llamaban suntuosos, se componían de pescados.

CRITÓN.—Cambiaron los tiempos, aunque ahora también se usan algunos.

ESCOPAS.—Traed los asados, pollos, perdices, tordos, ánades, patos, pichones, conejos, liebres, ternera, cabrito y las salsas, el vinagre, el agraz, los limones y aceitunas de Mallorca adobadas, quebrantadas y puestas en salmuera.

DEMÓCRITO.—¿No las hay de Andalucía?

ESCOPAS.—Son más gustosas estas de las islas Baleares.

CRITÓN.—¿Qué haremos de aquellos grandes animales, ganso, cisne, pavo?

ESCOPAS.—Verlos y volverlos a la cocina.

POLEMÓN.—Aquí está el pavo, mas ¿dónde Quinto Hortensio, para quien no había mejor regalo?

SIMÓNIDES.—Quita la carne de carnero.

ESCOPAS.—¿Y por qué la ha de quitar?

SIMÓNIDES.—Porque es insana. Dicen que sale de la misma manera que entró.

CRITÓN.—Yo conocí uno que se tragaba los huesos de las aceitunas, como un avestruz.

ESCOPAS.—¿De qué carne son estos pasteles?

CRITÓN.—Este de carne de venado.

ESCOPAS.—Este de cabra montés, y aquél creo que de jabalí.

CRITÓN.—Más quiero las salsas y el adobo que las carnes.

DEMÓCRITO.—No se puede negar que el condimento suaviza aun las cosas más amargas.

CRITÓN.—¿Y cuál es el condimento de la vida?

DEMÓCRITO.—La rectitud del ánimo.

CRITÓN.—Yo diré algo más grande y noble.

DEMÓCRITO.—¿Y cuál cosa puede haber mejor que aquella que yo dije?

CRITÓN.—La piedad, en la que se comprende la rectitud del ánimo, que es quien sazona y suaviza las cosas adversas, ásperas, fáciles y medianas.

ESCOPAS.—Echa en la copa vino blanco de España y da una vuelta por los convidados.

DEMÓCRITO.—¿Qué vas a hacer? ¿A los postres nos das vino fuerte y generoso? En lo sucesivo habremos de beber el vino más aguado si queremos mirar por la salud.

SIMÓNIDES.—Tienes razón. Conviene que lo último de los banquetes sea agua fresca, que con su peso empuje la comida a lo más bajo del estómago y detenga los vapores que suben a la cabeza.

ESCOPAS.—¡Quitad esto! ¡Retirad los tajadores! ¡Sacad los postres, que ya nadie toma de lo que hay en la mesa!

CRITÓN.—Con tal gana comí al principio que perdí el apetito.

DEMÓCRITO.—Yo también, y no por falta de apetito, sino que, por mi ímpetu natural, choco con los primeros platos y me sacio de ellos.

POLEMÓN.—No sé qué comí del pescado que me estragó de todo punto el gusto.

SIMÓNIDES.—¡Tan grande copia de postres, confituras y golosinas cuando ya no hay apetito! ¡Peras, manzanas, quesos de muchos géneros! A mí me agrada mucho el queso de leche de yegua.

CRITÓN.—Yo pienso que éste no es de leche de yegua, sino de Frigia, que lo hacen con leche de jumenta, parecido al que traen de Sicilia, cuadrado, en forma de columna, que se deshace en pedacitos como hojas.

DEMÓCRITO.—Aunque este queso esponjoso es de Bretaña, pienso que no os agradará.

CRITÓN.—Ni este otro de Holanda lleno de ojos. Este de Parma está bien fabricado y es bastante fresco. Aquel de Peñafiel bien puede competir con el de Parma.

DEMÓCRITO.—No es de Parma, sino de Placencia.

CRITÓN.—Sea, si te place (1). En Alemania al vulgo le agrada mucho el queso rancio, podrido, mohoso y lleno de gusanos.

SIMÓNIDES.—Quien come de ese queso llama la sed y come para beber.

ESCOPAS.—¡Mucho tarda el pastelero! ¿Por qué no trae las rosquillas, los hojaldres y las frutas de sartén, hechas en aceite hirviendo, con miel por encima?

CRITÓN.—Dame algunos dátiles para comer ahora y para guardar. Acaso esta noche no cene otra cosa.

(1) Vives emplea en este juego de palabras los vocablos *placentinus* y *placet*, que tienen una misma raiz. *(N. del R.)*

ESCOPAS.—Toma ese racimo entero. ¿Quieres granadas?

POLEMÓN.—Muchacho, limpia este palmito, que voy a comer el cogollo.

ESCOPAS.—No os olvidéis de beber. Ya sabéis que Aristóteles opinaba que los postres dulces se inventaron para beber, esto es, para que no se haga en seco la digestión de la comida.

CRITÓN.—Luego acaso quien los inventó era marinero o pez, cuando tanto temía a la sequedad.

ESCOPAS.—Traed aquellas cosas a que solemos llamar el sello del estómago, porque después de ellas no se debe comer ni beber nada, como son el bizcocho, la carne de membrillo y la gragea. Pero ésta no se debe tragar, sino escupirla después de mascada. Recoged los pedazos y relieves en los canastillos, traed aguas de olor, de rosa, de azahar, de mosqueta.

POLEMÓN.—Demos gracias a Dios.

MUCHACHO.—¡Oh, Padre! ¡Te damos las gracias por las cosas que criaste para regalo del hombre! ¡Favorécenos para que lleguemos a la cena de la bienaventuranza! Amén.

POLEMÓN.—Demos ahora las gracias al amo de la casa.

CRITÓN.—Dalas tú.

POLEMÓN.—Que las dé Demócrito, que sabe muchas cosas.

DEMÓCRITO.—En este estado de la república no podré darte las gracias como mereces, pues bien ves que el vino lo trastorna todo. Te daré las mismas que Diógenes dió a Dionisio, porque las tomé de me-

moria. Perdonarás si ésta es frágil y si la lengua es torpe por haber bebido tanto.

ESCOPAS.—Di lo que quisieres; quedará escrito en vino.

DEMÓCRITO.—Escopas: te has fatigado y fatigaste a tu mujer, criados, criadas, cocineros, panaderos y aun vecinos para fatigarnos a nosotros con tu comida y bebida. Discretamente obró Sócrates cuando, entrando en un mercado grande y bien abastecido, exclamó: *¡Oh, dioses inmortales, de cuántas cosas no necesito!* Tú podrías decir lo contrario, a saber: ¿qué son todas estas cosas, comparadas con las que yo necesito? La naturaleza necesita de poco, y con ello se sustenta y mantiene; la abundancia y la variedad la sofocan. Plinio dijo: *La diversidad de alimentos es pestilente al hombre y también la de condimentos.* La pesadez del cuerpo y el embotamiento de los espíritus vienen de la mucha comida y bebida, lo que nos impide obrar cual racionales. Por esto juzga tú mismo qué gratitud te debemos.

ESCOPAS.—¿Y son éstas las gracias que me dais? ¿Así agradecéis comida tan opípara?

POLEMÓN.—Sí, ¿ni cuál mayor bien hemos de hacerte sino mostrarte cómo has de conducirte? Tú nos envías a nuestras casas hechos brutos; nosotros queremos dejarte en la tuya hombre que sabe cuidar de su salud y de la ajena, viviendo según la naturaleza, no según la corrompida opinión de los necios. Pásalo bien y sé cuerdo.

LA EBRIEDAD

ASOTO, TRICONGIO, ABSTEMIO y GLAUCIAS.

ASOTO.—¿Qué dices, Tricongio? ¡Con cuánta esplendidez nos obsequió ayer aquel brabanzón!

TRICONGIO.—¡Malhaya él, que no pude reposar en toda la noche! Di vueltas en la cama de un lado a otro; vomité—perdonadme los que me oís—pareciéndome que había de arrojar hasta el garguero y las tripas, y ahora es tanto lo que me duele la cabeza, que ni veo ni oigo. Parece que tengo sobre la cabeza y los ojos pesadísima lámina de plomo.

ABSTEMIO.—Cíñete la frente y las sienes con una faja bien apretada y hasta parecerás rey.

TRICONGIO.—O pareceré Baco, de quien aprendieron los reyes a ceñirse coronas.

ASOTO.—Retírate a tu casa y duerme allí la ebriedad.

TRICONGIO.—¿A casa? Si algo huyo y si algo aborrezco hoy son mi casa por mi mujer, que todo lo mete a voces, y si me viera predicaría homilías tan largas como las de San Juan Crisóstomo.

ABSTEMIO.—¿Y a esto llamas haberos tratado con esplendidez?

Glaucias.—Y así es, porque nos lavaron bien el gaznate y las fauces.

Abstemio.—¿También las manos?

Glaucias.—Esas no.

Asoto.—Sí, y muchas veces; con vino y con leche, cuando las metíamos en los vasos de los demás.

Glaucias.—¿Puede haber mayor curiosidad? Y con los dedos chorreando pringue de las carnes y las salsas.

Abstemio.—¡Calla, por Dios! ¿Quién puede oír tales suciedades sin sentir náuseas? ¿Ni quién podría ver y gustar de semejante vino y leche?

Asoto.—¡Jesús y qué delicado eres, Abstemio, que ni aun oír puedes estas cosas! ¿Cómo habrías de engullirlas cual nosotros? Pero, Tricongio, dulce compañero de jarro, enviemos a algún muchacho a que nos traiga vino, que no hay triaca más cierta para este veneno.

Tricongio.—¿Es cosa probada?

Asoto.—¿No ha de serlo? Recuerda los versos que canta Cólax:

> Mordióme anoche un perro; sanaré de la herida
> si en ella pongo pelos de ese mismo animal (1).

Glaucias.—Cuenta lo ocurrido.

Abstemio.—No lo cuentes, si no quieres que se remueva cuanto tengo en el vientre y aun en las entrañas mismas.

(1) En castellano hay refranes parecidos, como «un clavo saca otro clavo» o «la mancha de la mora con otra verde se quita». *(N. del R.)*

Glaucias.—Pues aléjate de aquí un momento.

Asoto.—Lo narraré de modo que no sea necesario decir a cada paso: «Con perdón de los que escuchan.»

Glaucias.—Comienza, y oye atento, Abstemio.

Asoto.—Amigo Glaucias, en verdad te digo que no hay calidad de hombres comparable con el anfitrión jovial y pródigo. Unos ostentan erudición en asuntos varios de ningún provecho; jáctanse otros de su prudencia y experiencia, y ¿en qué cosas? Hay también ricos miserables que no quieren gastar, ¿y de qué les sirve guardar su riqueza? El hombre liberal que convida a banquetes es tan agradable que sólo de verle se alegra el triste, desterrando sus penas con el recuerdo del banquete pasado o con la esperanza o confianza del venidero. Todas las demás cosas que llaman bienes espirituales son vanas y de ningún provecho.

Abstemio.—Ruégote, Asoto, que me digas quién es el autor de tan buenas sentencias.

Asoto.—Yo y otros como yo, esto es, muchos de los que habitamos en el territorio comprendido entre el río Sena y el río Rin. Sólo difieren entre nosotros ciertos hombrecillos avaros y mezquinos que envidian a Abstemio el nombre, porque quieren gozar la opinión de prudentes y templados, aunque nos reímos de la mayor parte de estos hombres.

Abstemio.—¿Qué dices?

Glaucias.—Aunque borracho, Asoto dió en el hito, porque en parte alguna se estima menos la erudición que en Flandes, donde se piensa que no hay

diferencia entre un hombre docto y un tejedor o un zapatero.

ABSTEMIO.—Mas aquí hay muchos que estudian y con provecho.

GLAUCIAS.—Los padres envían a sus hijos de niños a la escuela como a un obrador, donde aprenderán a ganarse la vida. Y es indecible cuán poco estiman los discípulos a sus maestros, cuán menos los veneran y qué salarios tan cortos les dan, de tal modo que doctores insignes apenas pueden sustentarse.

ABSTEMIO.—No hacen al caso estas cosas. Volvamos al convite.

GLAUCIAS.—Tienes razón: dejemos estas cosas sin provecho a los estudiosos. No sé cómo vosotros los italianos sentís tanto la erudición; a mí me parece cosa no ya inútil, sino dañosa.

ABSTEMIO.—Como tú pensarán el buey y el puerco, y hasta nosotros, si no tuviésemos más entendimiento que tú.

ASOTO.—Dejemos eso, que no acabaríamos jamás, y escuchadme. Sentámonos severos y tristes; bendíjose la mesa en quietud y silencio; sacó cada cual el cuchillo, y más que convidados parecíamos forzados, tanta era la flema y la flojedad. Aún no había el vino calentado los cascos. Uno colgó al hombro la servilleta, otro se la puso al pecho, éste tendió parte del mantel sobre sus rodillas, aquél tomó el pan, lo miró, le dió vueltas y le limpió de carbones y cenizas. Algunos comenzaron la cena por la ensalada y otros tomaron un poco de carne de vaca salada para despertar el gusto y la sed al paladar dormido. El pri-

mer vaso fué de cerveza, cimiento fresco para el ardor del vino. Sacaron al cabo el sagrado licor, primero en vasos pequeños, que antes movían la sed que aplacarla. El dueño de la casa, hombre de buen humor que en todo el país no reconoce superior ni aun parigual—dicho sea sin agravio para nadie—, mandó traer vasos grandes y comenzamos a beber a usanza de los antiguos griegos, según nos dijo un convidado que estudió en Lovaina los rudimentos de esta lengua. Entonces comenzamos a charlar, después nos calentamos, y ya todo era alegría y risa descompasada. ¡Oh noches y cenas dichosas! Brindamos los unos a la salud de los otros, correspondiéndonos, porque no era ocasión aquélla de defraudar al compañero.

ABSTEMIO.—Así debe de ser, pero no cuando se trata del vino, sino de cosas del entendimiento y de asuntos de los hombres. Mas para que sigamos el coloquio de negocio tan alegre y risueño, has de decirme antes si estás borracho.

ASOTO.—No, y fácilmente lo conocerás por el concierto con que hablo. ¿Piensas que si lo estuviera habría podido narrar las cosas con tanto artificio?

ABSTEMIO.—Bien; de otra suerte, y según el verso, «litigaría con un ausente». Dime, ¿por qué no levantáis en este país un templo a Baco, inventor del celestial licor?

ASOTO.—¿Acaso no tenéis vosotros en Roma un templo de Sergio y de Baco? A nosotros nos basta con sacrificarle muchas veces todos los días. Quizá le erigiésemos un templo si fuese verdad averiguada

que él inventó el vino; pero oí decir a algunos estudiosos que hay dudas, porque bastantes aseguran que fué Noé quien primero bebió vino y se embriagó.

Abstemio.—Dejemos esto. ¿De qué vino bebíais?

Asoto.—¿Qué nos importa cómo es el vino ni de dónde? Conque se llame así y tenga color de vino, nos basta. Busquen las delicias de la calidad los franceses y los italianos.

Abstemio.—¿Y qué placer hallarás si no gustas lo que echas en tu cuerpo?

Tricongio.—Muchos lo saborean al principio, cuando aún tienen el gusto en el punto debido; mas le pierden en cuanto le vicia la abundancia.

Abstemio.—Es que apagada la sed no puede quedar gusto alguno cuando se satisfacen apetitos naturales, del mismo modo que es tormento comer sin hambre y beber sin sed.

Tricongio.—¿Acaso piensas que bebemos por el placer y alegría de beber?

Abstemio.—Pues aún sois peores que las bestias llevadas del apetito natural. A vosotros la razón no os inclina y la naturaleza os lo prohibe.

Tricongio.—Quien nos lleva es la compañía y poco a poco nos embriagamos.

Abstemio.—¿Cuántas veces os embriagasteis? ¿Cuántas visteis a otros ebrios?

Tricongio.—Muchas al día.

Abstemio.—¿Y no os basta eso para no caer en cosa tan fea? Con sólo una vez escarmentaría una bestia.

Glaucias.—¿Tú sabes cuánta es la estimación que unos a otros se profesan estos compañeros por los

cuales los hombres se tornan bestias? Mientras beben se darían hasta las entrañas; saliendo de allí ni se conocen, y el uno no daría dos cuartos por la vida y el ánima del otro.

Abstemio.—¿En qué vaso bebíais y cómo?

Asoto.—Primero los sacaron de vidrio, a poco los quitaron por temor de que los rompiésemos, y trajeron otros de plata. Al principio echamos en el vino ciertas hierbas para hacerle más grato, después echábamos en él salsa, caldo, leche y hasta manteca.

Abstemio.—¡Oh suciedad, que ni aun los animales sufrirían!

Tricongio.—Más trágicamente reprenderás cuando sepas que unos metían sus manos sucias en los vasos de los otros y que echaban en ellos cáscaras de nueces y de huevos, mondaduras de manzanas, y huesos de aceitunas y ciruelas.

Abstemio.—Corta el relato si no quieres que me retire a las selvas o un desierto.

Tricongio.—Pues escucha al oído, Glaucias. También bebimos en esos frascos de cuerno para la caza que muchos llevan cuando van de camino con pólvora, y otras porquerías.

Glaucias.—¿Qué bebisteis?

Tricongio.—¿Qué habíamos de beber? Vino.

Glaucias.—Más bien bebisteis vuestro propio entendimiento.

Tricongio.—Verdad es. Y después que nos hubimos bebido el entendimiento, en cuenta de vaso tomamos los orinales de los escaños de las camas, y en ellos bebimos.

Abstemio.—¿Y cómo acabó ese fabuloso convite?

Asoto.—El suelo estaba encharcado de vino. Todos estábamos ebrios, aun el huésped, hombre bizarro, después que hubo derribado a dos o tres bajo la mesa, quedando victorioso.

Abstemio.—¡Victoria preclara y en negocio pulquérrimo y ejemplar! Mas el vino os vencería a todos.

Asoto.—¡A todos!

Abstemio.—¡Desdichado! ¿Qué piensas que es embriagarse?

Asoto.—Darse buena vida; satisfacer a nuestro genio.

Abstemio.—¿Cuál genio; el bueno o el malo?

Glaucias.—Si lo consideras bien, hallarás que la embriaguez no satisface gusto alguno, como las cosas propias de otros vicios e inclinaciones. Embriagarse es perder el uso de la razón, del juicio, del albedrío y aun de los sentidos; es convertirse de hombre en bestia; en piedra, que es menos. Lo que de esto se sigue es fácil de colegir—aunque nunca vi borrachos—: hablar sin saber lo que se habla; descubrir el secreto que te pidieron callases; revelar negocios hasta poniendo en riesgo a tu persona, a los tuyos y aun a la patria; no hacer diferencia del amigo ni del enemigo, ni siquiera de la mujer y de la madre. Riñas, disputas, enemistades, contiendas, golpes, heridas y hasta muertes.

Tricongio.—Y aun sin hierro ni sangre, que muchos mueren de la borrachera.

Glaucias.—¿Quién no querrá encerrarse en su morada con un perro o un gato antes que con un

ebrio? Más entendimiento que éste tienen aquellos animales.

Abstemio.—Y a la embriaguez siguen la pesadez de cabeza y de todo el cuerpo, y el embotamiento de los sentidos, y también la debilidad de los nervios, la perlesía y la gota. Se entorpece el entendimiento, se nubla la inteligencia y desaparecen la cordura y discreción.

Asoto.—Comienzo a entender que la embriaguez es dañosísima, así que de hoy en adelante pondré cuidado en beber sólo hasta alegrarme, no hasta embriagarme.

Glaucias.—Es la alegría puerta de la embriaguez; nadie bebe con intento de embriagarse, pero a la alegría sigue la embriaguez porque es imposible detenerse en los términos de aquélla. Son invisibles las lindes que separan la una de la otra.

Abstemio.—Mientras el vino esté en el vaso, harás de él lo que quieras; cuando lo tienes en el cuerpo él hace de ti lo que quiere, porque antes le tienes tú y después te tiene él. Cuando bebes, tratas al vino a tu antojo; cuando lo has bebido, él te trata a ti a su antojo.

Asoto.—¿Pero es que no se ha de beber nunca?

Abstemio.—Cuando los necios huyen de un extremo dan en el contrario. Se debe beber, mas no desordenadamente. Sólo la naturaleza enseña a los brutos, y la misma naturaleza, ayudada de la razón, no enseña al hombre. Come cuando tengas hambre y bebe cuando tengas sed, y el hambre y la sed te dirán cuándo, cuánto y hasta dónde.

Asoto.—¿Y si siempre tengo sed y no puedo mitigarla sin embriagarme?

Abstemio.—Bebe lo que no pueda embriagarte.

Asoto.—Eso no puede sufrirlo la complexión de mi cuerpo.

Abstemio.—Y si tuvieras tal hambre que nada la saciase ¿comerías hasta reventar?

Asoto.—Eso no sería hambre, sino enfermedad.

Abstemio.—Entonces más necesitarías de medicinas que de comida, ¿no es cierto?

Asoto.—¿Quién lo duda?

Abstemio.—Pues del mismo modo necesitarías del médico y no del tabernero; de bebida de botica y no de taberna, porque la tuya no sería sed, sino enfermedad, y perniciosa.

EL PALACIO REAL

Agrio, Sofronio *y* Holocólax.

Agrio.—¿Por qué acompañan al rey tantos, con tal variedad de vestidos?

Sofronio.—¿Y por qué no miras los aspectos con mayor atención que los vestidos? Porque más diversos que éstos son los rostros.

Agrio.—¿Cuál es la causa de lo que tú llamas diversidad de aspectos?

Sofronio. — Visten según las conveniencias, según la dignidad, según la ambición y según la vanidad. Muchos usan de los vestidos como de anzuelo para captar la gracia del rey y de los grandes y aun para que se incline a ellos la voluntad de las damas. Pero los rostros muestran los estados de los ánimos; el aspecto dice la pasión interior.

Agrio.—¿Y cómo se juntan aquí tantos?

Holocólax.—¿Acaso no ha de haber muchos allí donde está la cabeza y gobierno de tantas provincias?

Sofronio.—Cierto, pero muchos no tanto atienden al bien común como al suyo, y siguen a quien tiene el manejo de las conveniencias más que el de la patria.

Holocólax.—¿Y qué han de hacer si todo se vende por dinero?

Sofronio.—Así juzgan los que tienen en nada el alma y el entendimiento, y en poco hasta la salud del cuerpo.

Agrio.—¿Y por qué se ha de discurrir tan a lo filosófico en este bullicio? Yo quiero que me digáis quiénes son estos de tan grande número y de trajes y aspectos tan varios.

Holocólax.—Yo te los señalaré por orden, porque, a lo que entiendo, Sofronio no está muy versado en las cosas de palacio. Yo he ido en los séquitos reales, penetrando, mirando y escudriñando, y estoy bienquisto de todos.

Sofronio.—Por esto te llaman Holocólax.

Holocólax.—Tienes razón. Pero tú, Agrio, escucha. Aquel a quien todos atienden con todos sus sentidos es el rey, cabeza de la república.

Sofronio.—Cierto que es su cabeza, y su bien cuando es sabio y probo, y su ruina cuando es malo e insensato .

Holocólax.—Aquel mancebo que va detrás es su hijo heredero, que los griegos llamaban *dispotan*—o sea señor—, que en España llaman Príncipe y en Francia Delfín. Aquellos de las cadenas de oro, vestidos de seda bordada en oro, son los grandes, de insignes títulos militares, príncipes, duques, gobernadores de las fronteras, marqueses, condes y varones—que en lengua bárbara dicen *barones*—y todos son caballeros. Al primero de ellos le llaman condestable, que en griego llamaban *conestabulo*, como almirante, el general de los mares. Hay otro general, que es capitán de las guardias del rey, que asiste a

palacio y manda a los arqueros, los mismos que en tiempo de Rómulo llamaban *céleres*.

Agrio.—¿Quiénes son esos vestidos de largos ropajes que tanta serenidad muestran en los rostros?

Holocólax.—Los consejeros del rey.

Sofronio.—Conviene que ellos sean prudentes, de grande experiencia en los negocios y en las deliberaciones, graves, templados y hombres de gobierno.

Agrio.—¿Por qué?

Sofronio.—Porque son los ojos y los oídos del rey y, por tanto, del reino, mayormente si el rey es ciego y sordo porque la ignorancia o los deleites le privaron de estos sentidos.

Agrio.—¿Y son también ojos y oídos del rey aquel tuerto y aquel que parece algo sordo?

Sofronio.—Peores son la ceguera y la sordera del corazón.

Holocólax.—Los secretarios van después de los consejeros, y también son muchos y de diferentes órdenes. Después los tesoreros, receptores, pagadores mayores, fiscal, procurador fiscal y abogado fiscal.

Agrio.—¿Y esos jóvenes afeitados, alegres y donosos que siguen al rey, le asisten en pie, sonriéndole unos, abierta la boca como absortos, otros?

Holocólax.—Es la tropa de sus íntimos amigos, los que distraen al rey.

Agrio.—¿Por qué siguen tantos y tan serios a aquellos dos que entran?

Holocólax.—Porque el rey fía mucho en ellos.

El uno es el primer secretario; el otro posee los secretos de la mayor importancia, es un como compendio del reino, y los dos son monitores del monarca. Por esto les salen al encuentro tantos cada día para renovar la memoria de sus pretensiones, supuesto que ellos son la memoria del rey. Aquellos que están tristes son pleiteantes que no logran ver concluídos sus negocios. Esos dos que pasean por el patio, el uno es camarero y el otro caballerizo, y ambos mandan en muchos camareros y caballerizos. Mas entremos en la sala donde come el rey.

AGRIO.—¡Ah qué gran concurso, y cuánto y cuán cuidado aparato!

SOFRONIO.—Más te admiraría si supieres que todo ello lo motiva cosa tan leve como tomar el rey con hastío un huevo y un sorbo de vino.

HOLOCÓLAX.—Aquel de la caña de Indias es el que sirve al rey en la mesa esta semana; el copero es aquel mancebo, y el maestresala aún no entró.

AGRIO.—¿Quién come con el rey?

HOLOCÓLAX. —¿Y quién habrá tan dichoso que pueda comer con los reyes?

SOFRONIO.—Pues en lo antiguo los reyes sentaban a sus mesas, unas veces a capitanes valerosos, otras a nobles, otras a hombres expertos en el gobierno, en el manejo de los negocios o doctos, con cuya conversación el rey mejoraba y acrecentaba su sabiduría. Pero la soberbia de los godos y otros bárbaros introdujo esta costumbre de ahora.

HOLOCÓLAX.—Los grandes tienen sus pajes de armas, criados, lacayos, mozos de espuelas. Entre

ellos hay ricos tan liberales que dan a muchos mesa franca, y otros, a quien esto parece enfadoso, envían la ración a los amigos. Esto es de mayor utilidad para los amigos pobres, pero comer en mesa franca es más noble.

AGRIO.—Paréceme ver personas del otro sexo en aquella estancia.

HOLOCÓLAX.—Es el lugar donde están las mujeres. Ahí habita la reina con sus camareras, damas y doncellas. Mira cómo entran y salen cual abejas mancebos enamorados, esclavos de Cupido.

SOFRONIO.—Y también viejos, dos veces niños.

HOLOCÓLAX.—Es cosa de gusto oír los discursos, las poesías, las canciones y las músicas con que obsequian a las damas; ver las danzas y paseos y la variedad de colores, modas y formas de los vestidos. Tienen criados muy despiertos que entran y salen, saludan y vuelven a saludar, y hacen los recados. ¡Cuánta molestia, industria y diligencia, cuánta cortesía—¡oh Dios!—desnuda la cabeza y a veces de rodillas! Cada día se ha de decir alguna cosa nueva, impensada, aguda y sutilmente discurrida, y dicha con ánimo, destreza y libertad.

SOFRONIO.—O con disolución.

HOLOCÓLAX.—¿Hay felicidad mayor? ¿Dónde encontrar tanto placer?

SOFRONIO.—Cólax, Cólax, también tú, sin estar enamorado, estás loco, y borracho sin haber bebido. ¿Puede haber locura mayor que la dicha por ti?

HOLOCÓLAX.—No sé por qué causa dejan muchos la

escuela, y habiendo entrado en palacio en él envejecen.

SOFRONIO.—Son como los que bebieron en el vaso de Circe que, perdido el juicio y trocados en bestias, ni querían salir de allí ni volver al estado de hombres.

AGRIO.—Y éstos, cuando se retiran a sus casas, ¿qué hacen?, ¿en qué se ocupan, al menos para entretener el tiempo?

SOFRONIO.—Los más no se ocupan en otra cosa seria que en esta que ves, y por esto la ociosidad es para ellos padre y madre de los vicios. Algunos juegan a los dados, a los naipes, al ajedrez; otros, con maña, pasan la tarde murmurando y hablando mal de los demás. Esto en sus casas. Los hay que gustan mucho de truhanes y vagabundos, con los que son pródigos, siendo para las demás cosas tacaños y míseros. Pero el mayor mal de palacio es la adulación de cada uno para con los demás, y, lo que es peor, para consigo mismo. Esta es la causa de que jamás ninguno escuche la verdad ni de sí mismo ni de sus compañeros, si no es cuando riñen, que entonces se dicen las verdades como afrentas.

HOLOCÓLAX.—Pero tú, aunque digas la verdad, perecerás de hambre, y yo, complaciendo, lisonjeando, aprobando y alabándolo todo, enriquecí.

AGRIO.—¿Y no podrían los reyes corregir estos males?

SOFRONIO.—Fácilmente y sólo con querer. Pero unos gustan de estas costumbres porque son semejantes a las suyas; otros buscan estas ocupaciones, con lo que no pueden pensar cosa justa o buena. Ni faltan los descuidados ni los disolutos, que piensan que no pertenecen a sus cuidados y desvelos las costumbres del palacio y de la familia, cuando no les importan menos que a cada uno de nosotros las de su casa.

EL PRÍNCIPE NINO

MORÓBULO, FELIPE y SOFÓBULO.

MORÓBULO.—¿Qué hace vuestra alteza, Felipe?

FELIPE.—Leo y estudio, como veis.

MORÓBULO.—Lo veo y, en verdad, lo siento porque fatigáis y extenuáis vuestro gracioso cuerpo.

FELIPE.—¿Qué había de hacer?

MORÓBULO.—Pues lo que hacen muchos príncipes, grandes, nobles y ricos. Montar a caballo, conversar con las damas de la emperatriz vuestra madre, danzar, jugar a los naipes o la pelota, saltar, correr. Si aquellos que no son dignos ni aun de que los admitáis en vuestra presencia gozan de esos deleites, ¿qué deberéis hacer vos, hijo y heredero de un tan grande príncipe?

FELIPE.—¿Es que para nada aprovecha el estudio?

MORÓBULO.—Aprovecha para aquellos que se han de ordenar *in sacris* o para los que han de comer de lo que aprenden, como los zapateros, los tejedores y los de otras artes no liberales comen del trabajo de sus manos. Levantaos, señor, dejad los libros y vamos a pasear para que, al menos, respiréis un poco.

FELIPE.—No me lo permiten ni Zúñiga ni Silíceo.

MORÓBULO.—¿Y quiénes son estos Zúñiga y Silíceo? ¿Acaso no son vasallos vuestros sobre los que tenéis dominio, y no ellos sobre vos?

FELIPE.—Zúñiga es mi ayo y Silíceo mi maestro. No puedo negar que son vasallos míos, o de mi padre, mejor dicho; pero éste, a quien yo obedezco, los hizo mis superiores y a mí súbdito suyo.

MORÓBULO.—¿Cómo, vuestro padre os hizo esclavo de esos hombres?

FELIPE.—No lo sé.

MORÓBULO.—¡Oh qué cosa tan mal hecha!

SOFÓBULO.—No está mal hecha, hijo mío. Vuestro padre más bien los hizo esclavos vuestros porque quiso que estuviesen siempre a vuestro lado, atendiéndoos con todos sus sentidos y potencias, y por esto, abandonando sus negocios propios, sólo miran por vos, no para fatigaros como tiranos, sino, sabios y buenos, para disponer vuestras incultas costumbres al honor y a la virtud; no para haceros esclavo, sino verdaderamente libre y príncipe. Y si no los obedecierais, entonces sí que seríais un esclavo vil y peor aún que aquellos que viven entre nosotros comprados en Etiopía o Africa.

FELIPE.—¿De quién sería esclavo si no obedeciese a mis maestros?

SOFÓBULO.—Lo seríais, no de los hombres, sino de los vicios, que son señores más tiránicos e insufribles que el hombre más perverso.

FELIPE.—No entendí bien lo que dijisteis.

SOFÓBULO.—Pero sí habéis entendido lo que dijo Moróbulo.

Felipe.—Con mucha claridad.

Sofóbulo.—¡Cuán dichosos serían los hombres si luego que tienen conocimiento de las cosas livianas y malas lo tuvieran también de las importantes y buenas! Pero sucede lo contrario: en esta edad vuestra se entienden fácilmente las cosas frívolas y vanas, por no decir las locuras, a que os incitó Moróbulo, y lo que yo os dijese de virtud y dignidad así lo entenderíais como si os hablase en lengua arábiga o gótica.

Felipe.—¿Qué me aconsejáis que haga?

Sofóbulo.—Seguir este dictamen, a saber: que ni deis asenso a las persuasiones de Moróbulo ni a las mías hasta que podáis juzgar las de ambos.

Felipe.—¿Quién me dará el juicio necesario?

Sofóbulo.—Los años, la educación y la experiencia.

Moróbulo.—¡Oh que espera tan larga!

Sofóbulo.—Dice bien Moróbulo; tirad los libros y vamos a jugar. Jugaremos a un juego en que se nombra un rey que manda y los demás obedecen, según las leyes del juego. El rey lo seréis vos.

Felipe.—¿Y cómo? Porque si yo no entiendo el juego no podré ser rey.

Sofóbulo.—¿Qué decís, Felipe amado, delicia de las Españas? ¿En juego de cosas leves, cuyos yerros a nadie dañan, no os atrevéis a entrar por no saber jugar, y queréis acometer de veras el gobierno de tantos y tan dilatados reinos sin conocer las condiciones de los pueblos, ni las leyes, despojado de toda sabiduría e instruído sólo en aquellas necedades ridículas de que hablaba Moróbulo? Muchacho, di al caballerizo mayor que traiga aquí el caballo napolitano, el bravo y falso, para que Felipe lo monte.

Felipe.—No le quiero, en verdad, sino otro que sea manso, porque no tengo ni fuerza ni experiencia para regir a un animal tan duro de boca.

Sofóbulo.—Y decid, Felipe: ¿pensáis que puede haber algún león tan fiero o algún caballo tan bravo y menos sufridor del freno que el pueblo, que la multitud de los hombres, donde se juntan todos los vicios, maldades, delitos e inquietudes ardientes y atizadas? ¡No os atrevéis a tocar el caballo, y pedís el gobierno del pueblo, que es más difícil de regir que el peor caballo! Pero dejemos esto. ¿Veis en el río aquella barquilla? Es gran recreo navegar entre los prados y bajo los sauces; entremos en la barquilla; vos tomaréis el gobernalle y seréis el piloto.

Felipe.—¡Sí, para que zozobremos y caigamos en el río, como le ocurrió ha poco a Pimentelillo!

Sofóbulo.—¿Ni aun a regir una barquilla en río tan pequeño y sereno os atrevéis, porque carecéis de destreza, y queréis, ignorante y sin experiencia, meteros en el mar, en las aguas revueltas, en las olas, en la borrasca de los pueblos? Os sucede lo que a Faetón, que no sabiendo usar de las riendas, con juvenil vehemencia pidió a su padre el carro para regirle, y ya sabéis la fábula. Con razón decía Sócrates que había dos cosas muy grandes en la vida humana, que son el principado y el sacerdocio, las que, no obstante su grandeza, todos apetecían como merecedores de ellas, sin que ninguno se juzgara incapaz de ejercerlas con prudencia.

Felipe.—Entiendo que nada hay tan necesario a mi calidad y a mi persona como el arte y la ciencia de gobernar el reino.

Sofóbulo.—Muy bien.

Felipe.—¿Cómo lo lograré?

Sofóbulo.—Sacasteis el arte y la ciencia del vientre de vuestra madre.

Felipe.—En modo alguno.

Sofóbulo.—Entonces, ¿cómo se atreve Moróbulo a persuadiros que dejéis los estudios con que se adquieren la ciencia, el arte y el conocimiento de cosas grandes y bellas?

Felipe.—¿De quién he de aprender estas cosas?

Sofóbulo.—De los que con grande ingenio las advirtieron y observaron. De éstos, unos murieron y otros viven.

Felipe.—¿Cómo enseñan los muertos; acaso se puede hablar con ellos?

Sofóbulo.—¿Nunca oísteis en alguna conversación nombrar a Platón, Aristóteles, Séneca, Livio, Plutarco?

Felipe.—Muchas veces oí tales nombres, y siempre dichos con admiración y alabanza.

Sofóbulo.—Pues estos mismos, y otros que murieron también, hablarán con vos siempre que queráis.

Felipe.—¿Cómo?

Sofóbulo.—Por los libros que dejaron escritos para enseñar a la posteridad.

Felipe.—¿Por qué no me los dais ya?

Sofóbulo.—Os los daremos así que hayáis aprendido el lenguaje en que se entiende lo que dicen. Tened paciencia algún tiempo, sufrid la breve fatiga que lleva en sí aprender los principios, que después seguirán increíbles placeres. No es maravilla que huyan de ellos los que no los gustaron; mas antes apartarán de la vida que de los libros a quienes los disfrutaran.

Felipe.—Ahora dime quiénes son los vivos de los que se ha de aprender esta ciencia y buena inteligencia.

Sofóbulo.—Si hubieseis de emprender un viaje, ¿a quién preguntaríais para saber el camino? ¿Acaso al que jamás lo hubiera andado, o al que lo anduvo muchas veces?

Felipe.—A éste ciertamente.

Sofóbulo.—¿Y no es nuestra vida como viaje o peregrinación continuos?

Felipe.—Eso creo.

Sofóbulo.—Luego, ¿quiénes anduvieron más camino, los jóvenes o los viejos?

Felipe.—Los viejos.

Sofóbulo.—Entonces se debe escuchar a éstos.

Felipe.—¿A todos lo mismo?

Sofóbulo.—Discreta es la pregunta, y, en efecto, se debe hacer diferencias. Discurramos de la vía como de la vida. ¿Quién sabrá mejor el camino, aquel que lo anduvo sin reparar en nada, con el ánimo ausente, o quien, con diligencia, lo observó todo, encomendándolo a la memoria?

Felipe.—Claro es que al segundo.

Sofóbulo.—Por esto cuando se tome consejo del

modo de vivir no se le ha de pedir a los jóvenes que aún no comenzaron a andar el camino de la vida, y menos a los mancebos, y menos aún a los niños, lo que sería necio y hasta indigno. Ni tampoco a los ancianos imprudentes, que son peores que niños, aquellos de quien la Sagrada Escritura dice que son muchachos de cien años. Sólo se debe escuchar a los ancianos de juicio, experiencia y prudencia.

Felipe.—¿Por cuál señal los conoceré?

Sofóbulo.—En vuestra edad, hijo, por ninguna. Pero cuando tengáis mayor y más sólido juicio los conoceréis por sus palabras y por sus obras. Mientras no tengáis esa capacidad, fiad en vuestro padre y entregaos a él y a los que os señaló por maestros y ayos, directores de vuestra débil edad, guías del camino que no anduvisteis, porque vuestro padre, que os ama más que vos a vos mismo, que cuida más de vos que vos mismo, no sólo los eligió por su propio consejo, sino atendiendo al de hombres sabios.

Moróbulo.—Rato ha que no hablé palabra.

Sofóbulo.—Cosa nueva en ti, y ello me maravillaba.

Moróbulo.—¿Por ventura, Felipe, vuestro padre, el rey de Francia y otros reyes y príncipes no gobiernan sus Estados y los mantienen bajo su obediencia sin haber estudiado ni sufrido ese pesado trabajo que, sin piedad, cargan sobre vuestros débiles hombros?

Sofóbulo.—No hay cosa por fácil que sea que no la haga difícil la mala gana. Nada tienen de pesados los estudios para quien los acomete y sobrelleva de

buen talante, mas para la mala gana, hasta el jugar y el pasear en lugares amenos es cosa pesada e insoportable. Para ti, Moróbulo, amigo de chanzas y asuetos y acostumbrado a ellos, es mortal oír o hacer cosas serias; por el contrario, otros hallarían mortal tu modo de vida. ¡Cuántos hay, especialmente en los palacios, para los que nada es tan dulce como el ocio torpe y relajado, que para éstos es tormento poner mano en cualquiera trabajo útil! ¡Y cuántos hay que más querrían morir que pasar los días sin trabajo, que antes se cansan de estar ociosos que ocupados! Mas para responder a lo que me argüiste del emperador y el rey de Francia, te diré que, en general, son ancianos aquellos que anduvieron el camino de esta vida. Si todos cuantos anduvieron por el mismo camino, a una vez dijeran que encontraron en él un paso malo y peligroso, del que salieron maltratados, y habiendo de recorrer el mismo camino no se guardaran del peligro, ¿qué concepto formaríais de ellos? ¿No sería acción de hombre loco olvidar el peligro y no esquivarle cuando se emprendiera la misma vía?

Felipe.—No comprendo lo que queréis decir.

Sofóbulo.—Más claro lo dirá un ejemplo: Haced cuenta que sobre este río y en lugar de puente hay una tabla angosta. Nos refieren que cuantos quisieron pasar a caballo sobre la tabla cayeron en el río, viendo en peligro sus vidas, porque los sacaron del agua con dificultad y medio muertos. ¿Entendéis esto?

Felipe.—Muy bien.

Sofóbulo.—Veamos ahora cómo juzgáis. ¿No os

parecería que vos mismo estabais loco si habiendo de cruzar la tabla no os apeaseis antes del caballo, evitando así el peligro en que oísteis referir que otros estuvieron?

FELIPE.—Sin duda lo haría así.

SOFÓBULO.—Y con razón. Preguntad a los ancianos cuál es el mayor yerro de su vida, de qué omisión se arrepienten y les pesa, y os responderán, los que estudiaron algo, de no haber estudiado más, y los que nada estudiaron, de no haber estudiado algo. Y entrando en estas quejas, no acaban de contar que habiéndolos enviado a las escuelas y a los maestros de las artes sus padres o los que de ellos cuidaban, atraídos de los deleites, de los juegos, de la caza, de los amoríos y de otras vanidades, perdieron las buenas ocasiones de aprender, y lloran su desgracia, se quejan de su suerte, se culpan y condenan, y hasta se maldicen a sí mismos. Vemos, pues, que en el camino de la vida se encuentra este mal paso de la pereza y la ignorancia, que todos debemos esquivar, puesto que oímos las quejas de los que en él cayeron. Se ha de dar mano, por tanto, a la ociosidad y a las burlas, aplicándose con diligencia al estudio y cultivo del espíritu. Pero informaos de vuestro padre, aunque todavía tiene pocos años; y tú, Moróbulo, del tuyo, que es anciano. De ellos entenderéis cuán cierto es lo que os digo.

EL JUEGO DE NAIPES

VALDAURA, TAMAYO, LUPIANO, MANRIQUE
y CASTILLO.

VALDAURA.—¡Qué tiempo tan áspero e insufrible! ¡Qué cielo tan nublado! ¡Qué suelo tan cenagoso!

TAMAYO.—¿Qué nos aconsejan que hagamos estos aspectos del cielo y del suelo?

VALDAURA.—Que no salgamos de casa.

TAMAYO.—¿Qué haremos en casa?

VALDAURA.—Estudiar junto al fuego, pensar y considerar las cosas que aprovechan al alma y a las buenas costumbres.

CASTILLO.—Cierto que eso es lo primero que debe hacerse y lo que más ha de estimar el hombre. Pero cuando nos cansemos de este trabajo, ¿dónde, con este tiempo, iremos a recrearnos?

VALDAURA.—Cada uno tiene su recreo; a mí, en verdad, me agrada el juego de naipes.

TAMAYO.—Y el tiempo nos convida a retirarnos a un aposento bien guardado del aire y del frío, con buena lumbre y una mesa prevenida de cartas.

VALDAURA.—¡Ay, no quiero cartas!

TAMAYO.—Hablo de las de jugar, de los naipes.

VALDAURA.—Esas sí me agradan.

Tamayo.—Aprontemos dinero y tantos para jugar.

Valdaura.—No serán menester los últimos, si hay moneda menuda.

Tamayo.—Yo no tengo moneda menuda, sino gruesa, de oro y plata.

Valdaura.—Cambia monedas de plata por menudas. Muchacho, toma estas monedas sencillas, dobles y triples, y que por ellas te dé el cambiador monedas menudas, sencillas y dobles, pero no mayores.

Tamayo.—¡Qué limpios están estos dineros!

Valdaura.—Son nuevos, recién acuñados.

Tamayo.—¿Vamos a la casa del juego, donde todo está prevenido?

Castillo.—No conviene, porque allí hay muchos mirones; lo mismo sería jugar en medio de la calle. Lo mejor será que nos retiremos a tu aposento y que llamemos a algunos compañeros nuestros de buen humor.

Tamayo.—Más para el caso es tu aposento; en el mío nos estorbarían muchas veces las criadas de mi madre, que siempre buscan cosas en los cofrecillos de los afeites.

Valdaura.—En el comedor, entonces.

Tamayo.—Sea; vamos. Muchacho, haz que vengan Francisco, Lupiano, Rodrigo, Manrique y Zoilastro.

Valdaura.—¡Tente! No avises a Zoilastro, que es hombre iracundo, pendenciero, calumniador, amigo de gritar y que de nada hace una torre.

Castillo.—Dices bien, porque si tal mancebo entrase en nuestro juego, el juego no sería diversión, sino riña. Llama a Rimósulo en puesto de él.

Valdaura.—Tampoco avises a éste, si no queremos que antes de que el Sol se ponga sepa toda la ciudad cuanto aquí haya acaecido.

Castillo.—¿Tan buen pregonero es?

Valdaura.—Lo es de cuantas cosas no deben ser sabidas, porque para las buenas es tan callado como si se tratara de los misterios eleusinos.

Tamayo.—Pues que vengan no más que Lupiano y Manrique.

Castillo.—Ambos son buenos compañeros.

Tamayo.—Y diles que traigan dineros y también donaire, sal y gracejo, dejándose en casa, y encomendada a Filopono el tétrico, toda seriedad y gravedad.

Lupiano.—Dios os guarde, dulces amigos.

Valdaura.—¿Qué ceño y entrecejo son ésos? Limpia tu semblante de tristeza y severidad. ¿Acaso no te dijeron que dejases en la escuela los cuidados literarios?

Lupiano.—Tan sin letras son nuestros pensamientos de las letras que ni aun las mesas de la escuela hacen caso de ellos.

Manrique.—Dios os guarde.

Valdaura.—Peligra vuestra vida, porque se os llamó para pelear donde hay hasta reyes.

Tamayo.—No os desaniméis, que las cuchilladas se tiran a las bolsas y no a las gargantas.

Lupiano.—Para muchos la bolsa es garganta y el dinero sangre y vida, como para las gentes de Caria, de cuyo menosprecio a la vida hacían los reyes instrumento de su iras.

MANRIQUE.—Más quiero en esta fábula ser espectador que actor.

TAMAYO.—¿Cómo así?

MANRIQUE.—Porque soy tan desgraciado que siempre que juego pierdo y quedo sin blanca.

TAMAYO.—¿Sabes el proverbio de los jugadores? Que se ha de buscar la capa allí donde se perdió.

MANRIQUE.—Verdad; pero se corre el riesgo de que al buscar la capa perdida se pierdan igualmente el sayo y hasta la camisa.

TAMAYO.—Sucede esto muchas veces, pero quien no se aventura no ha ventura.

MANRIQUE.—Eso dicen los alquimistas.

TAMAYO.—Más bien lo dicen los mercaderes de Amberes.

VALDAURA.—Bueno está. No podemos jugar más que cuatro y somos cinco. La suerte dirá quién es el que ha de ver cómo juegan los demás.

MANRIQUE.—No hay que echar suertes; yo miraré.

VALDAURA.—Eso no, que a nadie se ha de hacer injuria. Lo dirá la suerte. A quien le tocare un rey ése mirará sentado el juego, y será juez en las disputas.

LUPIANO.—Aquí tenéis dos barajas, una española y otra francesa.

VALDAURA.—La española no parece que está cabal.

LUPIANO.—¿Cómo?

VALDAURA.—Porque faltan los dieces.

LUPIANO.—No suelen tenerlos como las francesas. En los naipes franceses, como en los españoles, hay cuatro géneros o familias. Los españoles tienen oros,

copas, espadas y bastos, y los franceses corazones, cuadrángulos, trifolios y picas. En cada familia hay rey, reina, caballero, uno (o as), dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. Los franceses tienen dieces. En los españoles los números más bajos de los oros y las copas valen más, y menos los de las espadas y los bastos. En los franceses los números más altos valen siempre más.

CASTILLO.—¿A qué jugaremos?

VALDAURA.—Al triunfo de España, y el que dé los naipes retendrá la muestra aunque sea as o figura humana.

MANRIQUE.—Veamos quién es el que no ha de jugar.

TAMAYO.—Dices bien; vengan los naipes. Para ti, Valdaura; para ti, Castillo; para ti, Lupiano. ¡Tú eres el juez!

VALDAURA.—Mejor quiero que seas árbitro que no mi contrario en el juego.

LUPIANO.—Habla bien; ¿por qué lo dices?

VALDAURA.—Porque en el juego eres astuto y caviloso, y aun dicen que hábil en componer los naipes de modo que salgan los que tú quisieres.

LUPIANO.—Yo juego sin trampa alguna, pero mi saber le parece engaño a tu ignorancia, cual ocurre siempre y en todo. ¿Y qué dices de Castillo, que no bien gana cuatro blancas deja de jugar?

TAMAYO.—Que eso verdaderamente más es engañar y burlar que jugar.

VALDAURA.—Menor mal es ése; que si pierde queda en el juego como sujeto con grandes clavos.

TAMAYO.—Pero hemos de jugar dos contra dos; ¿cómo lo haremos para señalar compañeros?

VALDAURA.—Yo, que no entiendo este juego, seré compañero de Castillo, que lo entiende bien.

TAMAYO.—Di también que es muy astuto.

CASTILLO.—No se ha de elegir, sino sortear; los que hicieren más puntos jugarán contra los que hagan menos.

VALDAURA.—Sea; vengan los naipes.

MANRIQUE.—Sucedió según mi deseo. Castillo y yo somos compañeros, y Valdaura y Tamayo nuestros contrarios.

VALDAURA.—Sentémonos encontrados. Dame la silla de respaldo para perder con mayor comodidad.

TAMAYO.—Poned escaños, sentémonos. Sorteemos a ver quién será mano.

VALDAURA.—Yo soy mano; Castillo, da tú los naipes.

CASTILLO.—¿Cómo, de izquierda a derecha cual los flamencos, o de derecha a izquierda cual los españoles?

VALDAURA.—De la última manera, supuesto que jugamos a la española. ¿Quitaste los dieces?

CASTILLO.—Sí. ¿Cuántos naipes he de dar?

VALDAURA.—Nueve. ¿Qué apostamos?

MANRIQUE.—Tres dineros cada uno, con repetición de puestas.

CASTILLO.—Poco a poco, Manrique, que te apresuras con exceso. Aventurando tanto dinero, el juego no sería tal, sino locura, y con el temor de perder

mucho no te divertirías. Baste con un dinero, pudiéndose revidar sólo la mitad hasta cinco ases (1).

VALDAURA.—Dices bien; así no jugaremos de balde, que es cosa insípida; ni nada que nos pese, que es cosa amarga.

CASTILLO.—¿Tiene cada uno sus nueve naipes? Son triunfo los corazones (2) y mía es la reina.

VALDAURA.—Buena señal, si es cierto el dicho vulgar de «que los corazones de las mujeres dominan».

CASTILLO.—Deja las filosofías y responde a esto: vuelvo a envidar las apuestas.

VALDAURA.—Tengo un juego desbaratado y desigual, así que me doy por vencido.

TAMAYO.—También yo; tú das los naipes, Manrique.

VALDAURA.—¿Qué haces, no vuelves la muestra o pinta?

MANRIQUE.—Quiero contar antes mis naipes, no sea que tenga alguno más o alguno menos.

VALDAURA.—Tienes uno más de los debidos.

MANRIQUE.—Lo dejaré.

VALDAURA.—No es ésa la ley del juego. Ahora debe dar naipes quien te sigue y no tú. A mí me toca darlos.

MANRIQUE.—No lo permitiré, puesto que no volví la muestra.

---

(1) Vives se refiere a la moneda romana así llamada; no a las figuras de la baraja. *(N. del R.)*

(2) Como en otros muchos pasajes, Vives comete aquí una incongruencia. Recuerde el lector con cuál propósito se escribieron los DIÁLOGOS y encontrará justificados estos *defectos*, aun menores que los que la «lógica» halla a cada paso en los *Métodos* de idiomas modernos, objeto de tantas burlas. *(N. del R.)*

Valdaura.—Juro que no será así.

Castillo.—¿En qué piensas, Valdaura amigo? ¿Juras por cosas livianas cuando apenas si por las muy graves se debe jurar?

Manrique.—Tú, juez, ¿qué dices?

Lupiano.—En verdad no sé cómo resolver este caso.

Manrique.—¡Qué juez sin juicio tenemos; qué guía ciego!

Valdaura.—¿Y qué haremos?

Manrique.—Pues enviar a Lutecia para que de allí nos traigan alguna ley.

Castillo.—Baraja los naipes y da otra vez.

Tamayo.—¡Lindo juego me quitáis de las manos; no cogeré hoy otro semejante!

Castillo.—Mezcla bien los naipes y dalos a cada uno con cuidado.

Valdaura.—Revido las apuestas.

Tamayo.—¿No dije que en todo el día vendría a mis manos juego parecido al anterior? Soy muy desgraciado, y ni sé cómo cojo los naipes.

Castillo.—¿Es jugar y divertirse el inquietarse y afligirse de ese modo? El juego debe de ser juego y no pesadumbre.

Manrique.—Espera y no vuelvas los naipes, porque acaso éste pretende infundirnos temor.

Valdaura.—Responde si quieres o no.

Manrique.—Quiero, y revido las apuestas.

Valdaura.—¿Piensas que temo tus arrogancias? No me entrego.

Manrique.—Di con claridad si quieres.

Valdaura.—Quiero, en verdad con gusto, y el corazón me dice que revide mayores apuestas con mi juego; pero entre amigos basta con lo envidado

Manrique.—¿Y crees que yo estoy muerto, porque no te acuerdas de mí?

Castillo.—¿Qué dices tú a esto, hombre de paja?

Tamayo.—Por mi parte aumento la apuesta.

Manrique.—Habla tú, Castillo.

Castillo.—¿Cuando por tu culpa llegó la apuesta a una suma considerable me pides consejo? Con este juego mío no me atrevo a mantenerla.

Valdaura.—Di que sí con entera certidumbre.

Castillo.—No he de responder así, sino con perplejidad, desconfianza, despacio y mucho temor y duda. ¿No hablo con bastante claridad?

Manrique.—¡Dios mío y cuánta copia de términos! No caía ha poco tan espeso el granizo. Mas, probemos.

Castillo.—Sea, puesto que lo quieres; pero no fíes en que yo pueda ayudarte.

Manrique.—Me ayudarás en lo que puedas.

Castillo.—Ociosa es la prevención.

Manrique.—Pues hemos perdido.

Tamayo.—Hemos ganado cuatro denarios. Mezcla los naipes.

Valdaura.—Revido cinco ases.

Castillo.—No sé si querer, porque tengo por cierto que perdemos.

Tamayo.—Envido otros cinco.

Castillo.—¿Qué contestas a este envite?

Manrique.—¿Qué he de decir? Que no quiero.

Castillo.—Ya que por ti perdimos el otro juego deja que por mí perdamos éste. Presumo que nos ganen, mas he de defenderme mientras pueda.

Valdaura.—¿Qué dices; no contestas?

Castillo.—Que quiero, que remato y que envido el resto.

Tamayo.—Valdaura, tú no conoces a Castillo; mejor juego tiene que el tuyo, pero tiende la red para coger en ella a los que envidan con algún calor. ¡Guarda, no te arriesgues sin mirarlo bien; no quedes enredado!

Valdaura.—¡Válgame Dios y cómo pudiste adivinar que yo tenía un naipe de tanto valor como éste!

Castillo.—Yo no conozco todos los naipes.

Valdaura.—Eso no es creíble.

Castillo.—Si los conozco es por la muestra.

Valdaura.—O por el reverso.

Castillo.—Malicioso eres.

Valdaura.—Tú haces que lo sea; permíteme que te lo diga.

Tamayo.—Pues veamos si hay naipes manchados por el reverso de modo que se los pueda conocer.

Valdaura.—Si os parece, dejemos el juego, que ya me enoja.

Castillo.—Cuando quieras, pero la falta no está en el juego, sino en tu ignorancia, en que careces de sagacidad y por esto no ganas; en que echas los naipes como los coges, sin pensar cuál se debe echar el primero y cuál el último, y cuándo y cómo.

Tamayo.—Es asimismo que todo cansa en la vida,

hasta los deleites y los placeres. Yo también me canso de estar sentado. Levantémonos un rato.

Lupiano.—Toma la vihuela y cántanos algo.

Tamayo.—¿Qué queréis que cante?

Lupiano.—Algo relativo al juego.

Tamayo.—¿Versos de Virgilio?

Lupiano.—Sí, o de nuestro Vives; unos que ha poco cantaba él paseando en la ronda de Brujas.

Valdaura.—¿Con voz de ansarón?

Lupiano.—Cántalos tú con voz de cisne.

Tamayo.—No lo quiera Dios, que el cisne no canta sino cuando va a morir.

Juegan el niño, el mozo y el anciano;
juego son la prudencia, el seso y el ingenio.
Aparte la virtud, ¿qué es nuestra vida
mas que juego fugaz y una apariencia?

Valdaura.—En verdad os digo que el poema es seco como esponja exprimida.

Lupiano.—¿Con tanta dificultad compone poesías?

Valdaura.—Con mucha, ya porque las compone raras veces, o porque no siente afición, o porque su ingenio se inclina naturalmente a otras cosas.

LAS LEYES DEL JUEGO

(*Diálogo vario de la ciudad de Valencia.*)

BORJA, CENTELLAS *y* CABANILLAS.

BORJA.—¿De dónde vienes, dilecto Centellas?
CENTELLAS.—De Lutecia.
BORJA.—¿De qué Lutecia?
CENTELLAS.—¿Y lo preguntas cual si hubiese más de una?
BORJA.—Pues aunque sólo haya una, no sé cuál es.
CENTELLAS.—Lutecia es París.
BORJA.—Muchas veces oí nombrar a París, pero ninguna a Lutecia. Esta es, pues, la villa que nosotros llamamos París, y el haber estado tú en ella la causa de que en tanto tiempo no se te viese en Valencia y de que faltases del trinquete de la nobleza.
CENTELLAS.—En París vi otros juegos de pelota, y también escuelas y estudios más útiles y más nobles que estos vuestros.
BORJA.—¿Qué estudios, dime?
CENTELLAS.—Treinta cátedras, poco más o menos, en aquella Universidad, con maestros llenos de ciencia y erudición, y juventud muy aplicada al estudio y de muy buenas costumbres.

BORJA.—O sea vulgo.
CENTELLAS.—¿A qué llamas vulgo?
BORJA.—A las heces de la república, que son los hijos de zapateros, tejedores, barberos, sastres y otros menestrales y oficiales mecánicos.
CENTELLAS.—Por lo que veo, en esta ciudad medís a todo el mundo por vuestro sentir, pensando que las costumbres de aquí son las de toda Europa. Y yo digo que allí hay muchísimos hijos de príncipes, grandes, nobles y hombres ricos, y no sólo de Francia, sino también de Alemania, Italia, Inglaterra, España y los Países Bajos, muy aplicados a los estudios y obedientes a los maestros, en cuyas costumbres se instruyen con palabras y hasta con fuertes reprensiones y, cuando es menester, sufriendo castigos rigurosos, que reciben y sufren con paciencia y modestia.
CABANILLAS.—Muchas veces oí eso mismo estando en la Embajada en Francia del rey D. Fernando. Pero deja esto ahora, o difiérelo. ¿No ves que estamos en el trinquete del Milagro junto al de las Carrozas? Hablemos del juego de pelota para recrearnos.
CENTELLAS.—Y no nos sentemos, sino hablemos paseando. ¿Por dónde iremos? ¿Por San Esteban o por la puerta Real, y entonces visitaremos en su palacio a D. Fernando, duque de Calabria?
CABANILLAS.—No, que turbaríamos los estudios de tan sabio varón.
BORJA.—Mejor será que nos traigan mulas para hablar montados en ellas.
CABANILLAS.—Nada de cabalgar ahora. Es apa-

cible el tiempo, sopla un aire grato; mejor será pasear a pie.

BORJA.—Pues vayamos por San Juan del Hospital a la calle del Mar.

CABANILLAS.—Veremos de paso hermosos rostros.

BORJA.—¿A pie? No parece decoroso.

CENTELLAS.—Menos decoroso, en mi opinión, es que los hombres teman las censuras de mozas necias e indiscretas.

CABANILLAS.—¿Quieres que vayamos derechos por la plaza de la Higuera y por Santa Tecla?

CENTELLAS.—No; iremos por la calle de la *Taberna del Gallo*, que quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives, la que, según tengo oído, está bajando la calle a lo último y a mano izquierda; así visitaré a sus hermanas.

BORJA.—Deja ahora de visitar mujeres. Si quieres hablar con alguna señora vayamos a casa de Angela Zapata, con quien hablaremos de cosas de literatura.

CABANILLAS.—Si esto deseáis, ojalá estuviese aquí la marquesa de Zenete.

CENTELLAS.—En verdad que oí en Francia hablar de ella. Mas la materia es harto considerable para ser tratada ligeramente por los que tienen otras ocupaciones.

BORJA.—Subamos hacia San Martín y luego bajaremos por la calle de Valesio a la plaza de Villarrasa.

CABANILLAS.—Bien, y luego al trinquete de Barcia o al de los Mascones.

BORJA.—¿Tenéis en Francia juegos públicos como aquí?

CENTELLAS.—No puedo darte razón sino de París, y allí no hay ni uno. Particulares hay muchos en los arrabales de Santiago, San Marcelo y San Germán.

CABANILLAS.—Y en esa misma villa hay uno famosísimo que llaman *Braccæ*.

BORJA.—¿Juegan allí del mismo modo que aquí?

CENTELLAS.—Sin ninguna diferencia. Allí el maestro del juego da gorras y zapatos para jugar.

BORJA.—¿Cómo son?

CENTELLAS.—Los zapatos, de fieltro.

BORJA.—Para aquí no serían buenos.

CABANILLAS.—Por las muchas piedras del suelo; y en Francia y en Flandes juegan sobre un piso llano e igual de ladrillcs.

CENTELLAS.—Las gorras de verano son ligeras, y las de invierno fuertes y grandes, con trabilla bajo la barba para que con el movimiento no caigan de la cabeza ni sobre los ojos.

BORJA.—Aquí no usamos de trabillas sino cuando es fuerte el viento. Dime: ¿con qué pelotas juegan?

CENTELLAS.—De viento casi con ninguna, como aquí. Aquéllas son más pequeñas, mucho más duras, de cuero blanco. La borra no es de lana, sino de pelos de perro; por esto raras veces juegan con la palma de la mano.

BORJA.—¿Cómo entonces? ¿Con el puño cual nosotros con las pelotas de viento?

CENTELLAS.—No, sino con raquetas.

BORJA.—¿Hechas de hilo?

Centellas.—De cuerdas de tripa, gruesas, como las sextas de la vihuela. De un lado a otro tienden una cuerda, como aquí con los juegos de nuestras casas, y es falta echar la pelota por bajo de la cuerda. Las señales o *metas*, marcadas a ambos lados, son los números cuatro, quince, treinta y cuarenta y cinco. Es ventaja estar a dos, tres, etc. Se vence cuando se gana el juego y también cuando se gana raya. La pelota o se devuelve de voleo o del primer bote, porque de rebote el golpe no tiene fuerza, y se hace raya allí donde hirió.

Borja.—¿Y no hay más juegos que los de pelota?

Centellas.—Hay tantos como aquí. Pero los maestros no permiten a los estudiantes otro juego que éste, aunque en secreto juegan a los naipes, a la taba los niños y a los dados los mozos. Nosotros teníamos un maestro llamado Anneo, que en Carnestolendas nos dejaba jugar a los naipes, aunque para éste y todos los juegos había puesto seis leyes, que estaban escritas en una tablilla.

Borja.—Dínoslas como nos relataste las demás cosas.

Centellas.—Os las diré paseando, que tengo grandes deseos de ver mi patria, que en tanto tiempo no vi.

Borja.—Montemos en mulas para pasear con mayor comodidad y decencia.

Centellas.—A mí se me da una higa de esta decencia.

Borja.—Y a mí, si se ha de decir verdad; mas pienso que eso es lo que mejor nos conviene.

Cabanillas.—Me parece bien, pero somos tres y por el gran concurso de gentes, en las calles estrechas habríamos de apartarnos los unos de los otros, con lo que se cortaría la conversación o alguno no la oiría.

Borja.—Pues vayamos a pie, enhorabuena. Entremos por este callejón a la plaza de Peñarroches.

Centellas.—Y de allí por las calles de Cerrajeros y de Confiteros, al Mercado.

Borja.—O sea la plaza de las Berzas.

Centellas.—Tanto da. Los que gusten de berzas llámenla *bercería*, y los que de frutas, *frutería*. ¡Qué mercado tan grande! ¡Qué buen orden y distribución de vendedores y mercaderías! ¡Qué olor el de estas frutas! ¡Qué variedad, cuánta hermosura y qué grande aseo! No hay huertos iguales a los que abastecen esta ciudad, ni diligencia que iguale a la del almotacén y sus ministros para que nadie engañe al comprador. ¿Es Honorato Juan aquel que va en la mula?

Cabanillas.—No, a mi parecer, porque ha poco dijo a uno de mis criados que se retiraba a su librería para estudiar. Si supiese que estábamos aquí, vendría a nuestra conversación alegre, dejando sus estudios serios.

Borja.—Dinos ya las leyes del juego.

Centellas.—Separémonos de esta multitud por la plaza de la Merced a la calle del Fumeral o de San Agustín, que son menos frecuentadas.

Cabanillas.—No nos alejemos tanto del centro de la ciudad. Más bien subamos al *Tros-Alt* por la calle

de la Bolsería. Después iremos a la calle de los Caballeros y a la casa de vuestra familia, que aun me parece que lloran a aquel héroe que se llamó conde de la Oliva.

BORJA.—O acaso dejaran el luto, alegrándose de que tal joven suceda a tan grande anciano.

CENTELLAS.—¡Cuánto me place ver la casa del Gobernador y de los Cuatro Tribunales, que parecen, Cabanillas, vinculados en vuestra familia! ¡El Civil, el Criminal, el de los Trescientos sueldos! ¡Qué edificios! ¡Qué bella ciudad!

BORJA.—Ningún sitio mejor que esta plaza y esta Audiencia para hablar de leyes. Dinos ya las del juego, que más y mejores ocasiones tendremos para alabar o decir las maravillas de nuestra ciudad.

CENTELLAS.—*Ley primera: Cuándo se ha de jugar.*—Fué criado el hombre para cosas serias, no para juegos y burlas. Mas los juegos se inventaron para recreo del ánimo fatigado de las cosas serias. Sólo, pues, se debe jugar cuando estuvieran cansados el ánimo o el cuerpo, tomando el juego no de otra suerte que la comida, la bebida, el sueño y las demás cosas que renuevan y reparan, porque tomado de otro modo sería vicio, como cuantas cosas se hacen fuera de tiempo.

Ley segunda: Con quién se ha de jugar.—Así como cuando emprendes un viaje o concurres a algún convite miras cuidadoso los compañeros que has de tener, también en el juego has de procurar que sean conocidos tuyos estos compañeros, porque con los que no lo son de verdad reza lo que dijo Plauto: *El hombre es lobo para el hombre a que no conoce* (1). Sean graciosos, joviales y corteses, con los que no haya peligro de riñas ni disputas en que digas o hagas cosa torpe o indecente. No juren, ni blasfemen, ni den suelta a palabras sucias para que de tal pestilencia no se te pegue algún vicio o mala costumbre. Y, finalmente, pónganse a jugar como tú, esto es, para alivio y descanso del trabajo.

Ley tercera: A qué juego se ha de jugar.—Ante todo a juego que se entienda, porque si se ignora no hay recreo ni para el que juega, ni para los compañeros, ni para los que miran. Se ha de procurar, mientras lo permitan la salud y el tiempo, que el juego, al par que diversión, sea ejercicio del cuerpo. Y también que no sea el juego de tal calidad que dependa todo de la suerte, sino que la experiencia y el saber corrijan los malos azares de la fortuna.

Ley cuarta: Qué se ha de apostar.—Ni se ha de jugar sin arriesgar nada, que es majadería y aun enfado, ni se ha de apostar tanto que te inquiete el juego y te sepa mal perder, porque así no sería juego, sino tormento.

Ley quinta: De qué modo se ha de jugar.—Al sentarte pensarás que vas a recrearte en el juego, comprando con algún dinero el reparo de la fatiga; que el juego es suerte, o sea cosa varia, incierta, mudable, por lo que si pierdes no sufres injuria alguna, y así el perder lo llevarás con paciencia, sin ceño, sin mostrar tristeza, sin maldecir de ti, ni de los compa-

(1) *Asinaria.* Acto I, escena IV.

ñeros ni de los mirones; y si ganas no mostrarás soberbia ni enojarás a nadie con chistes. Serás, pues, alegre, gracioso, cortés, sin truhanería ni desenfado, ni harás insinuación a nadie de tramposo, villano o avariento, ni porfiarás, ni en modo alguno, y aunque tengas razón, jurarás, que el negocio no importa tanto que hayas de poner a Dios por testigo. Recuerda que los que miran son como los jueces del juego, y cede a su dictamen sin dar señales de que no te parece bien. De esta suerte el juego es recreo, y también grata y generosa educación de un mancebo hidalgo.

Ley sexta: Cuánto tiempo se ha de jugar.—Hasta que conozcas que te reparaste y renovaste para el trabajo, y te llamen los negocios serios. Quien lo contrario hiciere, hará mal. ¡Queredlo y hacedlo así, caballeros!

BORJA Y CABANILLAS.—¡Como lo pides!

EL CUERPO DEL HOMBRE POR DEFUERA

DURERO *(pintor)*, GRINEO *y* BELÍO.

DURERO.—¡Idos de aquí! Bien sé que no me compraréis nada, que me estorbaréis, y que impediréis que se acerquen los compradores.

GRINEO.—Sí, queremos comprar, con tal de que nos dejes señalar el precio a nosotros, fijando tú el plazo, o que nosotros señalemos el plazo y tú el precio.

DURERO.—¡Lindo negocio! Yo no necesito de esos enredos.

GRINEO.—¿De quién es esta imagen y qué precio tiene?

DURERO.—De Escipión el Africano, y la vendo por seiscientos sextercios o poco menos.

GRINEO.—Antes de que ajustemos la venta te ruego que nos permitas examinar el arte de la pintura. Este Belío es medio físico y peritísimo en el conocimiento del cuerpo humano.

DURERO.—Desde luego entendí que me enredaríais; pero mientras no haya compradores, chanceaos cuanto queráis.

GRINEO.—¿Llamas chanzas al conocimiento e inteligencia de tu arte? ¿Qué dirías de los entendidos?

BELÍO.—Primeramente pintaste la coronilla de la cabeza muy espesa de cabellos y éstos lisos, cuando la coronilla se llama en latín *vertex*, que viene de *vortex*, o sea remolino, porque revuelve y confunde los cabellos como en un río se arremolina el agua.

DURERO.—¿No consideras, necio, que está mal peinado cual se acostumbraba en aquellos tiempos?

BELÍO.—La una parte de la mollera es distinta de la otra.

DURERO.—Es que siendo soldado y guardando a su padre junto al río Trebia, le dieron una cuchillada.

GRINEO.—¿Dónde leíste esto?

DURERO.—En las *Décadas* perdidas de Tito Livio

BELÍO.—Las sienes aparecen algo hinchadas.

DURERO.—Si estuvieran hundidas ello sería señal de loco.

BELÍO.—Quisiera ver el cogote.

DURERO.—Vuelve la tabla.

GRINEO.—¿Por qué, entre otras sentencias, dijo Catón: «Antes que el cogote está la frente»?

DURERO.—¡Cuán necios sois! ¿Acaso no veis de todo hombre primero la frente que el cogote?

GRINEO.—A algunos antes los veo por detrás que por delante.

DURERO.—Y yo también veo así a muchos, y con gusto a los compradores como vosotros, y a los hombres de armas.

BELÍO.—Quiso dar a entender Catón que «donde no está el dueño allí está su duelo». Mas, ¿por qué pintaste tan largos los cabellos que coronan la frente?

DURERO.—¿Hablas de esos del copete?

BELÍO.—Sí.

DURERO.—No encontró barbero en los muchos meses que estuvo en España.

BELÍO.—¿Por qué, contra la etimología, pintaste ese entrecejo tan velludo?

DURERO.—Pues arráncale tú mismo los pelos.

BELÍO.—Como eres tan astuto, de esos pelos que le salen de las narices le echarás la culpa al barbero.

DURERO.—Necio, ¿no consideras que las costumbres de aquella edad hacían a los hombres adustos, melancólicos y como silvestres?

BELÍO.—Ignorante, ¿no leíste que este Escipión fué el más pulido, aseado y cuidadoso de su persona entre los hombres de su tiempo?

DURERO.—Le pinté como cuando estaba desterrado en Linterno.

GRINEO.—El sobrecejo es mayor de lo que conviene a un latino; los párpados son muy cóncavos y las mejillas están demasiado hundidas.

DURERO.—De las fatigas y privaciones del campamento.

GRINEO.—No sólo eres pintor, sino retórico, y muy experimentado en copiar las faltas.

DURERO.—Y por lo que veo, vosotros sois diestros en verlas.

BELÍO.—Tiene muy hinchados los carrillos y los labios.

DURERO.—Tocaba la trompeta.

Grineo.—Y tú bebías del jarro cuando pintabas estas cosas.

Belío.—O de un pellejo. En esta otra parte le pintaste pelado y no le pusiste pelos en los párpados.

Durero.—Los perdió en una enfermedad.

Grineo.—¿Cuál enfermedad?

Durero.—Pregúntaselo a su médico.

Grineo.—¿Y no entiendes que por esta tan grande ignorancia tuya habrían de rebajarse cien sextercios en el precio del cuadro?

Durero.—Mas bien creo que se deberían añadir doscientos por vuestras burlas y cansadas e impertinentes preguntas.

Belío.—Las niñas de los ojos son de color verdoso y yo oí decir que las tenía de color azul.

Durero.—Y yo tengo entendido que de color turquesado, como la Minerva guerrera.

Belío—Pintaste muy carnosos los lagrimales y arrasados en lágrimas los párpados de abajo.

Durero.—Lloraba acusado de Catón.

Belío.—La quijada es larga y la barba espesa y abundante: se diría que los pelos son cerdas de puerco.

Durero.—Y vosotros sois harto habladores y unos fisgones y entrometidos. Idos pronto; ya no veréis más mi tabla.

Belío.—Amado Durero, déjanos con nuestras burlas mientras no haya compradores.

Durero.—¿Qué me daréis en cambio?

Belío.—Pues cada uno escribirá un dístico para que vendas mejor la tabla.

Durero.—No necesita mi arte de vuestras alabanzas, porque si los compradores son entendidos en pintura, no estimarán los versos, sino mi habilidad.

Belío.—Tiene muy abiertas las narices.

Durero.—Sentía ira contra sus acusadores.

Belío.—No se ve bien el labio inferior.

Durero.—Lo tapa la barba. Tampoco veréis el mentón ni la papada.

Grineo.—Pintando esta grande barba abreviaste muchas cosas.

Belío.—A mí me placen este cuello derecho y musculoso y estas clavículas.

Durero.—¡Ya era hora de que encontraras algo de tu gusto!

Belío.—Mas aun en esto hallo alguna falta. No tiene las clavículas bastante cóncavas, lo que, según un fisionómico de Sócrates, era señal de ingenio tardo. Me hubiese gustado que los hombros y la espalda fuesen más derechos y más anchos.

Durero.—Era menos soldado aguerrido que capitán. ¿No lo oíste? Diciendo de él unos soldados que no era tan valiente soldado cuanto sabio capitán, él les respondió: «Mi madre me parió capitán y no soldado»... Mas idos presto si no habéis de comprar, que aquí vienen unos mercaderes.

Belío.—Vamos a pasear y entre nosotros, sin Escipión ni tabla, hablaremos del cuerpo humano. Parece mal la nariz roma en un rostro noble.

Grineo.—¿O la aplastada, cual la de los hunos?

Belío.—No hablemos de tales monstruos.

Grineo.—Los de nariz roma son menos feos. Los persas estimaban a los de nariz aguileña, venerando

por ello a Ciro, de quien dicen que tenía aguileña la nariz.

Belío.—El codo y la sangría son en el brazo lo que en la pierna la corva y la rodilla; de ellos arrancan los morcillos, y por estos músculos se llaman morcillados los brazos y las piernas.

Grineo.—¿No sirve el codo de medida?

Belío.—Ciertamente, y *ancon* significa codo.

Grineo.—¿De dónde se llamó Anco a un rey de los romanos?

Belío.—Del codo, que le tenía encorvado.

Grineo.—Sigue la mano, el mejor de todos los instrumentos, dividida en los dedos pulgar, índice, medio y también infame, mediano y meñique.

Belío.—¿Por qué se llama infame al de en medio? ¿Qué maldad se le imputa?

Grineo.—El maestro dijo que él sabía la causa, pero que no quería tratarla ni decirla porque era indecente. No quieras tú conocerla, porque no conviene a los mancebos de buena índole saber cosas torpes y deshonestas.

Belío.—Mas los griegos llaman *dactylicon*, o dígase anular, al dedo inmediato al pequeño o meñique.

Grineo.—Es verdad; pero ello se refiere a la mano izquierda y no a la derecha, porque en lo antiguo se acostumbraba llevar en aquélla y en aquel dedo los anillos o sortijas.

Belío.—¿Por cuál razón?

Grineo.—Dicen que hay una vena que va desde el corazón a ese dedo, así que cuando se le ciñe y adorna con un anillo es como si se coronase el corazón. Las junturas de los artejos de los dedos se llaman cóndilos y nudillos, que, unidos y doblados, son el puño. A las falanges o artejos los llaman los latinos *artus* y *articuli*. Cuentan que Tiberio César los tuvo tan fuertes que con el dedo atravesaba una manzana verde.

Belío.—¿Sabes Quiromancia?

Grineo.—Ni aun oí tal nombre. ¿Por qué lo preguntas?

Belío.—Porque nos hubieses adivinado algo por las rayas de las manos.

Grineo.—Contesté que no sabía lo que es Quiromancia, y así es la verdad. Mas si ahora te dijese que tengo nociones de ella, y mirase atento tu mano, de cierto que me escucharías con gusto y hasta creerías las imposturas de un hombre ignorante.

Belío.—¿Y por qué?

Grineo.—Porque así es el ingenio del hombre: oír con agrado a los que anuncian cosas ocultas o por acaecer.

Belío.—¿De dónde viene el nombre de *Scévola?*

Grineo.—Es, como si dijésemos, *scævas*, del nombre *scæva*, que quiere decir «mano izquierda» o «siniestra». Aseguran que entre las mujeres hay más zurdas que entre los hombres.

Belío.—¿Qué quiere decir *vola?*

Grineo.—La concavidad o palma de la mano, en que están las rayas.

Belío.—¿Y qué *involare?*

Grineo.—Lo que tú harías de buena gana: tomar

lo ajeno, hurtar. Es como si dijéramos cerrar la palma de la mano escondiendo algo en ella, y también significa sacar los ojos con las uñas, como hizo con una criada suya aquella rabiosísima Lucrecia. Fuera de la cabeza, lo que queda del cuerpo es el tronco, y del tronco el pecho. La cavidad del pecho, hasta el ventrículo y las costillas, es, en verdad, cavidad interior, porque la exterior, entre los brazos, se llama seno. Bajo el ventrículo está el vientre, y bajo lo último del vientre el *pecten* (1) y las partes pudendas o vergonzosas.

BELÍO.—¿Acaso no es más vergonzosa la parte posterior?

GRINEO.—Las dos son vergonzosas: la posterior, por su fealdad; la anterior, por su deshonestidad. *Femur*, que en lo antiguo llamaban *femen*, es el *muslo*, que se usa más en plural, los muslos. Después de la rodilla está la pierna, cuyo hueso se llama *tibia* y también canilla. La parte carnosa y gruesa de detrás es la pantorrilla. Y viene, finalmente, el pie, semejante a la mano en que también tiene dedos y palma, que se llama planta y que es el suelo del pie.

BELÍO.—¿Cómo? ¿Acaso no es huella o señal lo que deja en el suelo la pisada del pie? (2).

GRINEO.—Es eso y también la planta del pie.

BELÍO.—¿Sabes en cuáles partes del cuerpo tienen asiento las virtudes?

---

(1) El traductor pensó que debía dejar en latín esta palabra, y e revisor sigue su dictamen.

(2) Emplea Vives en ambos casos la voz latina *vestigium*—«vestigio, huella»—, de donde nace el equívoco. *(N. del R.)*

GRINEO.—¿En cuáles?

BELÍO.—La vergüenza, en la frente; la verdad y la confianza, en la mano derecha; la misericordia, en las rodillas.

GRINEO.—La planta del pie ¿no es el suelo del pie?

BELÍO.—Pues muchos juzgan que no lo es.

GRINEO.—Y Plinio escribe que hay gentes que al medio día hacen sombra con la planta del pie: tan desmesurados y grandes los tienen. ¿Cómo puede ser esto?

BELÍO.—En verdad que desde el hueso en que se mueve el pie hasta los dedos todo es planta.

LA EDUCACION

FLEXÍBULO, GRINFERANTES *y* GORGOPAS.

FLEXÍBULO.—¿Para cuál fin te envió a mí tu padre?

GRINFERANTES.—Dijo de ti que eras hombre bien criado y educado en la sabiduría, por lo cual eras bienquisto de los ciudadanos, y desea que yo, siguiendo tu ejemplo, llegue también a ser acepto del pueblo.

FLEXÍBULO.—¿Cómo piensas lograrlo?

GRINFERANTES.—Con la buena educación, que todos reconocen en ti. Más dijo mi padre, y es que esa buena educación mejor me conviene a mí que a otro cualquiera.

FLEXÍBULO.—Hijo mío, dime cómo pudo tu padre instruírte de todo esto.

GRINFERANTES.—Más que mi padre me instruyó un tío mío, hombre anciano, experto y muy hecho a la corte de los reyes.

FLEXÍBULO.—¿Y por qué no te enseñan ellos, hijo y amigo mío?

GORGOPAS.—Cuidado, varón prudentísimo, no sea que por ignorancia digas o hagas el indiscreto y rústico, con lo que pierdas la opinión de bien educado.

FLEXÍBULO.—¿Es que por un leve descuido se pierde entre vosotros la buena opinión?

GORGOPAS.—Por una palabra, no más; por el doblar la rodilla, hasta por una inclinación de cabeza.

FLEXÍBULO.—¡Delicada y frágil cosa es entre vosotros la buena opinión! Entre nosotros es muy robusta y firme.

GORGOPAS.—Son nuestros juicios cual nuestros cuerpos, que no sufren descuido.

FLEXÍBULO.—Mejor dirías que no sufren los entendimientos el descuido de los cuerpos.

GORGOPAS.—De cierto no conoces quién es éste; por eso le llamas hijo y amigo.

FLEXÍBULO.—¿Acaso no son los dos nombres honestos y benévolos?

GORGOPAS.—Sí que son benévolos, lo que nosotros en verdad estimamos en poco; pero no son de cortesía y agasajo, cosas tras de las cuales vamos ansiosos. Entre nosotros se dice «señor» y no «amigo». ¿Acaso no reparaste que antes se pone el señor que el apellido y que los criados visten de distintos colores? ¿No recuerdas cuántos cirios ardían en las exequias del abuelo de éste, ni cuántos escudos de armas había allí, ni cuántos hombres enlutados?

FLEXÍBULO.—¿Entonces tú quieres ser señor de todos y amigo de ninguno?

GRINFERANTES.—Eso me enseñaron mis parientes.

FLEXÍBULO.—Señor, tu excelencia me mostrará los documentos de sus preclaros parientes.

GORGOPAS.—Paréceme que te burlas sin razón de este mancebo, y no haces bien.

GRINFERANTES.—Primeramente yo vengo de progenie tan buena que no reconoce superior en toda la

provincia, por lo que he de procurar con todas mis fuerzas no desdecir del valor que mis mayores adquirieron con tanta honra, no cediendo a nadie en dignidad, ni en autoridad, ni en lo que se debe a mi apellido. Yo vengo obligado a hacer lo mismo. Si alguno pretende menguar en algo estas dignidades, al punto he de sacar contra él mi espada. Cuanto al dinero, he de ser liberal; cuanto a la honra, tacaño. Y también cortés y atento, por lo que conviene que yo y los de mi calidad saludemos a los demás, les hagamos en la calle lugar por donde pasen, los acompañemos al entrar en casa y al salir, nos quitemos el sombrero haciendo reverencia, y no porque merezca nadie que yo me conduzca así, sino porque tal es el modo de ganar el afecto y favor de los hombres, y el aplauso del pueblo, y de acrecentar la honra que tenemos en los labios y en el corazón. En esta crianza estriba la diferencia que hay entre el noble y el villano. El noble está acostumbrado a hacer todo esto con destreza, y el villano, como rústico que es, no sabe hacerlo.

FLEXÍBULO.—¿Y qué opina tu excelencia de semejante educación?

GRINFERANTES.—¿Qué he de opinar? Que es óptima y digna de mi linaje.

FLEXÍBULO.—¿Tienes más que preguntarme?

GRINFERANTES.—Nada más que recuerde. Ni te hubiese preguntado antes, a no ser la voluntad de mi padre, que me encargó, o mejor dicho me mandó con todo rigor, que viniese a verte para que si conocieras alguna cosa oculta, o, como si dijéramos, algún

misterio sagrado de esta educación con que se pueda lograr más honores, al punto me lo comuniques para que nuestra familia, ya honrada y nobilísima, suba a grado más alto, porque hay ahora muchos hombres que, fiados en su opulencia, sin dignidades, ni honores, por esas riquezas suyas, se levantan, y miran como a iguales a los linajes nuestros de antigua nobleza.

FLEXÍBULO.—¡Cosa nefanda!

GRINFERANTES.—¿Verdad que sí?

FLEXÍBULO.—Aun un ciego lo vería.

GRINFERANTES.—Y estos hombres de que hablo pasean siempre con copioso séquito de pajes y lacayos, lucen vestidos ricos de seda o de velludo, todos bordados, así que junto a ellos nosotros parecemos tanto como nada, y que si vestimos paño frisado es para encubrir nuestra pobreza. El premio al trabajo que mi padre te pide será recibirte en nuestra familia, gozar de la gracia de ella y de la mía, que con el tiempo te hagamos algún beneficio y que siempre seas como cliente nuestro y disfrutes de nuestra protección.

FLEXÍBULO.—¡Qué más se puede pedir, ni qué más puedo desear! Y ahora, dime: si te quitas el sombrero, dejas lugar en la calle, saludas con reverencia, ¿cuál será el motivo por que agrades a aquellos con los que conversas?

GRINFERANTES.—Pues por haber hecho aquellas cosas.

FLEXÍBULO.—Todas esas cosas no son sino señales exteriores por las que se colige que dentro de ti

hay algo que te hace amable; pero ninguno estima aquellas cosas por sí mismas.

GRINFERANTES.—¿Y por qué no han de amarlas cuantos son de buen trato y conversación, y más los nobles e hidalgos?

FLEXÍBULO.—Estás muy atrasado, te lo digo hablando entre nosotros, y, sin embargo, tú crees haber llegado al final.

GRINFERANTES.—No necesito aprender letras ni erudición. Mis mayores me dejarán con qué vivir, y si ello me faltara no lo he de buscar en el ejercicio de esas artes tan viles, sino con las armas.

FLEXÍBULO.—Con arrogancia y altivez hablaste, casi como si por ser noble dejaras de ser hombre.

GRINFERANTES.—¡Mira lo que dices!

FLEXÍBULO.—¿En qué eres tú hombre?

GRINFERANTES.—En todo yo.

FLEXÍBULO.—Si lo eres por el cuerpo no más, ¿te diferencias algo de las bestias?

GRINFERANTES.—No, en verdad.

FLEXÍBULO.—Luego no lo eres todo tú, porque tienes razón y entendimiento.

GRINFERANTES.—¿Cómo?

FLEXÍBULO.—Porque si dejas el entendimiento inculto y silvestre, cuidando no más que del aliño y compostura del cuerpo, de hombre te conviertes en bruto. Pero tornemos a lo nuestro, que de ello nos apartaríamos mucho, con esta digresión, si accediera a mi deseo. Cuando tú dejas lugar en la calle y te quitas el sombrero, ¿qué concepto piensas que forman de ti los demás?

GRINFERANTES.—Pues que soy noble, cortés y que estoy bien educado.

FLEXÍBULO.—Duro eres de entendimiento. ¿Por ventura no oíste hablar en tu casa de alma, de probidad, de modestia y de moderación?

GRINFERANTES.—Eso lo oí, pero en la iglesia a los predicadores.

FLEXÍBULO.—Cuando los que encuentras te ven hacer tales cosas juzgan que tú eres un mancebo bueno, que todo lo haces por el buen concepto que de ellos tienes y porque te consideras a ti mismo con modestia, y de esta opinión nace el favor y la buena voluntad de ellos para contigo.

GRINFERANTES.—Explícame eso con más claridad.

FLEXÍBULO.—A eso voy. Si los hombres pensasen que la soberbia te llevaba a considerarlos por debajo de ti, y que, con todo, te quitabas el sombrero y les hacías reverencia—no por honra que les era debida, sino por conveniencia tuya—, ¿crees que habría entre ellos alguno que te lo agradeciera y que estimara tu falsa y simulada cortesía?

GRINFERANTES.—¿Y por qué no?

FLEXÍBULO.—Porque lo que haces no es por ellos, sino por ensalzarte tú y por ti mismo, y ¿quién se considerará obligado por aquello que hiciste por ti y no por él? ¿Acaso podría yo admitir como honra hecha a mí lo que hicieras, no por lo que yo merezca, sino para honrarte tú mismo?

GRINFERANTES.—Eso creo.

FLEXÍBULO.—Luego la buena voluntad de los demás se aquista por la honra que a ellos se les hace y

no porque se los honre para que a ti te tengan por más noble y cortés. Y esto no ocurriría si ellos pensasen que no te consideras inferior a ellos y que tu cortesía es la debida.

GORGOPAS.—En verdad que no es eso.

FLEXÍBULO.—Aun cuando fuese mentira habría que engañar a los demás, pues de otro modo no lograrías lo que deseas.

GRINFERANTES.—¿Qué modo hay de lograrlo?

FLEXÍBULO.—Un modo fácil, si atiendes.

GRINFERANTES.—Dile, que para ello vine a ti, y siempre estarás bajo nuestra tutela.

FLEXÍBULO.—¡Poco madura está esa fruta!

GRINFERANTES.—¿Qué refunfuñas?

FLEXÍBULO.—Digo que sólo hay un modo: que seas cual quieras ser tenido de los demás.

GRINFERANTES.—¿Cómo?

FLEXÍBULO.—Si quieres calentar algo, ¿lo lograrás con fuego pintado?

GRINFERANTES.—No; pero sí con el verdadero.

FLEXÍBULO.—Si quieres cortar, ¿lo harás con un cuchillo pintado en un lienzo?

GRINFERANTES.—No; pero sí con un cuchillo de hierro.

FLEXÍBULO.—Así que las cosas verdaderas son distintas de las cosas fingidas.

GRINFERANTES.—Eso parece.

FLEXÍBULO.—Luego no es lo mismo fingir modestia que sentirla. Lo fingido alguna vez se descubre o manifiesta; lo verdadero permanece siempre. Fingiendo modestia, alguna vez en público o en privado

harás o dirás inadvertidamente—que no siempre serás dueño de ti mismo—algo con que declares el fingimiento, y cuantos lo conozcan te aborrecerán tanto y aún más cuanto antes te amaran.

GRINFERANTES.—¿De cuál modo podré yo practicar la modestia que me mandas?

FLEXÍBULO.—Si estás siempre persuadido, lo que es verdad, de que los demás son mejores que tú.

GORGOPAS.—¿Mejores? ¿Dónde? Creo que en el cielo, porque en la tierra pocos hay que igualen a éste; ninguno que sea mejor.

GRINFERANTES.—Eso oí decir a mi padre y a mi tío.

FLEXÍBULO.—¡Cuán lejos de la verdad lleva la ignorancia del valor de los vocablos! ¿A qué llamas bueno? Así sabremos si hay alguno mejor que tú.

GRINFERANTES.—No lo sé; bueno es haber nacido de buenos padres.

FLEXÍBULO.—¿No sabes cuál cosa es buena y ya entiendes lo que es mejor? ¿Llegas a los comparativos sin saber los positivos? ¿Y cómo sabes que tus padres y antepasados son buenos? ¿En cuál señal lo conoces?

GRINFERANTES.—¿Cómo, niegas que sean buenos?

FLEXÍBULO.—Si no los conocí, ¿cómo puedo decir nada en favor ni en contra de su bondad? Te vuelvo a preguntar: ¿cómo conjeturas tú que son buenos?

GRINFERANTES.—Porque todos lo dicen. Pero te ruego me manifiestes a qué fin van encaminadas tus preguntas impertinentes.

Flexíbulo.—No son impertinentes, sino necesarias para que puedas entender lo que solicitas de mí.

Grinferantes.—Te pido que seas breve.

Flexíbulo.—Muchas palabras serían necesarias para explicarte lo que ignoras; mas como estás enojado lo diré con mayor brevedad de lo que requiere cosa tan importante. Escucha y mírame atento. ¿A quién se ha de llamar sabio? ¿Acaso al que tiene ciencia? ¿Y a quién rico, sino al que posee riquezas?

Grinferantes.—Claro está.

Flexíbulo.—¿Y a quién se ha de llamar bueno, sino al dotado de buenas cualidades?

Grinferantes.—No se puede negar.

Flexíbulo.—Dejemos ahora las riquezas, que no son bienes verdaderos, pues de serlo hallarías a muchos mejores que tu padre, y los mercaderes y usureros serían mejores que los hombres buenos y sabios.

Grinferantes.—Lo veo como tú lo dices.

Flexíbulo.—Medita con atención y cuidado cada una de las cosas que te voy a decir: ¿No es bueno el ingenio agudo y perspicaz; el juicio sano, maduro y cabal; la erudición varia de las cosas útiles y grandes; la prudencia y el ejercicio en los asuntos de importancia; el consejo, la destreza en los negocios? ¿Qué dices de todo esto?

Grinferantes.—En verdad que aun los nombres solos me parecen hermosos y magníficos, cuanto más lo que significan.

Flexíbulo.—Sigamos. ¿Qué diremos de la sabiduría, de la piedad, del amor a Dios, a la patria, a los padres y a los amigos, de la justicia, de la templanza, de la magnanimidad, de la fortaleza en las desgracias, del valor en las adversidades? ¿Qué son, en verdad, todas estas cosas?

Grinferantes.—Excelentes en extremo.

Flexíbulo.—Pues sólo éstos son bienes del hombre, porque las demás cosas que pudiésemos referir lo mismo pueden ser bienes que males, por donde no son bienes. Pon atención y guarda esto en la memoria.

Grinferantes.—Lo haré.

Flexíbulo.—Mucho lo deseo, porque no tienes mal ingenio, aunque sin pulir. Recapacita en tu ánimo si tú posees todos esos bienes, y si algunos tuvieres, cuán pocos serán y cuán flojos; y cuando discreta y agudamente lo hubieres examinado, entenderás al cabo que no estás ornado ni instruído de grandes ni de muchos bienes, y que no hay entre la plebe quien tenga menos que tú. En la multitud hay ancianos que vieron y oyeron muchas cosas, con lo que tienen grande experiencia de ellas; hay hombres aficionados al estudio, con lo que realzan y pulen su ingenio; hay otros que gobiernan la república; otros diligentes en el manejo de los autores y muy versados en su lectura; otros que son vigilantes y cuidadosos padres de familia; otros que profesan las artes, y son óptimos en el ejercicio de ellas. Aun los mismos labradores, ¿cuántas cosas no logran de los arcanos de la Naturaleza? ¿Y los marineros, que han de saber el curso de los días y las noches, la naturaleza de los vientos, la situación de tierras y de mares? Y en la plebe hay varones santos, que honran y

veneran a Dios piadosamente; los hay, asimismo, que supieron gobernarse con moderación en la prosperidad y sufrir con valor las desgracias y estrecheces. ¿Qué sabes tú de todo esto? ¿En cuál de estas cualidades te ejercitas? ¿Cuál practicas? En verdad en nada, salvo aquello de «nadie es mejor que yo porque soy hijo de buenos padres». ¿Y tú, que aún no eres bueno, puedes ser mejor? Ni tus padres, ni tus abuelos, ni tus bisabuelos han sido buenos como no hayan tenido las cosas que te dije, y averiguar si las tuvieron o no—aunque yo lo dudo—es negocio tuyo. Y aunque las hayan tenido, tú no serás bueno si no los imitas.

GRINFERANTES.—Me dejas confuso y avergonzado: nada tengo que decir en contrario.

GORGOPAS.—Pues yo no entendí nada; todo lo que dijiste me ofuscó.

FLEXÍBULO.—Porque llegaste aquí rudo, inculto para estas nociones, e inficionado y esclavo de opiniones muy distintas de éstas. Y tú, mancebo, ¿cómo quieres que te llamemos ahora: señor, o esclavo?

GRINFERANTES.—Esclavo, porque si todo es como dijiste—y pienso que no hay nada más cierto—, muchos siervos son mejores y valen más que yo.

FLEXÍBULO.—Para que cuanto te dije se grabe bien en tu ánimo, retírate a tu casa y piensa a solas, repasándolo y meditando bien, que cuanto más lo repasares más cierto entenderás que es.

GRINFERANTES.—Ruégote que me digas algo más, porque con sólo esta hora conozco que soy tan otro, que me parece no ser lo que era antes.

FLEXÍBULO.—¡Ojalá aconteciera contigo lo que con Polemón el filósofo!

GRINFERANTES.—¿Qué aconteció?

FLEXÍBULO.—Pues que con sólo oír a Jenócrates una oración, de perverso y perdido que era, aficionóse al estudio y a la práctica de las virtudes, y tan sabio y virtuoso llegó a ser, que sucedió a Jenócrates en la Academia. Y tú, hijo mío, luego que conocieres lo que te falta para ser bueno—lo que a muchos les sobra—, de todas veras considerarás que los demás te aventajan y honrarás en ellos la bondad de que los ves adornados y que a ti te falta. Entonces el conocimiento de ti mismo hará que te consideres con disgusto y te tengas en poco, de modo que no encontrarás a nadie tan abatido a quien tu conciencia no le anteponga a ti mismo. Y no podrás persuadirte de que hay otro peor que tú, aunque se muestren su malicia y falsedad, porque entonces pensarás que tú ocultas cauteloso la tuya.

GRINFERANTES.—¿Y qué se seguirá de ahí?

FLEXÍBULO.—Si hicieres lo que te digo, lograrás la educación y urbanidad verdaderas y firmes, y aun lo que ahora llamamos cortesanía. Entonces serás bienquisto de todos y grato, aunque tú no cuides de conseguirlo, porque siempre—y éste ha de ser tu mayor cuidado—habrás de ser grato a Dios eterno.

LOS PRECEPTOS DE LA EDUCACION

BUDEO *y* GRINFERANTES.

BUDEO.—¿A qué se debe esta tan grande y súbita mudanza? Podríamos ponerla en las *Metamorfosis* de Ovidio.

GRINFERANTES.—¿Para mal, o para bien?

BUDEO.—Para bien, en mi opinión, como puede estimarse y colegirse de tu aspecto pulido, de tu semblante, de tus palabras, de tus acciones y de tu buena mente.

GRINFERANTES.—Bien puedes darme la enhorabuena, caro mío.

BUDEO.—En verdad que no sólo te doy el parabién, sino que asimismo te pido que prosigas en tan buen camino, y hasta ruego a Dios y a los santos que cada día acrecienten este tan buen vivir tuyo. Mas te suplico no ocultes a este amigo que tanto te quiere el arte noble y excelente que en tan breve tiempo tanto bien derrama en el corazón del hombre.

GRINFERANTES.—El arte, la fuente de que nace arroyo tan abundoso, es Flexíbulo, a quien acaso conozcas.

BUDEO.—¿Quién habrá que no conozca a hombre de tan grande prudencia y experiencia de las cosas, tan notable en la ciudad, tan querido y venerable, según oí decir a mi padre y a los mayores? ¡Oh, dich so tú que le oíste de cerca y le trataste familiarmente, de donde sacaste tanto fruto para la recta compostura de tus costumbres!

GRINFERANTES.—¡Más dichoso eres tú porque, según dicen, tu casa es madre de estos bienes y puedes oír a tu padre—y esto cada día y cuando quisieras y no cual yo alguna que otra vez—, que trata las cosas más grandes y útiles con discreción y sabiduría!

BUDEO.—Dejemos esto; hablemos de ti y de Flexíbulo.

GRINFERANTES.—Callemos lo relativo a tu padre, ya que así lo quieres, y volvamos a Flexíbulo. Nada hay tan dulce como las palabras de este hombre; nada tan cuerdo como sus consejos; nada tan grave, tan prudente y tan santo como sus preceptos. Así, el gusto de oírle aumentó y encendió en mí la sed de beber en fuente tan dulcísima y pura de sabiduría. Cuentan los que describen el Orbe que hay en él fuentes de tan admirable calidad y tal naturaleza, que unas embriagan, otras quitan la embriaguez, otras producen estupor, otras ocasionan sueño. Esta fuente en que yo bebí tiene la virtud de convertir al bruto en hombre; hacer bueno al malo y perdido; hacer del hombre ángel.

BUDEO.—¿Y no podría yo acercar mis labios a tal fuente?

Grinferantes.—¿No has de poder? Yo te mostraré la casa en que habita Flexíbulo.

Budeo.—Será en otra ocasión. Ahora paseando, o sentados si quieres, dime algunos de sus preceptos; los que a tu juicio sean mejores.

Grinferantes.—De bonísima gana, no ya para darte gusto y para tu provecho, mas también para recordarlos. Lo primero que me enseñó es que cada uno debe sentir de sí no con soberbia, sino con modestia, y, aún mejor, con humildad; que éste es el fundamento firme y propio de la buena educación y de la educación verdadera. Que para ello se ha de cultivar y adornar el alma con el conocimiento de las cosas, con el saber y con el ejercicio de las virtudes, y que de otro modo el hombre no es hombre, sino bestia. Que a las cosas sagradas se ha de asistir con grande atención y reverencia, pensando que cuanto allí vieres y oyeres es admirable, divino y sagrado y que excede a tu capacidad. Que debes encomendarte con frecuencia a Jesucristo, poniendo en El tu esperanza y confianza. Que has de ser obediente a tus padres, sirviéndolos, asistiéndolos y haciéndoles cuanto bien puedas, siéndoles de provecho y ayudándolos, y que también has de amar y respetar a los maestros como a padres, ya que no del cuerpo, del alma, que es más. Que se debe reverencia a los sacerdotes y obediencia a su doctrina, como representantes que son de los apóstoles y aun del mismo Cristo. Que se debe cortesía a los ancianos, quitándoles el sombrero, y escucharles con atención porque con el largo uso de las cosas adquirieron prudencia. Que se debe honrar a los magistrados y obedecerlos en lo que mandaran, porque Dios les encomendó el cuidado de nosotros. Que se escuche, admire y respete a los hombres de ingenio, erudición y bondad, deseando su bien y apeteciendo su amistad y familiaridad, de la que se sigue mucho provecho para llegar a ser cual ellos. Finalmente, se debe acatamiento a cuantos tienen alguna dignidad, y por esto, y de bonísimo talante, se ha de ser cortés con ellos. ¿Qué dices de todos estos preceptos?

Budeo.—Que tales sentencias fueron sacadas de algún divino prontuario de la prudencia. Pero, dime: ¿no hay entre los constituídos en dignidad muchos hombres indignos, como son sacerdotes no merecedores de tan grande nombre, magistrados depravados, y ancianos necios y locos? ¿Qué decía de esto Flexíbulo? ¿Acaso que se los debía honrar como a los mejores?

Grinferantes.—No ignoraba Flexíbulo que no son pocos los tales; mas no permitía que a nuestra edad estableciésemos nosotros diferencias, porque aún carecemos de la prudencia y del saber necesarios para juzgar. Tal juicio ha de dejarse a los hombres sabios y también a los encargados del gobierno de las dignidades.

Budeo.—Veo que esto es cierto.

Grinferantes.—Añadía que el mancebo no debe ser tardo en quitarse el sombrero, en hacer reverencia, en honrar a cada cual como merezca, hablándole con modestia. Ni se debe ser locuaz con los mayores y superiores, porque ello es contrario al respeto que

se les debe, antes se les ha de escuchar en silencio, aprendiendo de ellos la prudencia, el conocimiento de las cosas varias y el modo de hablar clara, rectamente y con expedición. Breve es el camino de la ciencia para el diligente en escuchar. Al prudente y al de ingenio agudo toca juzgar las cosas, y a cada uno de aquellos que conozca bien, y por esto decía que no se debe sufrir que el mancebo sea ligero en hablar y definir, sino que debe ir despacio o con recelo en resolver y juzgar de las cosas por livianas que fueren, como quien conoce su ignorancia. Y si así ha de ser en lo pequeño y sin importancia, ¿qué no será cuando se trate de letras, ciencias, leyes de la patria, usos, costumbres e instituciones de los mayores? De éstas no permitía Flexíbulo al mancebo que juzgara; pero ni aun que opinase y discutiese, ni siquiera que cavilara en ellas, sino que obedeciese en silencio y con modestia, confirmando el precepto con la autoridad de Platón, varón de grande sabiduría.

BUDEO.—¿Y cuando las leyes y las costumbres privadas son malas, inicuas y tiránicas?

GRINFERANTES.—De esto opinaba Flexíbulo lo que de los ancianos. «No ignoro, en verdad—decía—, que en la ciudad se introdujeron ordenanzas y costumbres nada buenas; que si hay leyes santas las hay injustas; mas ¿cómo podrás tú discernirlo si aún ignoras las cosas de la vida? Ni por tu inteligencia ni por el uso de las cosas llegaste a tal estado que puedas juzgar: acaso la ignorancia o la vehemencia te llevase a reputar de injustas leyes que son justas y

que fueron puestas con mucho consejo, y, al revés, que son buenas leyes que sería justo abolir. Deja que inquieran, disputen y definan los que pueden, que tú no puedes.»

BUDEO.—Es verdad; sigue.

GRINFERANTES.—Que no hay ornamento más decente y gracioso para el adolescente que la vergüenza, ni nada tan aborrecible y feo como la impudicia. Que la ira es grande peligro en nuestra edad porque nos lleva a cometer acciones torpes de que a poco hemos de arrepentirnos, así que debemos de luchar contra ella fuertemente hasta que la derribemos, porque si no ella nos derribará. Que el hombre ocioso es como una piedra, bruto el mal ocupado y hombre sólo el bien ocupado. Que los hombres ociosos aprenden a hacer el mal. Que la comida y la bebida se han de medir por el hambre y la sed, no por la glotonería y el ansia de saciar el cuerpo; ¿ni qué cosa hay más fea que comiendo o bebiendo meta el hombre en su cuerpo aquellas cosas que le despojan de la naturaleza humana, convirtiéndole en bestia o en leño? Que la compostura del rostro muestra la disposición interior, y añadía que en lo exterior no hay espejo tan claro de lo interior como los ojos, por lo cual la mirada ha de ser apacible y quieta, no altiva, ni baja, ni inconstante, ni se ha de mirar de hito en hito, ni el semblante debe mostrar ceño, ni ha de ser torvo, sino que debe aparecer alegre y afable. Que se ha de ser limpio y puro en el vestido, en la comida y en el hablar; nuestras palabras no deben ser ni arrogantes ni tímidas, ni bajas, ni afeminadas, sino

sencillas, y nunca engañosas ni que puedan ser interpretadas en mal sentido, porque cuando esto sucede no hay palabra de qué fiarse, y hablando de cosas necias y ociosas se pierde el modo de hablar noble y generoso. Cuando hablemos no hemos de mover las manos, ni la cabeza, ni ladear el cuerpo, ni arrugar la cara, ni volverla hacia otro lado, ni menear los pies. Decía que nada hay tan feo y abominable como la mentira: la destemplanza nos hace brutos; la mentira, demonios, y la verdad casi dioses; porque Dios es el padre de la verdad y el demonio lo es de la mentira, y no hay cosa tan dañosa cual ésta para el común vivir. Que aún es mayor justicia desterrar de la compañía de los hombres al mentiroso que al ladrón, a quien hiere a otro o a quien fabrica moneda falsa. ¿Qué concordia en las cosas y qué conformidad en las palabras puede haber con el que dice una cosa y siente otra? Con todo linaje de vicios puede haber alguna concordia; con éste, ninguna. Muchas cosas decía, asimismo y con todo cuidado, acerca de las compañías y amistades de los mancebos, lo que importa mucho para la bondad o para los vicios en nuestra edad, porque las costumbres de los amigos se pegan como pestilencia, y de ordinario somos tales cuales son aquellos con los que tratamos; que, por tanto, en esto se ha de poner gran cuidado. Ni nos permitía que nosotros mismos eligiésemos nuestros amigos, sino que recibiéramos y respetáramos los que nos eligieran o cuyo trato nos toleraran nuestros padres o maestros, que, al elegir, a ellos los guía la razón, pero a nosotros nos arrastra

el deleite o alguna mala pasión: que si por algún caso encontrásemos amigos inútiles y nocivos, habiéndonos avisado de ello las personas de superior autoridad, al punto debíamos dejarlos. Decía, en verdad, otras muchas cosas no sólo grandes, sino admirables, y aun las anteriores con mayor prolijidad y exactitud. Pero lo que queda dicho era como suma y compendio de la recta educación de la juventud. //

LAUS DEO

OPTIMO MAXIMO

GLOSARIO

DE NOMBRES PROPIOS QUE APARECEN EN ESTOS «DIÁLOGOS»

Abligurino.—Nombre compuesto por Vives, que equivale a *goloso, lamiznero, lameplatos,* etc.

Abstemio.—*Abstinente, templado,* enemigo de la bebida.—Por el siglo xv floreció en Italia un buen humanista, autor de ciertas *Fábulas* escritas en óptimo latín, llamado Lorenzo Bebilagua, que mudó su apellido por el similar latino *Abstemius.* A este hombre alude Vives, sin duda.

Afelo (Claudio).—Valeroso, fortísimo y hábil jinete romano que, según cuenta Tito Livio, peleó con el campanio Tubelio Táureo, no inferior a él en ardimiento, fortaleza y destreza. Lucharon ambos montando caballos indómitos, sin estribos, sillas ni atalajes.

Agrio.—*Rudo, áspero, adusto, sincero.* Es nombre inventado por Vives, y muy del caso.

Anco (Murcio).—Nieto de Numa y cuarto rey de Roma. Llevó a la ciudad nuevos moradores, ensanchó el recinto de ella y fundó el puerto de Ostia en la desembocadura del Tíber.

Anneo.—Nombre latino muy extendido. De los

que le inmortalizaron sobresalen Lucio Anneo Floro (véase *Floro)* y más aún el gran Lucio Anneo Séneca, el filósofo maestro de Nerón.

Antrax.—Voz griega que significa *carbón.* Así se denomina a ciertos tumores de la piel (vulgarmente llamados *avisperos)* ocasionados por la suciedad, la mala alimentación o irritaciones locales.

Antronio.—Era Antrón una ciudad de Tesalia celebrada por la corpulencia de los asnos que en ella se criaban.

Apicio.—Ateneo, Juvenal, Marcial y Plinio hablan de un *Apicio* que en los días de Tiberio—y en aquellos días «culminaban» el refinamiento y la molicie—era el mayor glotón, o el más «refinado gastrónomo», de Roma. Hombre rico, gastó su fortuna en comer bien, inventando salsas y condimentos, y cuando se vió a las puertas de la pobreza se suicidó. De un Cœlio Apicio hay un tratado de *Re Culinaria.* Aun siendo antiquísimo el libro, los eruditos aseguran que el Apicio glotón y el «tratadista» no son una misma persona.

Aristipo.—Filósofo discípulo de Sócrates, de carácter dulce y fácil. Fundó una escuela que basaba la felicidad en el placer.

Asoto.—Hombre incontinente, que bebe hasta perder los sentidos, que cae bajo las mesas, vomita y allí se revuelca en la inmundicia. Es nombre inventado del griego por Vives.

Ateneo.—Escritor griego del siglo III. Su libro *El banquete de los sofistas (o de los sabios)* llegó a nuestros días, aunque no completo. Es como una enci-

clopedia, con puntas y ribetes de picaresca, y un tratado de la gastronomía de aquellos tiempos.

Baldo (Pedro).—Sabio italiano del siglo XIV que se doctoró a los diez y siete años, que explicó Derecho canónico en Bolonia, Pavía, y Perusa durante cerca de medio siglo, y que reunió una fortuna cuantiosa.

Bambalio.—Es tanto como *simple, necio* y también *tartamudo*. Por padecer tartamudez, los romanos llamaron «Bambalio» al suegro de Marco Antonio.

Bartolo (o Bártulo).—Humanista y jurisconsulto italiano del siglo XII. Fueron sus libros texto para los estudiantes hasta bien andado el siglo XVII, y tan admitidos y extendidos en España (Salamanca y Alcalá), que el nombre del autor pasó a ser elemento capital de locuciones vulgares, corrientes hoy mismo: «Preparar, coger, tomar, liar», etc., los *bártulos*.

Beatriz.—El primer nombre de mujer que escribe Vives en los DIÁLOGOS es éste; el mismo que llevaba Beatriz Portinari, la inocente amada de Dante, la que le condujo de la mano por las esferas del Paraíso.

Belío.—Apellido hidalgo, extendido en el reino de Aragón.

Borja.—De esta Casa ilustre de origen valenciano salieron los Papas Calixto III (Alfonso Borgia) y Alejandro VI (César Borgia). El Borja a que alude directamente Luis Vives es, acaso, Gaspar Jofre, varón piadoso, muy dado al estudio, que llegó a ser obispo de Segorbe y de Albarracín y asistió al Concilio de

Trento. Por los días de Vives brillaba en la Corte de Carlos V Francisco de Borja—duque de Gandía y marqués de Lombay—, gozando de la privanza del emperador y unido por vínculos de amistad y de gustos con Garcilaso. Este Borja es el que la Iglesia elevó a los altares y el sucesor de Ignacio de Loyola en el generalato de la Compañía de Jesús.

Budeo (Guillermo Budé).—Francés contemporáneo y amigo de Vives que fundó el Colegio de Francia. Siguiendo una costumbre muy extendida latinizó su apellido, convirtiendo el *Budé* en *Budæus*. Fué humanista meritísimo y se le tiene por el hombre del Renacimiento más docto en lengua y literatura griegas.

Cabanilles.—Apellido de origen valenciano, ilustrado por muchos varones.

Calabria (Duque de).—Alude Vives a D. Fernando de Aragón, nieto del Rey Católico Fernando. Fué arzobispo de Zaragoza después de los días de Vives. Escribió mucho, aunque casi todo lo que escribió permanece inédito.

Caria.—Comarca de Asia Menor a la que en los tiempos antiguos dió renombre la sordidez, hipocresía y avaricia de sus moradores. De Caria, nombre mitológico y de una ciudad de Laconia consagrada a Diana, viene *cariátides*.

Catalina de Aragón.—Hija de los Reyes Católicos, esposa de Enrique VIII de Inglaterra, de quien tuvo cinco hijos. Cuatro de ellos murieron; sobrevivió María, que luego casó con nuestro Felipe II. De cierto tanto por comercio literario con Enrique cuanto por

voluntad de Catalina fué Vives encargado de instruir a María. Repudiada inicuamente por su esposo, Catalina sobrellevó con noble resignación esta afrenta, que aceleró su muerte. En este trance Vives estuvo al lado de su nobilísima compatriota.

Céleres.—Cuerpo de caballería (300 hombres) fundado por Rómulo para su guardia y compuesto de gente escogida. Unos dicen que este nombre viene del primero que los mandó (Celer) y otros aseguran que viene de «celeridad», «rapidez», etc.

Celso.—Cuatro o cinco varones de la antigüedad clásica y dos contemporáneos de Vives honraron este nombre. Nuestro autor alude probablemente a Aurelio o Aulo Cornelio, escritor óptimo, versado en filosofía, agricultura, arte militar, letras y principalmente en medicina. Vivió este hombre insigne por los años de Tiberio, y de él se conservan una *Retórica* y un *Tratado de Medicina.*

Centelles (o **Centellas**).—Apellido hidalgo no poco extendido en su primera forma por el reino de Valencia.

Cetego.—Registra la historia de Roma la existencia de cinco o seis varones de este nombre, que le hicieron notable. Supera a todos Marco Cornelio, hombre elocuente a quien Horacio cita como autoridad en materia de lenguaje.

Cinciolo.—Diminutivo de Cincio, nombre de un historiador y jurisconsulto latino del siglo III antes de Jesucristo. De lo que escribiera, sólo fragmentos llegaron a nuestros días.

Cirrato.—Equivale a *pelos rufos, malos pelos* y,

en locución vulgar, *pelos de cofre.* Es nombre ideado por Vives.

Clodio.—Llevaron este nombre distintos latinos. Sexto, a quien Cicerón calificaba de bufón; Clodio de Ancona, charlatán que ejercía la medicina, censurado de Cicerón; Licinio, historiador que vivió en el siglo I, y Turrino, español de la misma época, buen orador, alabado por Séneca.

Cólax.—*Adulador, hombre dado a la lisonja,* y también *parásito.*

Corneliola.—Diminutivo de Cornelia, hija de Escipión el Africano y madre de los Gracos. Nómbrasela siempre como modelo de madres y dechado de honestidad, modestia, prudencia, sabiduría y fortaleza.

Cosmos.—Viene de la misma voz griega que significa *adorno.*

Cotta.—Dos hermanos contemporáneos de Cicerón ilustraron este apellido: Cayo Aurelio y Lucio Aurelio. Ambos ejercieron cargos públicos y fueron buenos oradores. Cayo fué reputado de grande autoridad en materia de filosofía y los dos merecieron encomios de Cicerón. En el reinado de Enrique IV y de los Reyes Católicos floreció en Castilla el judío converso Rodrigo de Cota, a quien Menéndez y Pelayo atribuye la primera parte de *La Celestina* y el *Diálogo entre el Amor y un viejo.* También se ha pensado que fué el autor de las *Coplas de Mingo Revulgo.*

Craso (Marco Licinio).—Político y general que para allegar riquezas empleó los medios más duros, sangrientos y reprobables. Cuenta la leyenda que caído en una celada que le tendieron los partos, fué decapi-

tado y el rey de éstos mandó fundir oro y echarle en la boca del despojo, diciendo: «¡Sáciate ahora!» (115-53 antes de Jesucristo.)

Critón.—Un historiador, un poeta cómico y dos filósofos griegos, más un médico de la Roma clásica, dieron lustre a este nombre. Sobresale el filósofo discípulo de Sócrates, hombre adinerado y cordialísimo que ayudó al maestro en las necesidades, compró la fuga de éste (sabemos que Sócrates no quiso escapar), le cerró los ojos y lloró su muerte como nadie. En sus *Diálogos* cuenta Platón que las últimas palabras de Sócrates fueron: «Critón, no olvides que debemos un gallo a Esculapio.»

Curión.—Alude Vives a Cayo Escribonio, hombre de singular talento, pero tan desordenado, pródigo y disoluto que, lleno de deudas, no supo mantenerse con la debida rectitud en el gobierno ni en el mando de tropas. Cicerón le dedicó algunas *Epístolas*.

Demócrito.—Filósofo griego del siglo V antes de Jesucristo que consideraba como el objeto de la filosofía el sumo bien, y cifraba éste en la tranquilidad del espíritu.

Dídimo.—Gramático de Alejandría, que floreció en el siglo I antes de Jesucristo.

Dilia.—El río Dyle, afluente del Escalda, que cruza Lovaina.

Diomedes.—Rey de Argos que estuvo en el asedio de Troya. Concluída la guerra, volvió a su patria, de donde hubo de huir embarcado para que su mujer no le asesinara. Hubo otro Diomedes, aún más fabuloso que el anterior, hijo de Marte, que alimentaba

sus caballos con sangre humana, y que fué vencido por Hércules (véase *Glauco*).

Dromón.—Personaje de Terencio en la comedia *Los hermanos* (véase *Siro*).

Durero (Alberto).—Insigne pintor, dibujante y grabador alemán, contemporáneo de Vives. Fué también escritor, y entre sus obras se cuentan *Los cuatro libros sobre la proporción humana*.

Epicteto.—Filósofo y moralista griego, esclavo del cruel Epafrodita, liberto de Nerón, que le maltrató y atormentó.

Escipión.—De los romanos que llevaron con honra este apellido, Vives alude al *Africano*, que destruyó el poder de Cartago, y a quien su patria pagó con la ingratitud.

Escopas.—Uno de los mejores escultores de Grecia (460 antes de Jesucristo).

Espúdeo.—Significa *estudioso*, *industrioso* y es nombre inventado por Vives.

Esquines.—Llevó este nombre un discípulo de Sócrates, estimadísimo de su maestro. Llevóle también el orador griego rival de Demóstenes.

Eurialo.—Uno de los argonautas a quien Homero hace vencedor en unos juegos fúnebres de Tebas celebrados en honor de Edipo.

Fabios.—Sobre quince hombres de la Roma antigua dieron lustre a este nombre. Vives alude a los trescientos hombres de esta casa o *gens* que tenían por jefe a Cæson Vibulano y murieron en una emboscada de los veyes en 477 antes de Jesucristo, abandonados del cónsul Menenio, que pudo salvarlos y no lo

hizo por haberse puesto los Fabios al lado del pueblo contra los patricios.

Felipe.—El DIÁLOGO *El príncipe niño* dice bien claramente que este Felipe es el hijo de Carlos V. Cuando Vives escribía este libro y le dedicaba, el futuro Felipe II tenía de ayo al comendador mayor de Castilla D. Juan de Zúñiga (o Stúñiga) y de maestro al Dr. Juan Martínez Silíceo, teólogo de la Universidad de Alcalá y catedrático de la de Salamanca. Entonces estudiaba Felipe letras, religión, latín, francés e italiano.

Filipo.—Del griego *phylos* (amante amigo) e *ippos* (caballo). *Amigo del caballo* o de *montar a caballo.*

Filomela.—Hija de un rey de Atenas y hermana de Procne, esposa de Tereo, rey de Tracia. Hízola su cuñado víctima de sus deseos, y para ocultar esta maldad ordenó que cortaran la lengua a Filomela y la encerraran. Mas ésta supo dar noticia a su hermana de lo ocurrido, y para vengarse las dos mataron al hijo de Tereo y se lo sirvieron en la mesa, huyendo luego. Filomela fué convertida en ruiseñor, y Procne en golondrina.

Filopono.—También del griego *phylos* y *ponos* (trabajo). *Amigo del trabajo, de la diligencia, de la laboriosidad.* Es nombre muy bello inventado por Vives.

Flexíbulo.—*Flexible,* pero en sentido de ilación, coherencia, y, en cierto modo, adaptación.

Floro.—Hicieron inmortal este nombre Julio Floro, a quien Horacio dedicó dos *Epístolas,* y, principalmente, el español Lucio Anneo, que brilló en los

tiempos de Adriano y escribió un *Compendio de la historia romana.*

Gingolfo.—Voz que equivale a *morrudo.*

Glaucias.—Llevaron este nombre un médico y un escultor de la Grecia antigua y un rey de Iliria, que antepuso a su interés los deberes de la hospitalidad.

Glauco.—Así se llamaron dos escultores, un historiador y geógrafo y un literato griego. En lo legendario, le llevaron asimismo un pescador beocio convertido en pescado, elevado a la categoría de dios marino. Un hijo de Sísifo que alimentaba a sus caballos con carne humana y murió devorado por ellos. Y un rey que peleó en la guerra de Troya, y encontrándose frente a Diomedes, como éste le hubiera dado hospitalidad, no quiso luchar con él. Si el lector recuerda lo dicho en Diomedes verá lo parecido de ambos mitos y comprenderá por qué Vives une estos dos nombres y los hace amigos de la navegación.

Hermógenes.—Retórico griego del siglo II, que a los quince años era óptimo orador y a los diez y siete maestro y escritor excelente. Pero a los veinticinco se debilitaron su entendimiento y su memoria de tal suerte que volvió a la obscuridad.

Holocólax.—(Véase *Cólax.*)

Hortensio (Quinto).—Orador rival y amigo de Cicerón. Viene a ser el prototipo de la declamación más brillante que llena de ideas.

Isabelilla.—Diminutivo de Isabel. Recordemos que Vives fué maestro de María, hija de Catalina de Ara-

gón y de Enrique VIII de Inglaterra, y nieta, por tanto, de Isabel la Católica.

Jenócrates.—Filósofo griego discípulo primero de Esquines y luego de Platón. Explicó en la Academia.

Juan (Honorato).—Hombre docto en humanidades, que a los cincuenta años abrazó el estado eclesiástico, llegando a obispo de Osma. Por su saber y sus virtudes, Felipe II lo escogió para maestro de su hijo Carlos en 1554.

Lamia.—Monstruo de la mitología clásica que la representaba en la forma de una mujer con cola de serpiente, que arrebataba los niños para devorarlos. Para acallar a los pequeños asustándolos, la invocaban las madres y nodrizas de Grecia y de Roma. Cortesana ateniense amante del príncipe Demetrio Paliorcetes.

Léntulo.—Llevaron este nombre: Lucio Cornelio, que gobernó en España, derrotó a Indívil y Mandonio, y agobió al país con impuestos y exacciones. Publio Cornelio, que entró en la conjuración de Catilina y murió estrangulado en la prisión. Eneo Cornelio, historiador y literato, del que se conservan algunos versos, muerto por orden de Calígula.

León.—Sin duda Vives alude al Papa X de este nombre, o sea a Juan de Médicis, una de las figuras culminantes del Renacimiento, gran protector de las artes y las letras, en las que era versadísimo. Uno de sus maestros fué Angel Policeno, tan estimado de Vives.

Literno.—Ciudad de la Campania donde fué a

morir Escipión el Africano y donde recibió sepultura.

Lucio.—Dieron notoriedad a este nombre en lo antiguo: Antonio, tribuno, que el año 44 antes de Jesucristo hizo votar una ley agraria favorable a la plebe. Vero (o Commodo), emperador de Roma, deshonra por sus vicios del linaje humano. Lucio de Patras, escritor griego del siglo II, cuyas obras no se conservan.

Lucrecia.—Matrona romana violada por Sexto Tarquino, hijo del rey del mismo nombre. Después de sufrir el ultraje llamó a su padre y a su esposo, les pidió que la vengaran y se dió muerte con un puñal. Este suceso ocasionó el destronamiento de Tarquino y la proclamación de la república en Roma.

Lúculo (Lucio Licinio).—General romano de los tiempos de Cicerón, que a la gloria del triunfo prefirió el cultivo de las letras y de la filosofía. Hombre de gustos refinadísimos, poseía fortuna bastante para satisfacerlos.

Lurco.—*Goloso, poltrón.*

Lusco.—*Tuerto.*

Maluenda.—Apellido muy extendido en el reino de Valencia.

Manio.—Era nombre muy corriente en la Roma clásica. Manio Curio, vencedor de Pirro, hombre de grande austeridad, que fué el modelo que se propuso igualar Catón el Censor. Manio Acilio, buen general y escritor. De él fueron unos *Anales de Roma* escritos en griego, llenos de fábulas, según Tito Livio.

Manrique.—Orgullo de la poesía castellana en el

siglo xv fueron Gómez Manrique y Jorge Manrique. Que Vives estimaba esta poesía, nos lo dice él mismo cuando recuerda que Juan de Mena llamó a Mayo «el pintor del mundo».

Manuel.—El primer rey de Portugal que llevó este nombre. Por estar casado con la infanta Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, era el heredero del trono de Castilla y de Aragón. (Dejó de serlo por muerte de su esposa.) Este Manuel, contemporáneo de Vives, además de buen rey, fué hombre aventajado en el estudio y el cultivo de las humanidades. De cierto nuestro autor cuando escribió el nombre de Manuel en el primer DIÁLOGO lo recordó por esta circunstancia.

Mendoza.—En el DIÁLOGO *La escritura* los interlocutores principales son Manrique y Mendoza. Uno de los grandes poetas de Castilla en el siglo xv es el marqués de Santillana, D. Iñigo López de Mendoza.

Misipo.—Viene del griego *misos* (aborrecer) e *ippos* (caballo). Esto es, el que aborrece la equitación.

Misóspodo.—Del griego. La raíz *misos* igual a la del nombre anterior, la segunda es *podos* (pies). Así este nombre equivale a «enemigo de andar a pie», o bien «el que no quiere andar a pie».

Moróbulo.—*Adulador, baladí, ligero,* y aun *necio.*

Mundo.—Del latín *mundus,* limpio, lavado, aliñado, escamondado.

Nacianceno (San Gregorio).—Padre de la Iglesia griega que vivió en el siglo IV y escribió algunos poemas y oraciones y discursos en latín.

Neputolo.—Diminutivo de Nepote. Llevó este nombre Cornelio, historiador latino del siglo I.

Nugo.—En el caso del DIÁLOGO, *ligero, frívolo, amigo de nonadas* y también *engañoso.*

Palemón.—Héroe de la mitología griega que formaba en el séquito de Neptuno o Poseidón. Se le representaba de pie sobre un delfín.

Papias (San).—Escritor eclesiástico del siglo II, Murió mártir en Pérgamo.

Pimentelillo.—Alude Vives a D. Antonio Alfonso de Pimentel, sexto duque de Benavente, muy querido de Carlos V.

Pisón.—Aunque muchos romanos dieron notoriedad a este nombre, quien le inmortalizó fué Horacio dedicando su *Arte Poética* a Lucio Calpurniano Pisón y los hijos de éste.

Pistilario.—Significa *majadero* tanto en el sentido de necio o mentecato cuanto en el de mano o maza que maja en el mortero.

Planetes.—*Vago, errante, libre.* En este caso el que gusta de caminar a su albedrío.

Polemón.—A dos griegos ilustres alude Vives. Al filósofo y viajero que llevó el sobrenombre de *Pariagete* que enseñó filosofía y recogió inscripciones por toda Grecia (siglo II antes de Jesucristo), y al discípulo de Jenócrates, cuya conversión se cuenta en el penúltimo DIÁLOGO.

Policiano (Angel).—Renombrado humanista y profesor italiano (1454-1494). Fué uno de los hombres más insignes del Renacimiento.

Polixena.—La amada de Aquiles. Cuando los grie-

gos volvían de Troya, se les apareció la sombra del héroe, pidiéndoles que le sacrificasen la que fué su amada. Pirro cumplió lo que pedía la sombra.

Pretextato.—El muchacho que se engalana con la vestidura llamada pretexta, que los hijos de familias patricias llevaban hasta los diez y siete años. Es también, como se sabe, nombre propio.

Roscio.—Actor dramático romano estimado de los hombres notables de su tiempo, entre los que se contaba Cicerón.

Sena.—En el DIÁLOGO *El camino y el caballo* alude Vives al río Sena que cruza París (Seine), y en el otro DIÁLOGO que lleva por título *La ebriedad* alude al río que nace en el Henao, cruza Bruselas y desemboca en el Escalda (Senne).

Silíceo (Martínez).—Véase Felipe.

Simónides.—Aunque hubo dos buenos poetas griegos de este nombre, Vives alude claramente a Simónides de Ceos, uno de los mejores de Grecia. Del naufragio de este poeta hizo Fedro una bella fábula que nuestro Samaniego puso en verso castellano. Cuentan que dedicó una oda a cantar el triunfo de Escopas en unas carreras de carros y a elogiar a Cástor y Pólux. Para festejar su victoria Escopas celebró un banquete al que convidó a Simónides. Y dice la leyenda que Escopas declaró que pagaría sólo la mitad de la oda, quedando el pago de la otra mitad al cuidado de los héroes. En esto llamaron a Simónides dos jinetes, y cuando aquél salió de la sala se hundió el techo, pereciendo los convidados. Los jinetes, que desaparecieron, eran Cástor y Pólux.

Siro.—Personaje de *Los hermanos* de Terencio. Es con Dromón esclavo de Mición y prepara un banquete. En el DIÁLOGO *La cocina* se ve la influencia de esta bella comedia de Terencio.

> Enjúgame, Dromón, los peces todos.
> Deja ese congrio que en el agua nade,
> lo arreglaré a la vuelta...

Sofóbulo.—*Hombre prudente, sabio* y *de consejo.*

Sofronio.—*Hombre de grande experiencia, sabio, prudente,* etc., como en la voz anterior.

Táureo (Tubelio).—(Véase *Afelo.)*

Tereo.—(Véase *Filomela.)*

Titivilicio.—*Nimio, baladí, insignificante, de ningún valor.*

Trasíbulo.—General y político ateniense, buen auxiliar de Alcibíades.

Tricongio.—Del griego *tri* (tres) y *congio* (azumbres) *Tres azumbres,* o *tres cuartillos,* y nombre adecuado al personaje.

Tuliolo.—Diminutivo de Tulio. Quiso Vives honrar con este nombre la memoria del gran Marco Tulio Cicerón, el más elocuente de los oradores romanos y el escritor latino que excedió a todos en riqueza, armonía, elegancia, pureza y claridad.

Valla (Lorenzo).—Uno de los grandes humanistas del Renacimiento. Profesó el sacerdocio y acaso fué el primero en arremeter contra los textos de su compatriota Bartolo o Bártulo.

Varrón (Marco Terencio).—Polígrafo latino condiscípulo y amigo entrañable de Cicerón. Augusto le

consideró como «el más sabio de todos los romanos». De sus muchas obras sólo se conservan completas los tratados *De lengua latina* y de *Re Rústica*.

Vitrubio (Marco).—Arquitecto romano del siglo I antes de Jesucristo. Escribió una obra dividida en diez libros o partes titulada *De Architectura*, que llegó a nuestros días y está puesta en castellano.

Zoilastro.—Despectivo de Zoilo, el crítico y sofista griego que censuró a Homero, a Platón y a todos los grandes escritores y filósofos anteriores a él y contemporáneos suyos.

Zúñiga.—(Véase *Felipe.*)

FIN

INDICE

Páginas.

Vives a Felipe, hijo del César Augusto Carlos, y heredero de su grande entendimiento 15
Despertar matutino 17
Salutación primera 21
Camino de la escuela por primera vez 24
Los que van a la escuela 26
Una lección 32
La vuelta a casa y los juegos pueriles 34
Refección escolar 38
Los habladores 49
El camino y el caballo 63
La escritura 71
El vestido y un paseo matutino 83
La casa 94
La escuela 101
El aposento y la velada 108
La cocina 114
El triclinio 120
El convite 126
La ebriedad 141
El Palacio Real 151
El príncipe niño 158
El juego de naipes 167
Las leyes del juego 178
El cuerpo del hombre por defuera 187
La educación 196
Los preceptos de la educación 208
Glosario de nombres propios que aparecen en estos DIÁLOGOS 216

VOLUMENES PUBLICADOS

1.—**Química general**, por el Dr. Luanco. Pts. 2.

2.—**Historia Natural**, por el Dr. De Buen. Pts. 2.

3.—**Física**, por el Dr. Lozano. Pts. 2.

4.—**Geometría general**, por el Dr. Mundi. Pts. 2.

5.—**Química orgánica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.

6.—**La Guerra Moderna**, por D. M. Rubió. Pts. 2.

7.—**Mineralogía**, por el doctor S. Calderón. Pts. 2.

8.—**Ciencia Política**, por don Adolfo Posada. Pts. 2.

9.—**Economía Política**, por el Dr. J. Piernas. Pts. 2.

10.—**Armas de guerra**, por D. J. Génova. Pts. 2.

11.—**Hongos comestibles y venenosos**, por D. Blas Lázaro. Pts. 2.

12.—**La ignorancia del Derecho**, por D. J. Costa. Pts. 2.

13.—**El sufragio**, por el doctor A. Posada. Pts. 2.

14.—**Geología**, por D. José Macpherson. Pts. 2.

15.—**Pólvoras y explosivos** por D. C. Banús. Pts. 2.

16.—**Armas de caza**, por don J. Génova. Pts. 2.

17.—**La Guinea española**, por D. R. Beltrán. Pts. 2.

18.—**Meteorología**, por don A. Arcimis. Pts. 2.

19.—**Análisis químico**, por D. J. Casares. Pts. 2.

20.—**Abonos industriales**, por D. A. Maylín. Pts. 2.

21.—**Unidades**, por D. C. Banús. Pts. 2.

22.—**Química biológica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.

23.—**Bases para un nuevo Derecho penal**, por el doctor Dorado. Pts. 2.

24.—**Fuerzas y motores**, por D. M. Rubió. Pts. 2.

25.—**Gusanos parásitos en el hombre**, por el Dr. Marcelo Rivas. Pts. 2.

26.—**Fabricación del pan**, por D. N. Amorós. Pts. 3.

27.—**Aire atmosférico**, por D. E. Mascareñas. Pts. 2.

28.—**Hidrología médica**, por el Dr D. H. Rodríguez. Pts. 2.

29.—**Historia de la civilización española**, por D. Rafael Altamira. Pts. 3.

30.—**Las epidemias**, por don F. Montaldo. Pts. 2.

31.—**Cristalografía**, por L. Fernández. Pts. 3.

32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Losada y Canterac. Pts. 2.

33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 2.

34.—**Bases del derecho mercantil**, por D. L. Benito. Pts. 2.

35.—**Antropometría**, por don T. de Aranzadi. Pts. 2.

36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 3,50.

37.—**Formulario químico industrial**, por D. Trías. Pts. 2.

38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por D. Pedro Dorado. Pts. 2.

39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 3.

40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 2.

41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 3,50.

42.—**A b c del instalador y montador electricista.**—Tomo I.—Instalaciones privadas, por D. Ricardo Yesares. Pts. 3,50.

43.—**A b c del instalador y montador electricista.**—Tomo II.—Estaciones centrales y canalizaciones, por D. R. Yesares. Pts. 3,50.

44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Opisso. Pts. 3.

45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 4.

46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 2.

47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 2.

48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Beltrán. Pts. 2.

49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 3,50.

50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

52.—**Las bebidas alcohólicas. El alcoholismo**, por don A. Piga y D. D. Aguado Marinoni. Pts. 2.

53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 3.

55.—**Instituciones de economía social**, por D. J. Torrembó. Pts. 3.

56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 4.

57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por don J. de Igual. Pts. 3,50.

58.—**Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 3,50.

59.—**Gallinero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 4.

60.—**Dai Nipón (El Japón)**, por D. A. García. Pts. 4.

61.—**Cultivo del algodonero**, por D. Diego de Rueda. Pts. 3.

62.—**Galvanoplastia y electrólisis**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

63.—**Educación de los niños**, por F. Climent. Pts. 4.

64.—**El microscopio**, por don Ernesto Caballero. Pts. 2.

65.—**Diccionario de argot español**, por L. Besses. Pts. 3,50.

66.—**Piedras preciosas**, por Marcos J. Bertrán. Pts. 3,50.

67 } 68 } **Manual de mecánica elemental**, por Forner Carratalá. Tomo I: **Mecánica general.** Pts. 3. Tomo II: **Mecánica aplicada.** Pts. 3.

69.—**Los remedios vegetales**, por Alfredo Opisso. Pts. 3.

70 } 71 } **Las Repúblicas hispanoamericanas**, por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 7.

72.—**Vinificación moderna**, por D. Diego de Rueda. Pts. 3,50.

73.—**Plantas industriales,** por D. Alfredo Opisso. Pts. 3.

74.—**Cerrajería práctica,** por Eusebio Heras. Pts. 3.

75.—**El arte del periodista,** por D. Rafael Mainar. Pts. 3,50.

76.—**La electricidad en la agricultura,** por D. R. Yesares. Pts. 3.

77.—**Telegrafía eléctrica,** por F. Villaverde Navarro. Pts. 3.

78.—**Medicina social,** por A. Opisso. Pts. 3.

79.—**Geografía general,** por Emilio H. del Villar. Pts. 4,50.

80.—**La familia y los enfermos,** por D. J. L. Eleizegui. Pts. 3.

81 } 82 } **Elementos de cálculo mercantil,** por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 7.

83.—**Teoría de la literatura y de las artes,** por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 3.

84.—**Manual del naturalista preparador,** por el doctor Areny de Plandolit. Pts. 2.

85.—**Documentos mercantiles,** por Francisco Grau Granell. Pts. 4.

86.—**Pozos artesianos,** por Lucas F. Navarro. Pts. 2.

87.—**Ivestigación y alumbramiento de aguas,** por Lucas F. Navarro. Pts. 2.

88.—**Manual de Pirotecnia,** por J. B. Ferré. Pts. 3.

89.—**Elementos de arquitectura naval (buques de guerra),** por D. A. Blanco. Pts. 3.

90.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnáu. Tomo I. Pts. 4.

91.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnáu. Tomo II. Pts. 4.

92.—**Ascensores hidráulicos y eléctricos,** por R. Yesares. Pts. 3.

93.—**Maravillas de la Ciencia,** por D. J. Usunáriz. Pts. 2.

94.—**Derecho internacional,** por D. Aniceto Sela. Pts. 3.

95.—**El boxeo y la esgrima del bastón,** por A. Barba. Pts. 2.

96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis,** por A. Barba. Pts. 2.

97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción,** por M. R. y Bellvé. Pts. 3.

98.—**La abeja y sus productos.** (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 3.

99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 3.

100.—**Manual del pintor decorador,** por D. José Cuchy. Pts. 2.

101.—**El dibujo para todos,** por V. Masriera. Pts. 4.

102.—**América Sajona,** por Emilio H. del Villar. Pts. 4.

103.—**Agrimensura,** por J. Ferré. Pts. 4.

104.—**Estética,** por D. A. Opisso. Pts. 4.

105.—**Floricultura,** por don J. Garzón Ruiz. Pts. 4,50.

106.—**Flores artificiales,** por Dolores Andréu. Pts. 4,50.

107.—**Formulario práctico de artes y oficios,** por F. Climent Terrer. Pts. 4.

108 } 109 } **Astronomía,** por J. Comas Solá. Pts. 9.

110.—**El arte de pensar,** por Alfredo Opisso. Pts. 4.

111.—**Máximas de Epicteto,** traducidas por Apeles Mestres. Pts. 3,50.

112.—**Manual del maquinista fogonero,** por Balbino Vázquez. Pts. 5,50.

113.—**Perspectiva,** por Francisco Arola Sala. Pts. 6.

114.—**Educación cívica,** por Federico Climent Terrer. Pts. 5.

115.—**A b c de la música,** por Eliseo Carbó. Pts. 5,50.

116.—**Teoría y concepto del Arte,** por Francisco Arola Sala. Pts. 7,50.


COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
1010690115